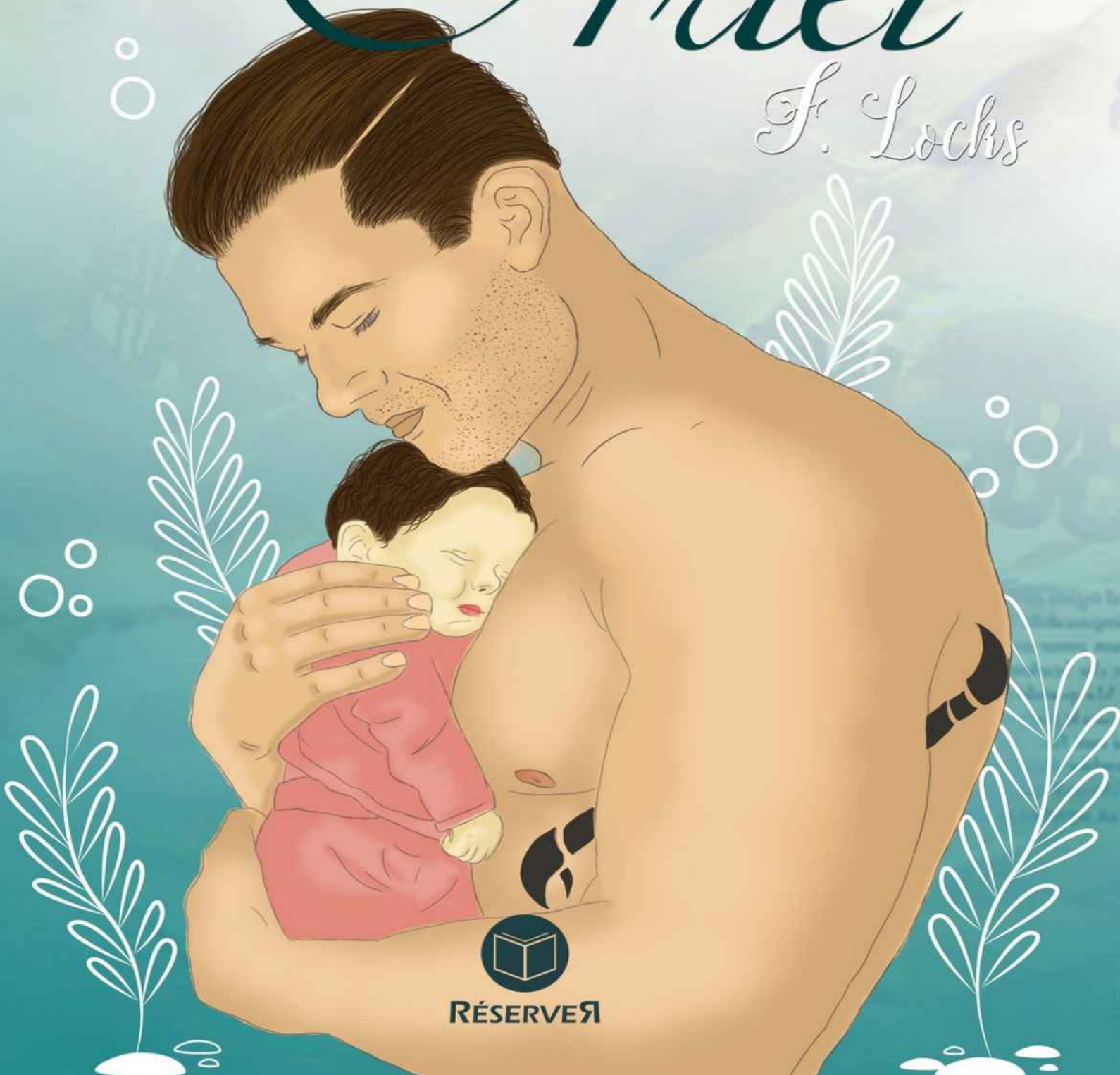


MÁS DE 4 MILLONES DE LECTURAS EN LÍNEA

Pequeña Ariel

F. Locks

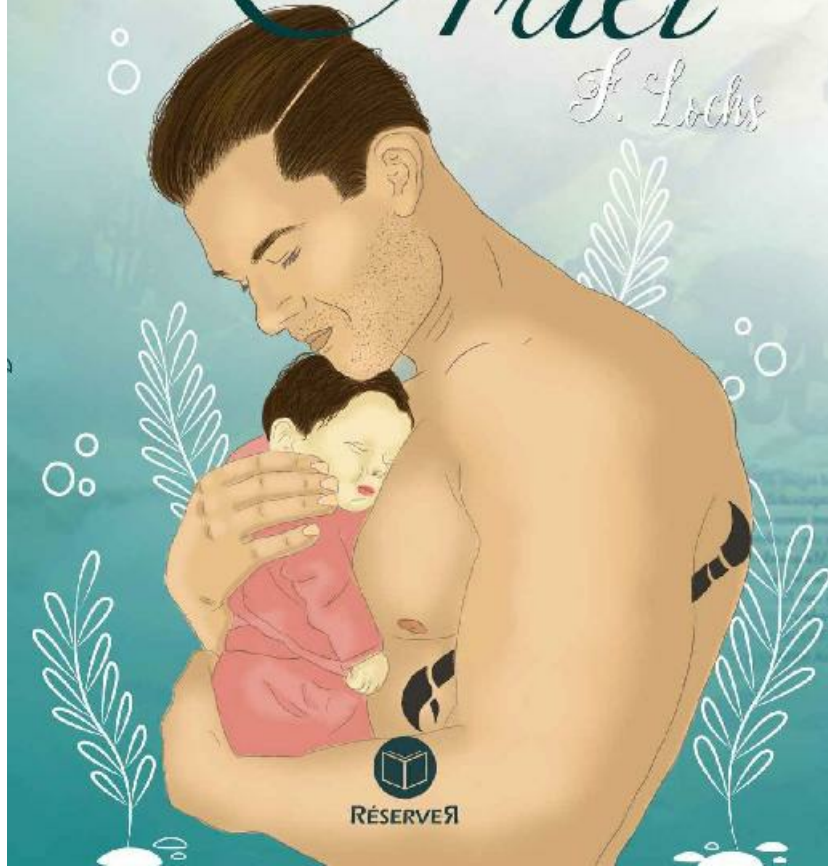


RÉSERVE

MÁS DE 4 MILLONES DE LECTURAS EN LÍNEA

Pequeña Ariel

F. Locke



RESERVE

Derechos de autor © 2020, Francine Locks

Réserver Editora

Edición: Ana Carolina Marzzari

Diseño de portada y gráfico: Sofia Bevilaqua Trevisan

Traducción y Revisión: Caroline Antunes y Bexy L. Peres Diseño: Ana Carolina Marzzari

Ilustración: Sofia Bevilaqua Trevisan

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y eventos descritos son productos de la imaginación del autor. Cualquier parecido con nombres reales, fechas y eventos es pura coincidencia.

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de este trabajo puede ser reproducida o transmitida de ninguna forma, electrónica o mecánica, sin el permiso por escrito del autor y / o

Réserver Editora.

(Ley 9.610 del 19/02/1998.)

Pequeña
Ariel
F. Locks

Contenido

[Capítulo 1](#)
[Capítulo 2](#)
[Capítulo 3](#)
[Capítulo 4](#)
[Capítulo 5](#)
[Capítulo 6](#)
[Capítulo 7](#)
[Capítulo 8](#)
[Capítulo 9](#)
[Capítulo 10](#)
[Capítulo 11](#)
[Capítulo 12](#)
[Capítulo 13](#)
[Capítulo 14](#)
[Capítulo 15](#)
[Capítulo 16](#)
[Capítulo 17](#)
[Capítulo 18](#)
[Capítulo 19](#)
[Capítulo 20](#)
[Capítulo 21](#)
[Capítulo 22](#)
[Capítulo 23](#)
[Capítulo 24](#)
[Capítulo 25](#)
[Capítulo 26](#)
[Capítulo 27](#)
[Capítulo 28](#)
[Epilogo](#)
[¡ Fim !](#)
[Acerca del Autor](#)



Capítulo 1

“Todavía me parece mejor decir que te arrepentiste, que decir que no tuviste el coraje de intentarlo”

(Pequeña Sirena)

Permanecí sentada en la misma silla durante las últimas trece horas, pero no me importaba tanto cuanto tiempo debía seguir ahí, porque necesitaba ese dinero más que nunca. Después de siete años y medio compartiendo una casa con mi hermana Irma, decidí salir. No es que haya tenido

muchas opciones, resulta que mi hermana decidió casarse. ¿Pero, qué debía hacer? El hecho de que ella tenía un hijo ya era mucho para él, y una hermana de brindis lo haría huir lejos. Y no, yo no lo odiaba, pero tampoco estaba a favor a su relación, nunca me gustaron, para nada, los chicos que pasan los días con el trasero enganchado en el sillón mientras su mujer va a la lucha.

De todos modos, agradecía por mi trabajo de mierda todos los días. No era todo lo que soñaba, pero pagaba mis cuentas y al final, de cualquier forma, nunca busqué nada mejor para mi vida. Cuando me vi libre de la secundaria, sólo me encerré en mi habitación y luego cuidé de mi sobrino ... hasta ahora.

Théo, mi jefe, era el tipo más arrogante, egoísta y mezquino que había conocido. No era que lo conociera de mucho tiempo, después de todo, yo sólo formaba parte de la empresa hacía apenas dos míseros meses, pero él me mandaba hacer cosas que me hacían querer saltar en su cuello. No era casualidad que no me había quedado sorprendida por el hecho de que él había contratado a una persona con tan poca experiencia, pero el hecho es que nadie soportaba bajar para ese tipo.

Creo que lo que más me enojaba — *además de que él era hermoso al punto de hacerte perder los sentidos* —, era el hecho de que no hablaba mucho y que sus órdenes venían acompañadas siempre de unas pequeñas frases que comenzaban en “haga”. Pero, bueno, ¿no? El infeliz pagaba mi salario.

— ¿Ana, ya terminaste de llamar a todos los clientes para avisarles sobre el receso de fin de año?

— Sí, señor.

— ¿Y anunciaste a todos que, aunque estemos ausentes al fin del año, tú responderás en el correo electrónico? — sí, avisé que iré a responderles a todos en mis vacaciones, ¡idiota!

Pero bien, de todas formas sólo llevaba dos meses, lo que no era suficiente para ganar vacaciones aun.

— Sí, estoy terminando de hacerlo — Él se aflojó la corbata mientras movía la cabeza hacia ambos lados, de forma sexy, intentando deshacer del apretón de ella. Era el 19 de diciembre, pero el aire acondicionado de la empresa hacía parecer que estaba en el polo norte, y yo amaba el verano con todas mis fuerzas.

Mis ojos no eran capaces de desviarse del hombre frente a mí, porque cada pequeño pedazo de él llamaba la atención. Théo nunca pasaría desapercibido en ningún lugar. Nunca. Su mandíbula tan masculina era lo que más llamaba la atención en su cara, porque hacía su boca firme en un apretón, como si él estuviera siempre forzando los dientes, siempre tenso o enojado con algo.

No es que no lo estuviera.

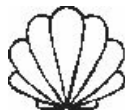
Pero esa era la parte más sexy de él, y luego la mirada. Él tenía ojos azules, pero no del tipo de azul que se veía desde lejos, sino del tipo que se veía solamente cuando él estaba a pocos centímetros de ti, entonces eso te hacía querer prestar más atención en los otros detalles, porque todo era simplemente hermoso y caliente como el infierno.

— Seguro — se giró con agilidad y caminó hasta el ascensor, dejando el perfume hacia atrás. Respiré discretamente, no porque yo tenía una caída por mi jefe hermoso, sino porque amaba su olor. Él era un idiota, pero era un idiota bien oloroso.

Las puertas del ascensor se cerraron y me quedé allí, terminando de enviar los mensajes de navidad para todos., Pero todo bien, porque a pesar de que nunca leí ninguno de los mensajes que recibía en Navidad, yo siempre amé las fechas de fin de año y todas las luces colgadas en las casas. Navidad siempre fue mi parte preferida del año, diciembre siempre fue mi mes y verano mi

estación. Tal vez debido a las galletas pintadas de un lado, con formas de árboles y caras del viejo Noel, o tal vez porque andábamos en la calle por la noche y parecía tan claro y vivo. O el olor del panettone que nunca me gustó, pero que siempre pensé que olía bien, sólo porque era navidad.

Tomé mi celular para comprobar mis mensajes y abrir uno que mi hermana me había enviado hace unas horas. Era una foto de mi sobrino, sentado en el césped de una plaza que yo conocía tan bien. Abajo de la imagen, estaba una invitación para pasar la Navidad con ellos. Era extraño, casi como ser dejada de lado, porque siempre éramos las dos que organizamos las cosas y ahora yo simplemente había recibido una droga de invitación. Pero, que se joda eso también.



— Necesito que busques mi perro en la veterinaria y lo lleves hasta mi casa — ordenó, así que atendí al teléfono.

— Pero que ...

— Soy, yo, Théo — dijo, impaciente, y miré con dificultad la pared, buscando mi reloj, todavía eran las cinco y media, ¿Qué era lo que ese hijo de puta tenía en la cabeza? — ¿Estás durmiendo todavía, nena? — preguntó, casi como si no pudiera creerlo.

— Las personas normales no se despiertan antes de las seis, Théo ... sin ofender.

Él suspiró.

— Personas sin compromisos — alfiló, pero ya estaba acostumbrada. Nuestra relación era básicamente esta: recibir órdenes y, a veces, recibir órdenes y sarcasmos.

— Usted sabe que su perro me odia. ¿Cómo quiere que lo busqué sin que me muerda?

— Eso tendrás que descubrirlo — dijo, antes de cortar la llamada.

¡Hijo de puta!

Cuando ya eran las seis y media, me arreglé rápidamente y fui hasta la oficina, tomé la llave de la casa de Théo para poder dejar a su perro allí, y entonces fui hasta la veterinaria para recoger a su Dobermann. Puse en el GPS de mi celular la dirección de la veterinaria y de la casa de Théo, pero la pantalla rota dificultaba mi visión, y no sabía qué hacer.

Estaba nerviosa por tener que atrapar a ese perro gigante y pensaba en cómo diablos lo metería dentro del coche sin que me comiera los ojos. Pero no sabía que era lo que haría, tiré el móvil en el banco del pasajero y frené el auto al lado de la primera persona que vi pasando en la calle, lo que le hizo dar un salto hasta subirse en la vereda a su lado. Comprimí los labios, tratando de contener la risa.

— Hola, buenas tardes — el hombre frunció las cejas de forma divertida.

— ¿Quisiste decir buen día?

— ¿Hola? — pregunté, confundida. El día había comenzado demasiado temprano y ni todo el café del mundo me mantendría lúcida, porque yo nunca me despertaba antes de las siete y media, aunque me tocara entrar a las ocho al trabajo.

— Usted dijo buenas tardes, todavía estamos por la mañana...

— Ah ... — me ruboricé — No empecé bien mi día — él asintió con la cabeza — ¿Sabes dónde está la veterinaria Pet'son?

— No — respondió antes de girar y seguir caminando.

— Gracias por la simpatía, querido — bromeé, antes de cerrar los cristales del coche.

Después de abordar a otras tres personas, y finalmente lograr llegar a la veterinaria,

estaba frente a frente con el perro de mi jefe.

Él debería tener casi 70 cm, si no contara con las orejas en pie. Me miró con la cabeza erguida y me miró como si esperara algo de mí, tal vez que me moviera, pero, bastaría con un paso en falso para quedarme sin los brazos.

El dueño de Pet'son se quedó mirándome casi igual que el perro, y yo no tenía idea de qué era lo que los dos querían. ¿Por qué diablos todo el mundo empezó a esperar algo de mí? Cristo. ¡Sólo quería estar durmiendo!

— Gracias ... — lo miré, esperando que él dijera su nombre.

— Peterson — respondió.

— Ah, por supuesto, *Pet'son* — hice un gesto con el dedo índice y el pulgar, descifrando el juego de palabras, pero me sentí aún más idiota al hacerlo — Me estoy yendo.

— Okay. Vuelva siempre que lo necesite.

— Sí, por supuesto — respondí, pero sin moverme aún.

— Okay — respondió, esperando que me moviera, pero yo no era capaz. Mi mente hervía pensando en una manera de meter a ese perro gigante dentro del coche de la empresa — ¿Está todo bien? — preguntó.

— Eh ... bueno ... sí ... más o menos, tal vez — él cruzó sus brazos en el pecho y frunció las cejas, probablemente pensando que estaba loca, y tenía razón.

— ¿Estás bien?

— Lo estaré si usted me vende un collar — miré al perro y él continuaba mirándome, entonces maldije mentalmente a Théo. Yo le arrancaba sus pelotas y se las tiraba a ese infierno de perro.

— Seguro.

— Y entonces, ¿cuánto cuesta?

— Cincuenta reales.

— ¡Dios mío!, ¿Cincuenta reales? ¿Qué viene junto, veinte kilos de ración pedigrí? — él bufó detrás del mostrador. Miré al lado, y el perro todavía me estaba mirando, así que volví mi mirada hacia Peterson y dije: — Okay, pero tú pones el perro en el coche.

— Trato — respondió, y daba lo mismo que yo le hubiera dado mis últimos centavos y que aquella noche la pasaría comiendo ma- carrón instantáneo, porque estaba contenta de estar viva.

Por ahora.

Muy bien, el siguiente paso era conducir con él en el asiento trasero. Ese entonces era otro problema, porque yo siempre fui una pésima conductora y estar bajo presión me hacía aún peor. El coche ganó velocidad al alcanzar la vía expresa, y aproveché que las pistas estaban libres para arriesgarme a mirar por el retrovisor central. Fue entonces que todo empezó a salir mal.

Y no es que haya estado bien hasta ese entonces. Sus ojos negros y enormes me miraron por el cristal y él me gruñó, entonces giré el volante hacia al lado por el susto que me llevé y además de pasar por encima de la velocidad permitida por un radar electrónico, subí la acera y se escuchó una explosión. Tan pronto el coche se detuvo completamente, salí y cerré la puerta. El perro me ladraba sin parar, apoyando la nariz en el cristal del vidrio del coche y dejándolo completamente lleno de baba. Él ladraba sin parar, y eso me hacía sudar de los nervios. ¿Qué diablos tenía en la cabeza cuando acepté hacer esa mierda?

¡Ya había tenido dos pésimas experiencias con ese maldito perro! Todavía dicen que el perro es el mejor amigo del hombre.

¡Mejor amigo del diablo, será! Golpeé dos veces el cristal, intentando hacer que se

detuviera, pero eso sólo lo empeoró. Y la mierda estaba hecha. Yo con un perro de 70 cm, atrapado dentro del coche que había obtenido un agujero en el neumático y gané una multa de regalo. ¡Ah, qué genial!, y apuesto a que además de comer macarrón instantáneo, también sería despedida.

Mi celular sonó en el banco del conductor y corrí hacia el otro lado del coche, tratando de leer el nombre que aparecía en la pantalla. ¡Excelente, Théo! ¿Y ahora cómo diablos atendería la droga de mi teléfono? Con una de mis manos, di ligeros golpes en el cristal trasero, tratando de hacer que el perro se concentrara en ella, y con la otra, abrí rápidamente la puerta y tomé mi celular.

—¿Hola? —dije jadeante.

— ¿Ana?, ¿Vas a tardar? Tengo una reunión en media hora y necesito un café — dijo rudamente y yo lo maldije mentalmente.

¿Cómo un hombre de ese tamaño no podía buscar su propio café?

— Bueno, yo medio que ... más o menos, Théo, no llegaré en media hora.

— ¿Has dejado a Zeus en mi casa? — Ah, claro, ¿El nombre del perro dice todo sobre su dueño?

— Yo ... bueno, de hecho ...

— ¿Es él quien está ladrando sin parar de esa manera? ¿Dónde estás?

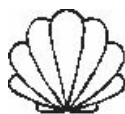
— Entonces ...

— ¿Puedes decir una frase sin vacilar? ¡Eso me está enojando!

— Ah, como si nunca lo estuvieras, ¿no?

— Estoy llegando, Théo — apagué el móvil. Cristo, lo había apagado en la cara de mi jefe.

Entonces, bueno, ahora estaba segura de que iba recibir mi carta de despido y Dios sabe que estaba reuniendo mis centavos para el alquiler del próximo mes.



Cincuenta minutos después, las puertas del ascensor se abrieron y yo me asusté al verme en el espejo. Una versión mía sumamente deplorable, casi como si acabara de sobrevivir a un asteroide. Mis cabellos estaban atados en un moño desgreñado y, con hilos duros hacia arriba, como un gusano tal vez. Mi ropa estaba amasada y sucia y yo olía a perro.

— ¿Qué diablos te sucedió? — disparó, una vez llegué a la oficina.

— Tu perro —dije entre dientes — Tu perro sucedió.

Él suspiró lentamente, abrió el botón del saco, y entonces, se lo quitó. Mis ojos se prendieron ante la imagen de él desnudo, la camisa blanca era gruesa, pero no lo suficiente para ocultar los tatuajes debajo de ella. Cuando lo miré, sus ojos estaban fijos en mí. Yo no sabía si Théo me estaba mirando porque me vio mirarlo o si me estaba mirando porque necesitaba una respuesta. No recordaba que era lo último que me había dicho.

—¿Y entonces? — levantó las mangas, dejando a la vista las venas pulsantes de su antebrazo.

— ¿Y entonces qué?

— ¿Qué está pasando contigo, Ana?

— Tu perro está bien.

— Dios, sólo trae mi café. La reunión fue cancelada. — dijo, volviéndose y caminando

hasta su oficina y, entonces, golpeó la puerta.

Finalmente caí sobre mi silla. Había terminado haciéndome la loca, porque si respondía a todo, él sabría que había una multa, un neumático para pagar y que su veterinario había salido mucho más caro de lo previsto.

Corrí hasta la pequeña cocina que quedaba en el piso y preparé su café. Una taza grande de café negro, sin azúcar y nada más, entonces corrí hasta su oficina y después de un leve golpe, entré. Él me miró por sobre el portátil, haciéndome sonrojar, porque así era Théo. Él sólo te miraba y tú debías adivinar todo lo demás.

— Ana.

— Théo? — él giró el móvil hacia mí, mostrando algún tipo de aplicación de grabación.

— ¿Por qué Zeus está corriendo por mi césped con un collar de color rosa?

¡Ah no!



Capítulo 2

“No importa cuántas posibilidades haya de que salga mal, cuando una cosa tiene que suceder, las diferencias desaparecen.”

(Pequeña Sirena)

Me había despertado esa mañana con un mensaje de mi hermana, preguntándome sobre la cena de Navidad. Mi padre había confirmado su presencia, hecho que me hizo reír, porque ¿Qué más haría en Navidad, sino pasar la noche con sus dos hijas y su único nieto? Ah, y no podemos

olvidarnos de su nuevo yerno gigoló, que no viene al caso.

Metí la cabeza de nuevo en la almohada. Día veintiuno de diciembre, era el último día de trabajo, luego entraríamos en vacaciones por dos semanas. Estaba feliz, a pesar de que solamente había estado trabajando en la empresa desde hacía poco, el empleo era desgastante en la mayoría del tiempo. Porque además de servir más como un rompe ramas que como una secretaria, trabajar con alguien como Théo, era sofocante, porque él no era la persona más feliz y radiante del mundo.

Después de obligarme a levantarme de la cama, tomé mi café y me arreglé para el trabajo. Mientras, cerraba la puerta escribiendo una mano amarilla haciendo un “Ok” para mi hermana, porque sabía que ella odiaba aquel emogi tanto como yo. Entonces ella envió uno devuelta, mostrando el dedo del medio, y yo sabía que estábamos bien, que nuestra relación lo estaba, porque yo no. Parte de mí todavía no se acostumbraba a mi repentino cambio y mi falta de dinero. Y con el hecho de que nuestra conversación comenzó con “*tenemos que conversar*” y acabó con “*Andrew va a vivir aquí*”. Pero está bien, después de todo, yo era sólo una quiebra ramas allí también.

De todos modos, debería agradecer, porque he conseguido trabajo en el primer lugar en el que he buscado. Pero, no voy a considerar el hecho de haber encontrado a la ex secretaria llorando en la acera, y después de preguntarle lo que pasó, y que ella me dijera que había sido despedida, yo buscara la empresa porque sabía que había una vacante, aún caliente, abierta. Porque eso parecería injusto, o sabio. Depende del punto de vista.

Llegué a la oficina, caminé hasta la sala de Théo, y abrí la puerta después de dar un leve golpe. Todo estaba oscuro todavía; su portátil se encontraba sobre la mesa con la pantalla apagada, así como toda la habitación, las enormes persianas todavía se mantenían cerradas y la mesa organizada evidenciaba que no había pasado nadie por allí todavía. Miré mi celular y no encontré ningún mensaje de mi jefe, lo que era muy extraño, porque él me habría avisado si tuviera algún compromiso.

Coloqué su taza de café sobre la mesa, con la esperanza de que apareciera dentro de unos minutos y lo tomara todavía caliente. Después abrí las ventanas y encendí el portátil para que se ahorrara el tiempo al llegar a la empresa. Entonces fui a mi mesa y empecé a trabajar. Había un millón de mensajes de clientes que querían programar los horarios para cuando volviéramos de las vacaciones y lo hice. Durante todo el día respondí a los e-mails navideños y todo lo demás, y nada de Théo.

Miré la última hora de su visualización en la aplicación de mensajes y no había estado en línea desde la madrugada. Llamé a su teléfono móvil durante todo el día y dejé una docena de mensajes, pero él no me había respondido; dejándome aún más preocupada, porque en dos meses nunca había llegado tarde, mucho menos desaparecido sin dar ninguna explicación.

Las horas siguientes se arrastraron en un silencio agonizante, sin ninguna información de Théo, y cuando dio mi horario de salida, entré en su sala, cerré las ventanas, apagué las luces y el portátil y tiré el café a la basura. Porque sabía que él ya no iba a aparecer.



¡Navidad, Dios, como amaba la Navidad! Hasta el olor en la calle parecía diferente. Los anuncios en la televisión, los estantes en los mercados, las fachadas de las casas. Todo era dorado, y rojo y brillaba. Sosteniendo una botella de vino barato, presioné el timbre de la casa de

mi hermana, que era extraño no decir que era mía, después de que mis últimos siete años y mis últimas siete navidades habían sido allí.

—Intenta no tratarlo mal, Ana — mi padre me retó.

—Está bien, papá, estoy tranquila con todo esto.

Él asintió, a pesar de que sabía, que él sabía, que yo no aceptaba esto.

— Estás linda, después de todo. — él tomó mi mano y me hizo dar una vuelta completa.

—Gracias ... — yo le miré con ternura.

Él también estaba bien, usaba una camisa gris con el cuello V y una boina que lo dejaba aún más bonito, a pesar de su barriga protuberante.

—Me recuerdas mucho a tu madre — confesó, mientras tocaba otra vez el timbre.

—Lo siento por eso, entonces —escupí, porque parecerme a ella era todo lo que menos quería en la vida. Parecerme a la mujer que abandonó nuestra familia, que abandonó a sus dos hijas para vivir con un tipo que conoció en la panadería, no era algo que me gustara. Aunque había sido hace ya veinte años, nunca la perdonaría, porque mi hermana Karen y yo sólo teníamos seis y cuatro años.

—Yo también. —responde.

— ¡Abuelo, abuelo, eh!!! ¡Tía Ana Manzana! —él abrió la puerta y nos abrazó de una sola vez, usando sus cortos bracitos.

— ¡Eh, Juan! — pasé la mano por sus cabellos, peinándolos hacia los lados y él se apartó, antes de deshacerlos de nuevo.

— ¿Cómo conseguiste crecer tanto en una semana? — pregunté.

Sabía que él amaba cuando yo hablaba de ello, porque siempre arreglaba su postura y se ponía a mi lado, tratando de mostrarme que casi estaba llegando a mis hombros.

— ¡Sí, chiquito tú estás enorme! — mi padre simuló un intento fallido de cogerlo en el regazo — Mira, Ana, ni siquiera puedo coger a mi propio nieto en el regazo.

— ¿Es porque es grande o porque te hiciste un viejo, anciano? — dije, guiñándole a mi sobrino, entonces él esbozó una enorme sonrisa.

— Creo que eso es todo — Juan miró a mi padre con una sonrisa traviesa en los labios.

— ¡Mira como hablan conmigo, sus pivotes! — mi padre fingió estar enojado, entonces dio un paso hacia mi sobrino.

— ¡Noooooo! — corrió hacia dentro de casa — ¡Socorrrrrrro! — cerró la puerta con fuerza, haciéndome dar un paso hacia atrás. Luego mi hermana la abrió.

— ¡Deja de golpear la puerta, Juan! — gritó sobre los hombros, después se encaminó hacia nosotros — ¡Feliz navidad!

— Todavía no es media noche, Karen — estiré el brazo, entre gándole el vino, y ella leyó la etiqueta antes de decir.

— ¿Dónde está tu espíritu navideño este año?

Está juntando plata para el alquiler. Pensé, pero por supuesto no lo dije.

— El vino costó trece reales, además, espero que Andrew no sea exigente — dije, golpeando los talones en la alfombra de la entrada.

— Hola, para ti también, Ana — Andrew levantó la mano izquierda, saludándome, mientras mantenía la derecha apuntando hacia la TV, sosteniendo el control, buscando algún canal específico. Se quedó en un partido de fútbol.

— ¿Querida, puedes traerme una cerveza?

— Claro, Drew, un minuto.

¿Por qué, en nombre de Dios, tenía que ser tan idiota? ¿Quién en el mundo no era capaz de tomar su propia maldita cerveza de la nevera? Bueno, la respuesta estaba frente a mí, usando un pantalón de playa: Andrew. Andrew no era capaz.

— Gracias — respondió, ajeno a la llegada de mi padre a la sala.

— Y entonces, Andrew — mi padre lo saludó, hecho que lo hizo incorporarse en el sofá y alcanzar su camisa en el apoyo de al lado — ¿Cómo estás? — se colocó la camisa antes de levantarse y estirar el brazo.

— Estoy bien, ¿y usted?

A mi padre no le gustaba que yo implicara a Karen a causa de Andrew. La mayoría de las veces me reprendía, pero sabía que él tampoco estaba muy a favor de esa relación, porque él siempre corregía a las personas cuando le llamaba señor. Mientras que con Andrew no, nunca lo hacía.

— Estoy bien — respondió antes de girar y caminar hasta la puerta de la cocina. Tomé mi celular de mi bolso y me uní a ellos.

— Y entonces, Juan, ¿cómo van las vacaciones? — pregunté, dándole un fuerte abrazo, e intentando ocultar su regalo detrás de mí.

— Me encantan las vacaciones, me quedo hasta las tres de la mañana jugando videojuegos — susurró en mi oído.

— ¿Ah, en serio? Y por lo visto eso es un secreto — Él asintió

— ¡Entonces creo que te quedas hasta las cuatro hoy!

Estiré la mano para entregarle el obsequio.

— ¿Qué es? — preguntó ansioso.

— ¿No quieres abrirlo para ver?

Él rasgó el paquete, dejando caer los pequeños pedazos en el suelo, y entonces dio un grito.

— El juego de Minecraft que quería! — dijo animado, abriendo la tapa del CD.

No me importaba haber gastado casi cien reales de mis ahorros, porque ver la sonrisa en su cara era algo que ningún dinero en el mundo podría haber pagado.

— ¡Tía Ana, gracias! Ven a verme jugar.

Él me abrazó antes de correr hacia la habitación.

— Ya voy.



Estábamos todos en silencio, sentados alrededor de la pequeña mesa que quedaba dentro de la cocina, cuando el horno sonó, haciendo que Karen se levantara y corriera hacia él. No es que ella estuviera ansiosa por comer el pavo de Navidad, sino que probablemente no estaba muy agradecida por el hecho de que cada vez conociéramos más al flojo su futuro marido.

Ella colocó la bandeja sobre la mesa y volvió a la cocina para buscar la salsa de ciruela. Drew no esperó que ella volviera para empezar a servirse, tomando primero el muslo. Por supuesto que él tampoco tenía educación. Porque desde que era pequeña, mi padre siempre me habló sobre esperar a que las personas se sirviesen primero, porque era egoísta intentar tomar el mejor pedazo. Siempre pensé que entonces, después de todo, siempre habría un egoísta sentado a la mesa, porque alguien tendría que comer el muslo, pero entonces me di cuenta de que esa no era la cuestión.

Andrew no había aprendido eso, porque estaban en la mesa con su esposa, el padre de ella y su hijastro, ¿entonces ellos debían pelear por el otro mejor pedazo? Si a Andrew le importara ella, aunque en lo más mínimo, habría puesto el mejor pedazo en el plato de su hijastro, y tal vez ella se hubiera quedado tan contenta que le habría hecho sexo oral antes de que la fiesta acabara.

Pero un pedazo de carne no era la cuestión. De cualquier forma, el punto era que yo me estaba fijando en cada paso que él daba, y si antes había dicho que no tenía nada contra aquel tipo, bueno, en ese momento había cambiado de idea.

Desbloqué la pantalla de mi celular para ver mis mensajes. Había un millón de mensajes navideños, pero nada de Théo, lo cual me angustiaba cada vez más. Pensé en que tal vez hubiera podido llamar a algún pariente suyo, de los que estaban en la lista de los teléfonos de la empresa, ya que tenía una copia que estaba en mi email, pero me pareció demasiado invasivo.

Miré su última visualización de nuevo, y revelaba que siempre se encontraba en línea algunas veces al día, lo que me relajaba un poco, pero ¿por qué no me respondía? Abrí nuestras conversaciones para leer todo lo que yo había mandado en los últimos días, y de hecho, fueron ocho mensajes no contestados.

Visualizadas y no respondidas. ¿Qué mierda estaba pasando?

— Es falta de educación quedarse al celular estando en la mesa.

¡No! Andrew no tuvo esa audacia. El hombre es valiente, debo admitir. Me dio un guiño, como si estuviera jugando y mi hermana se rió, era para que pareciera una broma.

—¿Cómo está la búsqueda de empleo, Drew?

Mi padre escupió el vino dentro de la copa. La Navidad estaba empezando a ser interesante.

Todos se quedaron en silencio, y si no fuera por el sonido del juego que provenía de la habitación, tal vez hubiera sido capaz de oír mi corazón golpeando.

—El mercado de trabajo está muy disputado — dijo, mientras se concentraba en cortar la mejor parte del pavo, la cual, a aquella altura, estaba casi triturada en su plato.

— Puedo imaginar cuánto. Tú estás al menos yendo personalmente a las empresas o estás leyendo sus feeds en el facebook y deduciendo que no están necesitando a nadie más?

Coloqué mi copa sobre la mesa y el impacto del cristal dejó mi pregunta aún más radical. Mierda, ahora estaba acabando de una vez con la Navidad en familia.

—¡Ana! —mi hermana gritó y aparté la mirada. Fue en ese momento exacto que mi celular sonó. Gracias a Dios.

Gracias...

¡Theo!



Capítulo 3

“Está bien si no tienes una chaqueta, acepto tu abrazo. Si no encuentras un jardín de flores, acepto una rosa robada de la vecina. Si no me mandas un sms, acepto un billete. Si no quieres gritarle al mundo, puedes gritarte mí. No importa la forma, importa la sensación.”

(Pequeña Sirena)

Me despedí de todos y corrí hacia la calle para atender la llamada de Théo. Sabía que aquella era la excusa perfecta, entonces me retiré diciendo: “Necesito irme, es urgente” . Podía ver el

alivio de todos estampado en sus rostros, incluso en el de mi padre, que a pesar de no estar de acuerdo con la decisión de Karen de meter a un loco cualquier dentro de su casa, no era tan radicalista como yo.

Pero, todo bien, la mierda estaba hecha y yo había arruinado la noche de Navidad de todos. Es decir, no todos, ya que Juan estaba muy entusiasmado en su habitación con su juego nuevo, entonces algo había valido la pena en aquella desastrosa noche de navidad.

Y en aquel momento, tenía algo mucho más importante, Théo, y el motivo que fue capaz de hacerlo desaparecer del mapa. Mi corazón golpeaba fuerte contra mi pecho, no podía entender el motivo de estar tan ansiosa por hablar con mi jefe.

— Ah, mira quién decidió dar el aire de la gracia. —atendí.

Las dos copas de vino me habían animado más de lo que debían.

—Te necesito.

Una frase tan pequeña y llena de significados. Por un rato sentí un hormigueo extraño en el estómago por saber que Théo me necesitaba. Lo cual era extraño, porque yo no tenía una caída por mi delicioso jefe y, por lo tanto, me imaginaba que pudiera ser por los días en los que estuvo el cien por ciento ausente.

— Qué bueno que estás vivo, Théo.

— Te estoy esperando en mi casa — dijo antes de colgar. Llamé a un Uber y fui a la casa de mi jefe, maldiciendo mentalmente el hecho de haber tenido que usar mis últimos diez reales. Tal vez se los cobraría si creía que el tema, que era tan urgente al punto de interrumpir mi cena fracasada, no era tan urgente como decía.

Al presionar el intercomunicador, la puerta se abrió y luego entré. Subí el camino de piedras sobre la hierba, aunque fuera difícil hacerlo con mis zapatos de tacones con 15 cm que elegí para usar aquella noche, pero no me importaba, porque a pesar del trabajo de pasar caminando sobre un suelo incierto, yo estaba lejos de la perrera. O eso era lo que creía.

Presioné firme mi bolso entre los dedos, mientras me equilibraba sobre los tacones. Pragajeando mentalmente mi noche arruinada de todas las formas posibles.

¡Crear expectativas era una mierda! revisé mi celular y había un mensaje de Carol, mi mejor amiga, preguntando cómo estaba mi navidad. Sólo se lo resumí con un emogi de una mierda. Ella lo iba a entender. Todavía había unos seis metros cuando lo oí gruñirme. No, no, ¡no era posible! ¿Por qué en nombre de Dios Théo no había encerrado a aquel perro de los infiernos? Me quedé quieta, no era capaz de mover un músculo siquiera. Casi no era capaz de respirar. Miré a la puerta de entrada y estaba entreabierta. Si corría muy rápido era posible que llegase a tiempo, antes quedarme con la marca de los dientes de ese perro en mi trasero. ¿Cómo era el nombre de ese animal? ¿Athena? No, no, él era macho. Cristo ... ¿Odín? No, creo que me acordaba de cielo y trueno, ¡Ya lo sé, Zeus!

—Zeus, querido ... Se un buen niño en esta Navidad. — él me gruñó alto, haciéndome llorar.

Definitivamente odiaba a los perros. Si al menos tuviera un pedazo de filete, igual que en las historietas. ¿Será que aquello funcionaba también en la vida real?

Dios, ciertamente no, pero ¿a quién le importa? No tenía un pedazo de filete.

— Zeus ... — se posicionó, como si empezara a correr, y yo hice lo mismo.

Tal vez fue por mi vestido rojo ... ¿Los perros son como toros? Corrí sobre las piedras, dejando caer mi celular y bolso en el suelo, gritando como una loca; me arriesgué mirar sobre los hombros y él corría detrás de mí, como una bestia. Definitivamente, cobraría mis diez reales, y es más, pediría un bono por tener que pasar por aquello, y si Zeus me mordía el culo, también cobraría los remedios y un extra.

Salté los peldaños de dos en dos. No era posible que yo fuera tan buena corriendo en tacones, hasta el punto de ganarle a un perro gigante. Cuando miré hacia atrás, él ya no estaba allí, pero yo estaba entrando por la puerta, aun corriendo, cuando me di cuenta. Entonces ella se abrió, colisionando con la pared detrás de ella, y caí de rodillas en el amplio hall de entrada, sobre el gélido suelo de mármol de la casa de Théo.

Érguí la cabeza, y lo que vi era exactamente lo opuesto de todo lo que yo podría haber imaginado para aquella noche. Théo estaba sentado en el primer escalón de la amplia escalera, su pelo castaño estaba desordenado y nunca habría imaginado que sus hilos eran tan grandes, si no los hubiera visto caídos sobre sus ojos. Su barba no había sido hecha en los últimos días y debajo de sus ojos habían ojeras oscuras.

Él me miró como si estuviera suplicando por ayuda. Pero, lo que más me sorprendió no fue encontrar a mi jefe egocéntrico luciendo como un sexy mendigo, lo que realmente me sorprendió fue encontrarlo con un bebé recién nacido en el regazo.

Y él no paraba de gritar...



Capítulo 4

“Ya has notado cómo las cosas totalmente inexplicables están muy a la vista.”

(Pequeña Sirena)

Pero qué es lo que ... — empecé a hablar, estando aun de cuatro en el suelo — En nombre de Dios, ¿qué es eso, Théo?

— Sólo hazlo parar ... — él se levantó, dándome por primera vez, el vislumbre de su

abdomen definido.

Théo estaba descalzo, usaba un pantalón abanico abierto y su ropa interior blanca llamaba aún más la atención sobre su piel bronceada. Completamente lo opuesto de lo que su apariencia representaba en la empresa, una persona completamente diferente.

Un hermoso diferente.

— Es un niño o ...

— Cristo ... es una niña — dijo él, entregándomela con todo el cuidado del mundo, como si pudiera romperla por la mitad si no lo hiciera.

Juan había nacido mucho más grande de lo que aquella bebé era en ese momento, entonces yo deducía que no tenía más de diez días, y más de dos kilos y setecientos gramos. La pequeña gritaba sin parar, como si la estuvieran matando, y se contorsionaba tanto que, al hacerlo, eliminaba gases.

— Está con cólicos, Théo.

— ¿Con qué? Tú acabas de llegar, ¿eres médica por casualidad?

— Rodé los ojos.

— Tal vez quieras que vuelva a casa y trates de calmarla tú solo — él no respondió, por supuesto, demasiado egoísta para disculparse — ¿Qué es lo que ella está comiendo y cuándo fue la última vez que comió?

— Ella está tomando leche ... el tipo de la farmacia dijo que era lo mejor. Hace dos horas, pero ella no lo comió todo y no sé el motivo, porque puse la misma cantidad que un bebé de su tiempo debería mamar.

Se volvió a sentar en el escalón de las gradas.

Yo puse al bebé en mi antebrazo, mientras le balanceaba en un ritmo lento y crujía en sus oídos, con una buena distancia para no incomodarla. Él me observaba, aterrorizado, como si hubiera visto a un alienígena con un martillo metido en el culo.

— ¿Cuántos días tiene?

— En el billete decía que tenía diez días, pero ya pasaron tres días. Trece días.

— No te puedes ir mucho por lo que está escrito allí. Es un bebé pequeño y algunos bebés nacen con el doble de peso de ella — sonreí al darme cuenta de que ella había dejado de llorar — Ella está sintiendo cólicos, con tan poco tiempo, a causa de la leche pasteurizada. Probablemente llorará hasta los tres meses, sin parar.

— ¡Tienes que estar jugando! — se pasó la mano entre la cara, después descansó la cabeza en las rodillas, y yo proseguí.

— Puede mamar una menor cantidad, pero en menos tiempo. Mi sobrino lo hacía así. Él nunca mamaba todo, entonces en una hora y media, yo le daba la mitad de la cantidad que debería mamar cada tres horas — él levantó la cabeza y me miró.

— Es mucha información.

Tomé mis zapatos, usando la punta de los dedos y los arrojé hacia un lado.

— Ella es tuya, me imagino.

— Yo no sé —respondió, casi llorando.

— Bueno, yo diría que no es necesario ni siquiera un examen de ADN, porque una copia tuya.

Él me miró, podía percibir que estaba dividido con esa información.

— El examen estará listo en cinco días. El equipo vino por nosotros y, mientras no sale el resultado, yo prefiero que quede todo en secreto — su frase era una orden y yo asentí con la cabeza.

— Sí, por supuesto — continuaba balanceando a la nena, mientras daba pequeñas palmaditas en su espalda.

Ella estaba con una ropa estilo pijama y el pantalón gigante era cerrado abajo, de modo que no necesitaba medias, lo que era muy bueno, ya que ni siquiera debería haber medias tan pequeñas.

— Y entonces, ¿cómo sucedió?

— Necesito un baño, Ana, porque ya hace tres días que no sé qué es eso. Ella simplemente no dejaba de llorar — hizo una pausa

— Día y noche.

— Dejo de hacerlo ahora. —dije, orgullosa.

— Es...

Y entonces, él partió, dejándome con su bebé en los brazos, en la víspera de Navidad.



Hacia ya media hora que Théo había ido a bañarse. Pensé que tal vez él pudiera haber huido, porque la expresión en su rostro me decía que era exactamente lo que él quería hacer. Escapar. Pero, yo lo entendía perfectamente, porque los bebés nos hacían incluso querer salir corriendo y gritando por socorro. Parte de mí se sentía indignada porque él me había llamado en mis vacaciones, en la víspera de Navidad y me había exigido que viniera, pero, otra parte estaba feliz de que Théo tuviera confianza en mi persona.

Hacia dos horas y media que la bebé había comido por última vez. Ella se movía impaciente en mi regazo y yo sabía que era hambre. Subí las escaleras con ella en los brazos, buscando a Théo.

— ¿Théo? — abrí la primera puerta, el cuarto de baño estaba vacío, así que me quedé dentro de la segunda habitación, y era una especie increíble de cine, con una pantalla gigante, del tamaño de una pared y todo el resto era colchón con mil cojines sobre él y a pesar de notar que estaba en reforma, y que las paredes estaban siendo lijadas y que había una lona transparente enorme sobre todo, hice una anotación mental de que debía tener una habitación como esa cuando fuese rica — ¿Théo? — abrí la segunda puerta. El hombre estaba acostado boca abajo en una cama que debería tener unos dos metros cuadrados. Él estaba casi desnudo, tenía tan solo un calzoncillo negro. Su cuerpo subía y bajaba conforme su respiración.

Me quedé inmóvil, admirando a aquel hombre, porque él era una de las cosas más hermosas que ya había visto. Théo de hecho tenía un tatuaje en su costilla. Un escorpión enorme, sus garras iban hacia la barriga y el rabo cerca de sus axilas, con su curvatura en sentido hacía la espalda.

No lo llamé, sabía que necesitaba ese descanso. Si una madre que se preparó por nueve meses, no está lista para todo aquel llanto, quien diría un hombre que recibió un niño de paracaídas. Yo estaba ansiosa por escuchar la historia de cómo todo llegó ese punto, pero por la forma en que Théo estaba tirado en la cama, sabía que tardaría unas horas.

Entonces volví al piso de abajo, buscando la cocina, para buscar del biberón y la leche, pero cuando encontré la habitación, casi me atragantaba a causa del desorden que encontré. A lo largo de la bancada de mármol blanco, había dos cajas pequeñas de pizza, pañales sucios, seis latas de energéticos junto a pañuelos húmedos utilizados. Algunas ropas de bebé sucias con excrementos y vasos por todas partes.

También noté una pequeña cunita de mano, hecha con un cordón rosa tan débil que si no forzase la vista, podría haber pensar que era blanco. La cunita era limpia y las ropas dentro de ella parecían caras, un biberón rosa, con un caño ante reflujo y cólico dentro de ella, recuerdo que había buscado uno para Juan años atrás, pero, costaba más que mi riñón en el mercado negro, estaba dentro de una pequeña bolsa de bebé. Lo que me llevó a pensar que, o Théo los compró, o su madre tenía dinero.

El bebé comenzó a llorar intensamente, entonces la puse en la cunita y empecé a preparar su biberón con agua filtrada, que encontré al lado de la nevera. Hice una dosis menor de la que decía en la etiqueta de la lata de leche, entonces la cogí en el regazo y me senté en una de las banquetas demasiado altas para ser cómodas.

Fue cuando encontré una carta, escrita con una hermosa letra, doblada al lado de un cuero rosa. Arreglé el biberón, recostado en mi pecho y puse un pañal debajo de ella, como hacía con Juan cuando yo quería quedarme con una de las manos libres, entonces empecé a leer.

Théo, tal vez no te acuerdes, pero nos conocimos a principios de marzo, en las islas Maldivas, cuando fuiste a trabajar y yo estaba de vacaciones. Tuvimos una noche regada por el sexo y el alcohol, y antes de que pudiera despertar, ya no estabas allí. Tal vez tú no sabes exactamente quién soy, porque tú has cogido con la mitad de la isla, pero bien, te olvidaste de tu identidad en mi cuarto; y yo la guardé, hasta que descubrí que estaba embarazada, unas semanas después, cuando ya estaba lo suficientemente avanzada para lograr un aborto. Entonces descubrí donde vivías, lo que no fue difícil, una vez que haya escrito tu nombre en Google, hay cientos de resultados sobre ti. Soy modelo, y durante mi embarazo, recibí la mejor invitación de mi vida. Mi más grande sueño!, y un bebé no estaba en mis planes, entonces seguí con el embarazo, sabiendo que cuando llegase el momento, estarías ahí para criarla. Dale a ella lo mejor que puedas, porque nunca estaré lista para ser madre.

Ella se llama Ariel y tiene 10 días.

Adiós, Théo.

Cuando terminé de leer la carta, me encontraba rota en llantos, sollozos se escapaban sin que yo pudiera evitarlo. ¿Quién en el mundo era capaz de abandonar a una hija? Bueno, la respuesta estaba delante de mis ojos. Mi madre era. Y esa desgraciada también. La mujer ni siquiera se había identificado, porque no quería que Théo la buscara. Dejé la carta sobre la mesa y limpié mis lágrimas.

Ariel había terminado de mamar, tomó cada gota de la leche que yo había hecho la sostenía para que ella pudiera eructar. Al hacerlo, la puse en la cunita en un rincón silencioso de la cocina, entonces empecé a limpiar todo.



Capítulo 5

“Tú no tienes idea de cuántas cosas te quiero decir, con mi sonrisa tonta.”

(Pequeña Sirena)

Había lavado la vajilla, recogido la basura, barrido el suelo y ahora estaba preparando algo de comer para Théo.

Imaginé que había pasado los últimos días comiendo pizza y luego puse un pollo para

asar en el horno y comencé a rellenar las patatas.

Ariel estaba en un sueño profundo, había mamado una vez más y dormía tranquilamente. Yo sabía que ella se despertaría cada dos horas y que yo también debería dormir, pero simplemente no lo conseguía. Las palabras escritas en la carta me dejaría despierta en las próximas noches, porque me hacían recordar a mi madre..

El horno sonó, avisando que el pollo estaba listo, entonces envolví las patatas en papel aluminio y las puse allí, bajando un poco el grado, para que no se quemasen. Abrí la nevera de nuevo, pero no había ensalada, o por lo menos ninguna que no se hubiera marchitado ya. Entonces las cogí y las arrojé a la basura, antes de que se agrietara en la heladera y oliera mal.

— ¿Dónde está ella? —la voz de Théo me asustó, y giré rápidamente sosteniendo el cuchillo de cortar carne en las manos.

— Dormida —señalé la cunita portátil.

— ¿Cómo lo conseguiste? —preguntó, pasando las manos por los cabellos.

Me alcé de hombros.

— Yo no sé, sólo la alimenté y la balancee hasta que se durmió —suspiró y la miró. Yo quería saber qué era lo que él estaba pensando, pero rezaba para que él la quisiera, porque ella no merecía ser abandonada por sus dos padres — Leí la carta — él me miró.

— Quisiera saber cómo tuvo el coraje — dijo, y una centella encendió en mi pecho.

— Y yo también —respondí — ¿Has pensado en lo que vas a hacer? Él negó con la cabeza.

— Ya pensé sobre todo, mi mente está hirviendo, pero todavía no consigo imaginar nada — yo asentí con la cabeza.

— Sólo siéntate y come algo, tú necesitas alimentarte y yo me tengo que ir. Feliz Navidad — le di una pequeña sonrisa.

El hecho es que nunca vi a Théo tan crudo como se veía en aquel momento. Sin el traje y todo aquel egocentrismo de él. Sin sus murallas, y correos electrónicos y pedidos formales. Sin todo aquel "hazlo". Hasta que él soltó:

— Tú te quedarás.

Estaba lavando un plato en ese momento, y lo dejé suspendido en el aire, fuera del agua, mientras el grifo abierto apuntaba a mi cara juzgándome por estar haciendo daño en el medio ambiente. Pero en aquel momento no me importaba, porque quería arrojar el objeto en la dirección de Théo.

— Técnicamente, estoy de vacaciones.

— Técnicamente no tienes derecho a ellas.

— Técnicamente son colectivas, Théo.

— Técnicamente no me importa — dijo, haciéndome girar sobre los talones.

— ¿Crees que es poco hacerme estar aquí en la noche de Navidad? —pregunté furiosa. ¡Yo no sé tú, Théo, pero yo si tengo una vida!

— Ah, sí, apuesto que tienes muchas cosas importantes para hacer hoy.

Sí, tengo que pelear con mi hermana, pensé.

— Cuidar de un bebé no era una de ellas — dije, pero me arrepentí en el mismo segundo, porque aquella niña ya había pasado por mucho, y ni siquiera tenía dos semanas enteras de vida. Entonces me derrumbé, cerrando el grifo y colocando el plato limpio sobre la bancada de mármol.

El mayor problema no era que me hablara, sino cómo me hablaba. Porque, a veces, aunque él estaba pidiendo algo que era obligación mía y que no me importaría hacerla, yo sentía

ganas de mandarlo a la mierda y, a hacerlo él mismo, sólo por la forma en que él exigía tal cosa. “¿Tú puedes traerme un café?”, suena mucho mejor que “Tráeme un café”, porque él era mi jefe y, no la porquería del dueño del mundo. Y, en ese momento, “Tú te quedarás”, sonaba como si yo no tuviera elección, ¡y yo era una mujer libre! Me quedo, por supuesto, pero si quiero; independientemente de tener un alquiler para pagar o no.

— Me quedaré — dije entre los dientes — Pero necesito mi teléfono y mi bolso, se cayeron cuando tu perro intentó matarme — si no lo conociera tan bien, podría decir que aquello en sus labios era el vislumbre de una sonrisa.

Él asintió, pero ningún “gracias” salió de su boca. Cuando volvió con mi aparato, me di cuenta de que la pantalla estaba más rota de lo que estaba antes, me pasé el dedo sobre ella y nada. Estaba estropeado, pero no dije nada, y sólo lo guardé en mi bolsa de mano. Théo ya tenía demasiados problemas por los cuales preocuparse.

El horno sonó, las patatas estaban listas. Él se sentó mientras yo las ponía con el arroz y el pollo sobre la mesa. Théo se sirvió de una generosa porción, y mis ojos se perdieron en él por un momento. Él parecía ajeno al mundo, pero al mismo tiempo, parecía que estuviese cargando el mundo en su espalda. Y yo me encontré pensando en cómo sería su vida fuera de la oficina. Yo sabía que su madre estaba viva, ¿pero entonces por qué ella no le estaba ayudando con Ariel?

— ¿Puedo hacer una pregunta? — pregunté, curiosa.

— Si preguntas si puedes hacer una pregunta, seguramente no deberías hacerla — él metió un pedazo de la patata en la boca y miré, sin querer, a sus labios.

Él los cerró, y masticó la comida, haciendo la cara de quien estaba teniendo un orgasmo. Entonces me imaginé a Théo teniendo uno. Cristo. Debería dejar de hacer eso, pero verlo desnudo había movido mi mente. Los hilos de sus cabellos eran tan gruesos que aún estaban mojados, y dormir después del baño lo dejó desordenado al punto suficiente para ser lo suficientemente sexy para desear poner las manos en ellos. Théo usaba una camiseta blanca, lisa y un jeans rasgado, que no se parecía a los trajes que usaría si estuviera en la empresa y eso me encantó. No es que yo tuviera onda con mi jefe, pero tampoco podía parar de mirarlo.

— Puedes comer, en lugar de quedarte sólo mirando — la frase de Théo me hizo desviar los ojos, porque tenía doble sentido. Por supuesto que tenía, al final, era Théo, y él no se esforzó en dejarme desconcertada. Incluso sintiendo la cara arder, decidí ignorar su doble sentido y me senté frente a la mesa, sirviéndome un poco.

— ¿Y entonces? — pregunté.

— ¿Y entonces, qué, Ana? — él continuó comiendo, sin mirarme.

— ¿Puedo hacer la pregunta?

— Ya has hecho dos — respondió, seco.

— Si quieres que lo haga, tendrás que colaborar.

Él alzó los ojos, curioso, y yo le miré con vehemencia.

— ¿Y entonces? — levantó una ceja, en desafío.

— ¿Por qué no se lo has contado a tu madre?

— Está haciendo una vuelta al mundo — respondió, como si aquello fuera suficiente, y yo lo odiaba por eso, porque una respuesta incompleta me costaría unas dos preguntas más sobre ella, siendo que él podría terminar pronto con aquello y dejarme hacer nuevas preguntas sobre otras cosas.

— ¿Y crees que no le gustaría saber que tiene una nieta?

— ¿Que fue dejada en mi puerta nueve meses después de que yo cogiera a una modelo ni tan guapa? ¿Qué tipo de hombre soy por dormir con una mujer que abandona a su propia hija en

medio de la noche cerca de la porquería de Navidad?

Ahí estaba Théo, y en aquella larga frase me hizo estremecerse por dentro. Una de ellas era oír la palabra "coger" saliendo de su boca de forma tan natural, otra era saber que para él una modelo no era tan guapa, porque me hacía creer que le gustaba un poco más de carne. Y otra, era el hecho de que le importaba con qué tipo de mujer dormía.

— Creo que ella entendería, estabas borracho — me alcé de hombros.

— Y ahora tengo a una niña durmiendo en mi mesa de comedor.

— Y muy es linda — así como tú, pensé.

— Y todavía no sé si es mía — respondió bruscamente.

— ¿Y si es? — pregunté curiosa.

— ¿Qué tienes? — levantó los ojos y me miró. Sentí el pollo bajar rasgando mi garganta y puse la mano en el cuello.

— ¿Quieres algo para beber? — se levantó.

— Gracias, Sí.

— ¿Vino? — preguntó.

— Un vino sería genial — lo observé cogiendo una botella de la pequeña bodega que quedaba en la esquina derecha de la cocina. Entonces estiró el brazo para alcanzar las copas en la parte superior de la cristalera, lo que hizo que su camisa se levantara un poco y revelara un pedazo del tatuaje

— ¿Seguro, y desea contarle cuando tenga el resultado? — le di un trago al vino y cerré los ojos, dejando escapar un pequeño gemido de satisfacción, pero cuando los abrí, los ojos de Théo estaban clavados en mis labios, y me preguntaba si mi lápiz labial rojo escarlata aquella altura, no estaba borroso

— No pensé en eso.

— Seguro.

Él se sirvió más de las patatas y yo quería preguntarle si realmente le gustó, pero no quería incomodarlo al darse cuenta de que estaba controlando su comida.

— Esto está muy rico. Gracias.

Sonríe satisfecha, porque yo amaba cocinar, y en las últimas semanas había cocinado sólo para mí.

— Gracias.

— ¿Y tu padre? — pregunté, curiosa.

— Él no es la mejor persona del mundo. Nunca lo entendí.

— ¿Y tu hermano? — iba demasiado lejos, lo sabía, pero no podía evitarlo.

— ¿Mi hermano casado? ¿El que tiene una esposa linda, inteligente y dos hijas adorables? ¿El hermano menor que consiguió todo lo que quería con sólo veintiséis años?

— Estoy segura de que te ayudaría — dije, tratando de ayudarle, pero ciertamente no estaba segura.

Ariel se movió en la cunita portátil y yo me levanté rápidamente, yendo hacia el fregadero, sabía que ya había pasado un tiempo suficiente desde la última vez que comió, entonces cogí su biberón y dejé la mamadera preparada. Antes de tomarla, miré a Théo y él nos miraba curiosamente, poniendo atención en cada detalle. Miré de nuevo al bebé, ella me miraba con sus ojos castaños fijos en mi cara, y, a pesar de saber que ella no me veía al cien por ciento, sabía que podría pensar que yo era su madre, y no me importaba, porque prefería aquello a que ella sintiera el dolor del abandono. Mis ojos se llenaron de lágrimas, porque yo simplemente no podía evitarlo, entonces volteé la cara para que Théo no me viera llorar.

— Hola, bebé ... — dije, forzando mi voz entrecortada — Es hora de comer — la cogí con cuidado, poniendo mi mano en sus costitas, con los dedos sobre la extensión del cuello y la cabeza — No tienes que tener miedo de romperla, Théo —susurré. Entonces la coloqué en mis brazos y comencé a alimentarla.

Eran casi las dos de la mañana, comenzaba a sentir el cansancio del día en mis hombros pero sabía que Théo estaba aún más cansado, porque su cabeza entre las manos, sobre la mesa, lo dejaba bien claro.

—Usted puede ir a dormir — dije, así que acabé de darle la leche a Ariel, y la posgué para que pudiera eructar.

—¿Qué estás haciendo? — preguntó curioso al verme dando ligeros golpecitos en su espalda.

—Haciéndola eructar — respondí, con una pequeña sonrisa — Cada vez que toma de su biberón, tenemos que dejarla un poco de pie, para que eructe y no haya riesgo de que se ahogue con el vómito — él abrió los ojos, nervioso. Era demasiada información.

—Cierto —respondió. Imaginé que él había pensado que los eructos que Ariel dio en los últimos días habían sido espontáneos — Tú puedes ir a dormir ahora.

—Ve a descansar, Théo, yo me quedo con ella — Ariel empezó a contorsionarse en mi regazo mientras se quejaba — Tú necesitas dormir — dije — ¿Dónde te has estado quedando en los últimos días? — lo miré confusa — ¿Dónde están durmiendo?

— No estoy durmiendo.

— ¿Y cuando ella duerme? — pregunté curiosa.

— No, sé ... Ella simplemente pasa la noche llorando. Y yo me quedo con ella en mi regazo.

— Cierto ... Ella necesita un espacio, Théo, una cuna, cerca de tu cama — dije entre el llanto alto de Ariel.

—Pero no sé si ...

— ¿Si ella es tu hija? — me miró, derrotado — Tu sabes, tú todavía no has digerido la información — evitó mirarme — Arregla una cuna, ella necesita sentirse cómoda.

— ¿Cómo sabes tantas cosas? parece que tiene hijos — podía sentir un poco de desprecio en su voz, tal vez fuera Théo tratando de levantar una muralla de nuevo.

— Tengo un sobrino — respondí.

— Yo también tengo.

— Pero yo participo de su vida, Théo — no quería ofenderlo, pero había cosas que él necesitaba oír, porque yo sabía que sólo así se callaría. Me levanté con Ariel en el regazo y lo mié — ¿Dónde la coloco?

— Puedes colocarla en mi cama — respondió, colocando los platos en el fregadero.

— ¿Y yo donde duermo? —pregunté, un poco ansiosa por saber que me quedaría en la casa de mi jefe aquella noche.

— En mi cama — quería entender cómo una frase tan corta me podía causar tanto incomodidad, porque podía sentir mi estómago contrayéndose.

— ¿Y tú? — pregunté, un poco nerviosa.

— En mi cama — lo miré, furiosa — Es la única que tengo, por cierto — tragué en seco

—¿Y el sofá de la sala? — pregunté con la voz entrecortada.

— No te preocupes, Ana ... no muerdo — sentí que mi corazón se detuvo — A menos que me lo pidas.



Capítulo 6

“Si puedes decir y alguien puede oír, no dejes de hablar. Mañana puede ser demasiado tarde.”

(Pequeña Sirena)

Me desperté cada dos horas durante la noche para dar de mamar, es decir, a la cuatro y ahora a las seis, mirando a Ariel con los ojos abultados. Yo sabía ella no volvería a dormirse, entonces

me senté en la cama y me quedé mirando alrededor, buscando un baño. Mi rostro debería de estar fatal.

—¡Feliz navidad, pequeña! — la miré con una sonrisa enorme en la cara. Era su primera navidad — Y feliz catorce días — oí un gruñido a mi lado.

—¿Siempre eres tan matinal? — Preguntó, impaciente.

— ¡En realidad no, pero después de todo, es Navidad! Aunque aún sea seis horas.

—¿Ya son seis horas? — preguntó en un salto y yo aparté los ojos, porque él no vestía nada más que un boxer y ... puta mierda, una erección.

— Necesito irme, Théo ... necesito ropa — miré la camisa blanca que vestía, la misma que Théo se había puesto la noche anterior, pero se la había sacado para dormir y yo aproveché para usarla. Su olor estaba impregnando en cada parte de mi cuerpo — Y necesito que salgas para que pueda levantarme e ir hasta el baño — pedí, sabía que si me levantara usando apenas su camisa, la mitad de mi tarsero estaría a la vista. Y mi tarsero desnudo y una gran erección no eran una buena idea.

—Tengo que hacer algunas cosas — dijo, levantándose y entrando en el baño.

Entonces aproveché el momento para cambiar mi ropa. Él salió a tiempo de tomarme intentando cerrar la cremallera lateral, que estaba atascada. Él caminó hacia mí, estiró el brazo y tocó la cremallera, cerrándola en el primer intento.

— Es día festivo, pero tengo muchas cosas atrasadas — asentí — Nunca me imaginé cerrando la cremallera de una mujer que durmió en la misma cama que yo y que estaba casi desnuda, pero no porque la yo la dejé así, y que esa mujer estaba pasando la noche conmigo porque estaba cuidando a mi supuesta hija.

— Por lo que veo te despertaste de buen humor.

— Tuve una noche de sueño después de días.

— ¿Y te bañaste?

— Sí — suspiró.

— Lo siento por no ser una mujer desnuda que ha pasado la noche cogiendo — no sabía por qué, pero sentí cierta verdad en lo que decía. Yo le miré, y una pequeña sonrisa apareció en sus labios. Entonces él dejó escapar una sonrisa, ancha lo suficiente para que pueda ver sus dientes. Fue entonces cuando percibí que era la primera vez que veía a Théo Arantes sonreír. Ariel gruñó en la cama, golpeando los brazos y las piernas sin parar, y yo la agradecí mentalmente por arrancarnos en nuestro pequeño momento de lo que sea que fuera.

— Eh, sirenita — bromeé mientras me inclinaba sobre ella en la cama — ¿Qué? ¿qué es esto? — la tomé en el regazo — Necesito más pañales, Théo, usé el último en la madrugada — él parecía perdido — Seguro, voy a hacer una lista de lo que necesitarás, entonces tú los comprarás. Le daré un baño en la nena cuando llegues, y luego volveré a casa. Necesito un baño también — me miró, y por un momento sentí pena de él.

— Okay.

— ¿Cómo estás bañando a la niña?

— En una pequeña cuenca — dijo avergonzado — No tuve cómo salir para comprar cosas con ella aquí.

— Una cuenca está bien.

Una hora después, Théo volvió con pañuelos, pañales para recién nacidos, bastoncillos, alcohol en gel, jabón y champú y remedio para cólicos, que ciertamente no necesitó de prescripción médica. Me había quedado con ella en el regazo todo el tiempo y no había hecho nada más. Juan ya estaba lo suficientemente grande como para que recordara cómo era de cansado

cuidar de un bebé.

— Necesito que cuides a la niña mientras yo preparo el baño — él asintió.

Mientras llenaba la cuenca, busqué un pañuelo de tela grande en la bolsa de Ariel y, cogí los artículos para el baño que Théo había comprado. Sonreí dulcemente cuando me encontré con jabón y shampoo antialérgico, sin el olor de bebé. Él era cuidadoso.

— Son antialérgicos — dije.

— Sí, el farmacéutico dijo que era mejor, que champús y jabones con olores podrían causar alergia — se alzó de hombros, pero yo sabía que estaba siendo atento — Mi sobrino tuvo alergia, y la piel del cuello se le escamó — yo lo miré.

Théo usaba el mismo jeans de la noche pasada, pero con una camisa negra, ajustada al cuerpo. Sus cabellos estaban un poco más ordenados, pero nada comparado a como él se ponía en la oficina.

— Sólo tiene otra pieza de ropa limpia, así que pondré las sucias en la máquina. Cuando termine el ciclo, puede conectar la secadora — él asintió.

Ariel lloraba sin parar dentro de la bañera, lo que me dejaba nerviosa, a pesar de saber que era normal. Yo lavé su cara y pelo primero, después todo su cuerpo de frente y después de espalda. Ella gritaba sin parar, con brazos y piernas abiertas, como un pequeño sapito, era el reflejo que tenían, o el modo en que se sentían perdidos y sin ninguna protección cuando no estaban vestidos.

Yo la puse sobre la cama, la sequé con el pañal y la vestí. Entonces estiré mi brazo en dirección a Théo, entregando a la beba. Él la cogió, desconcertado, y me miró, como si estuviera pidiendo socorro, pero él debería ser demasiado orgulloso para pedir que me quedara. De todos modos, yo había pasado demasiado tiempo ahí.

— Me llamas si ... bueno, es decir ... Mi celular se rompió al caer al suelo ayer, entonces ...

— Compra otro — ordenó, como si fuera simple.

— No es tan simple, Théo. Tengo un alquiler para pagar el próximo día cinco y también tengo que comer. Nosotros, los pobres, no podemos tomar simplemente mil reales y darnos el lujo de comprar un aparato nuevo — ni siquiera sabía cómo iba a volver a casa, porque había gastado cada centavo que tenía.

— No dije que lo compraras con tu dinero, Ana — él balanceaba a Ariel, quien no paraba de llorar, y de repente estábamos gritando.

— ¡Entonces con qué dinero, Théo! — cogí a Ariel del cuello de él y me alejé. No podía partir si ella estaba llorando de esa forma, pero ya se acercaba la hora del almuerzo y yo ni siquiera había tomado un baño.

— Sólo se calma contigo — dijo, entre los dientes — No sé qué hacer.

— ¡Debería comenzar usando condón! —dejé escapar, pero luego me odié por haber hecho un comentario tan egoísta, porque aquel bebé no merecía lamentaciones ni remordimientos.

Théo me miró, furioso y, su mandíbula quedó aún más marcado debido a la fuerza con la que presionaba los dientes. Era capaz de ver una nube con trueno sobre su cabeza.

— Yo no quise decir eso. Me disculpo.

— Un mes de salario para que te quedes hasta el resultado del examen — dijo ferozmente. Las venas de sus antebrazos serían un plato lleno si él estuviera en Mystic Falls.

— Y un celular nuevo.

— Okay.

— Y quiero a la mierda de tu perro fuera de mi camino.

— Dale, acepto.

Y a pesar de que me sentía culpable de estar pidiendo dinero a cambio de cuidar a aquel bebé que había sido abandonado por su madre, yo sabía que necesitaba mucho de él. Entonces me quedé.

— Tengo que ir a la oficina. Hay una docena de cosas que tengo que resolver — asentí con la cabeza.

— Necesito ir a casa, por mi ropa — confesé — Y un baño.

— Puedo pasar a traerlas — mi corazón saltó en mi pecho, nervioso, al imaginar a Théo vagando por mi casa.

— Necesito alimentar mi gato — él asintió, entonces le entregué mi llave — Gracias — Théo le echó una mirada a Ariel en mi regazo, y ella había parado de llorar hace pocos segundos, pero yo todavía balanceaba mi cuerpo, como un reflejo natural de cuando se está con un bebé en el regazo — Ella estará bien.

— Gracias por quedarte — agradeció, su voz falló en la palabra "gracias", porque él no estaba acostumbrado a decirla y en menos de 24 horas lo había hecho dos veces.

Debería ser un récord. Sólo me senté y permanecí mirando a aquel hombre delante de mí. Él todavía no se había hecho la barba y sus cabellos castaños estaban tirados hacia atrás y todo ese tamaño y músculos le daban un aire salvaje y sexy como el infierno. Y yo ni siquiera me había bañado. Mi vestido estaba tan desordenado, al igual mis cabellos, pestañas estaban duros y amasados, y si no fuera por el bebé en mis brazos, me metería en un agujero antes de dejarme ver de esa forma. Él caminó hasta la puerta principal y la cerró después de atravesarla. Él se había ido, y sólo entonces me acordé ...

Théo tomaría mis bragas.



Capítulo 7

“Si algo salió mal ayer, es porque de ahora en adelante algo va a salir bien. Puedes apostar.”

(Pequeña Sirena)

Almorcé las sobras de la cena. Doblé las ropas de Ariel. Cambié un millón de pañales. Le di otro baño después de tener el excremento hasta en sus cabellos. tomé un café.

Cambié más pañales y entonces sólo tenía que sostenerla mientras ella gritaba de cólico hasta que el remedio hiciera un poco de efecto. Caminé por toda la extensión de la casa. Mirando cada habitación, entrando en cada pieza, mirando cada detalle. Abrí la puerta de atrás, detrás de la cocina, y me encontré con un hermoso jardín. Había una piscina que haría que hasta a un fabricante de las piscinas sentir envidia. La cascada no era una simple cascada, sino una pared de cascada que debería tener unos cuatro metros cuadrados. El agua caía de arriba de la pared, me recordaba una pequeña cascada. Había iluminación caliente por debajo del agua, haciéndola parecer mágica. Mi mente gritó mil veces "Wow."

Cuando volví a la cocina, abrí la puerta que daba acceso a la lavandería, donde usé la máquina más temprano, entonces me bajé con Ariel en el regazo, agarrando algunas ropas de Théo que estaban en la cesta, y las arrojé a la lavadora. Sabía que había una mucama que venía dos veces por semana y que Théo le había dispensado para evitar rumores sobre el bebé hasta que tuviera el resultado del examen. Fue entonces cuando encontré un pequeño árbol de navidad, encajado.



Yo estaba en el sofá, con Ariel en brazos, viendo un canal idiota en la televisión por cable, cuando entró Théo.

— ¡Pero qué diablos! Lo fusilé con la mirada.
— ¡Cierra esa maldita boca! — susurré entre dientes — Ahora que la niña se detuvo.
— ¿Por qué tienes un árbol de Navidad aquí?
— ¿Por qué la monté? — respondí, burlándome de lo que era demasiado obvio — Es la primera navidad de tu hija, Théo. Creo que merece más que ser dejada hacia atrás — él tragó en seco. Uno, porque yo tenía razón, y dos, porque dije “*tu hija*”. Él apenas asintió.
— He traído tus cosas — mis mejillas estaban ardiendo. Fue entonces que oí un miao.
— Pero qué es lo que...
— Lo traje — se encogió de hombros.
— ¿Tú lo trajiste?
— Me pareció que era mejor que ir en los próximos días sólo para alimentarlo.
— ¿Sólo para alimentarlo?
— Te parece un loro repitiendo todo lo que digo.
— ¿Todo lo que dices? — él bufó — No voy para alimentarlo, Théo, iré para dormir.
— ¿Para dormir? — repitió — ¡Tú dormirás aquí!
— Necesito dormir en una cama en donde no tenga a un hombre desnudo — él entrecerró los ojos.

— Apuesto a que fue lo más lejos que has llegado con un hombre en los últimos años — dijo, desafiándome. Entonces sonreí. Porque sabía que era lo opuesto de lo que él quería causar en mí, y eso lo dejó aún más furioso.

Tal vez la forma en que sonreí había sugerido algo.
— ¿Cómo encontró la caja de carga? Abra, déjelo conocer la casa — lo hizo, y el gato empezó a caminar, arrastrándose en sus piernas.

Ahora bien, sólo eso era lo que me faltaba.

— ¿Cómo él se llama? — preguntó Théo.

— *El gato*.

— Sí, el gato, ¿cómo se llama? — entonces sonreí, porque era exactamente por eso que había escogido aquel nombre para él.

— *El gato.*

— Cristo, ¡no sabía cómo podría ser de irritante! — confesó, alejándose de mi gato, como si tuviera algún tipo de enfermedad contagiosa.

— ¡Deja de alejarte de él como si tuviera algún tipo de enfermedad!

— ¿Y no tiene? — él tiró la maleta sobre el sofá.

— Él es quien debería alejarse de ti, después de todo, él no tomó la vacuna de la rabia. Y además, su nombre es *EL GATO*.

Una pequeña sonrisa bailó sobre sus labios, pero él se volteó la cara para que yo no pudiera verlo.

— ¿La mierda del nombre de tu gato es El Gato?

— Sí, tipo en el libro “Chica Ejemplar”, que el personaje tiene un bar llamado ...

— El bar.

— Sí — respondí, levantándome. Théo arregló el sofá para que yo pusiera a Ariel sobre él, ahora que ella estaba durmiendo.

— ¿Cómo pasó el día? — preguntó, un poco nervioso. Era divertido como él odiaba demostrar sus sentimientos.

— Ella lloró gran parte del día, pero lo correcto es darle el remedio cada 8h, incluso, como el farmacéutico pidió. Además, ella necesita consultarse con un pediatra, que le ayude de forma correcta.

— La programaré una vez que salga el resultado del examen el día 29, ya casi es — me dijo, haciéndome suspirar.

¿Cómo él podía pensar que aquella nena no podía ser suya? Ella tenía la cabeza forrada de cabellos oscuros, como los suyos. Los ojos castaños, eran levemente tirados, la nariz fina y bien dibujada ...

¡y la boca! ¡Cristo, ellos tenían la misma boca!

— Okay — la posición con cuidado, y cuando mis ojos lo miraron, él me estaba observando. Me ruboricé, porque una cosa era que él mirara mientras hablábamos o discutíamos por alguna idiotez, y otra, completamente diferente, era que ese me mirase como si yo fuera la única persona que existiera en el mundo.

— Entonces, gracias por traer a El Gato. Agradezco tu buena intención al hacerlo ... pero realmente tengo que ir a mi casa — abrí mi maleta y gruñí — Tú me trajiste todas mis ropas viejas de pijama y ... por qué diablos ... — mis mejillas se calentaron como las bolas de satanás — ¿Tú sólo trajiste mis bragas viejas?

Yo quería matarlo, porque yo sabía que había hecho eso para que yo supiera que vio mis bragas de abuelitas, viejas y con elástico flojo, pero yo no entendía por qué no había colocado ninguna de las decenas de bragas nuevas de renta que me di el lujo de comprar poco antes de cambiarme de casa.

— No las necesitarás aquí — se encogió de hombros. ¿Me estaba probando?

— El hecho de no coger contigo no significa que no debo usar mis bragas hilo dental — puse las manos en la cintura y lo miré, con vehemencia.

— No, tienes razón. Pero, por el hecho de que tú duermes en mi cama en los próximos días, sí.

— Dejé de respirar.

Lo miré, mi mente gritaba la frase "maldito idiota", mientras mi cuerpo gritaba "maldito

sabroso idiota". El gato saltó en el sofá y se anidó en una esquina. Yo me incliné sobre él y acaricié su cabeza peluda, mientras él ronroneaba, satisfecho. Yo quería evitar el contacto con Théo, porque de alguna manera, saber que él no quería que yo usaba hilo dental por estar acostada en la misma cama que él, sugería que él se quedaría ...

¿excitado? Mi cristo ...

Balanceé la cabeza, tratando de apartar los pensamientos, mientras buscaba una ropa que no me hiciera parecer con un mendigo. Yo, sin duda, debería haber ido sola a agarrar mis ropa. Tomé una camisa ancha del Nirvana y un pantalón corto negro de moletón, con bolsillos.

— Gracias por traer mis mejores ropas, Théo. Apuesto que tuvo que buscarlas en el maletero, donde guardo ropas que irían a la donación cuando tuviera tiempo de tomarlos.

— Ah, no me di cuenta — bueno, está ahí una cosa que yo no sabía sobre él, por detrás de toda aquella postura de hijo de puta, existía una pequeña señal de su sentido de humor.

— Claro que no te diste cuenta. Sólo había un papel escrito "*DONACIÓN*", con canetón rojo. Quédate un rato con la niña, voy a tomar un baño — mi afirmación salió trémula y arrastrada, debido a mi cansancio.

— Puede usar mi cuarto de baño — dijo — En el bolsillo del frente de tu maleta, están tus artículos de higiene personal, si deseas cepillarse los dientes en algún momento hasta el día veintiocho — él bromeó.

— Jajaja — abrí el bolsillo y encontré un puñado de absorbentes que se mezclaron a mis cremas., Y cuando tiré mi champú, un jilote y algunos absorbentes cayeron al suelo.

Cristo.

No tenía como ser más humillante. Escuchado un pequeño ruido que provenía de detrás de mí, pero no me atreví a girar. Sabía que Théo se estaba divirtiendo más que nunca y que la imagen en mi trasero gordo, de cuatro en el suelo, juntando mis absorbentes, era mucho para absorber. Recogí todo lo que iba a necesitar y subí las escaleras hacia su cuarto de baño. Necesitaba de un baño demorado y relajante, porque la noche sería demasiado larga.



Capítulo 8

“Y tú te acuestas en la cama para dormir, pero en realidad, te acuestas en la cama para recordar que hace falta que te llamen de pequeña”

(Pequeña Sirena)

Yo sabía lo que era ser tía. Era embalar por diez minutos un bebé que no era tuyo y entregarlo a su madre cuando te dieras cuenta de que no habías logrado tranquilizarlo. Era pasear con él por la

casa, distrayéndolo, mientras su madre tomaba un baño, y luego decir “tómalo, es tuyo.” Era comenzar o terminar de darle la papilla, pero nunca quedarse una hora entera intentando hacerlo comer. Era quedarse apretando un juguete ruidoso hasta que no se entretuviera más y entonces, “Ahora ve con tu madre”. Lo que no sabía, era lo que ser mamá simbolizaba...

Dios mío.

Todo mi cuerpo dolía.

Mi pelo había sido lavado solamente el día de Navidad.

Mi esmalte estaba a la mitad. Mis ojos quemaban de sueño, todo el día. Mi espalda dolía como si le hubiera servido de pasarela a una escuela de samba. Mis piernas temblaban por el cansancio. Todavía no había conseguido poner mis contactos en el móvil que Théo me había dado. No hablaba con mi familia desde el fiasco de la víspera de Navidad. Y, por último, pero no menos importante, yo no era madre.

Ella no era mía, y sólo estaba conmigo hace unos días, pero me imaginaba que las madres se sentían como yo me sentía en aquel momento, en sus primeros días. Porque técnicamente era sólo yo. Como la madre de la niña. Ariel me miró y su boquita se movió en una pequeña sonrisa, haciendo que mi corazón se deshiciera dentro de mi pecho.

— Puse tus contactos aquí. Hay un millón de mensajes y llamadas perdidas — dijo — Me tengo que ir.

Théo había trabajado durante las tardes de todos los días que pasaron, y entonces, éramos sólo Ariel y yo. Yo estaba exhausta de todas las formas posibles, y en especial, por saber que Théo iba a recibir el resultado del examen de ADN.

— Voy a contestarlos ahora — dije.

Él me entregó el celular y yo lo desbloqueé.

— Gracias —él asintió.

Yo quería desearle buena suerte, pero tampoco sabía lo que la palabra “buena suerte” quería decir, porque en el fondo, él tenía dudas sobre si querer a aquel bebé o no, ya que estaba más apegado a ella cada día.

Entonces yo le miré, con una mirada que decía todo lo que quería decir, y Théo me miró de vuelta con la misma intensidad, como si hubiera entendido todo, y me estuviera diciendo lo nervioso que se encontraba, pero feliz por mi pequeño apoyo. Entonces él se fue, golpeando la puerta detrás de él.

Yo sentía un pequeño vacío cada vez que Théo salía por aquella puerta, pues no me gustaba y no estaba acostumbrada a quedarme sola, y todo aquel tiempo en exceso con él me distraía. Sólo quería que terminara pronto. Si Ariel no fuera su hija, entonces todo volvería a la normalidad, y si ella lo fuese, entonces él probablemente contrataría a alguien con más experiencia y yo volvería a mi trabajo de esclava en la oficina.

Pasé el día como los otros anteriores, cuidando de Ariel, lavando su ropa, sacando la basura con sus pañales sucios y tratando de preparar cosas para comer mientras ella exigía mi atención. Los días pasaban muy rápido y ocupados cuando se tenía un bebe recién nacido y todo aquel trabajo me hacía querer tomar dos anticonceptivos por día. Porque tener un bebé es lo mismo que no tener vida. Es como si en un día pudieras ganar el mundo y al otro, no pudieras ni ir al baño.

Yo admiraba a mi hermana por haber sido una madre tan buena, y sin siquiera tener veinte años. Todas sus amigas iban a fiestas, encuentros, conociendo personas y lugares, mientras que ella se limitaba a los cambios de pañales y los intentos fallidos de tomar un baño con dignidad. En ese entonces, yo sabía que ella había tenido trabajo, pero no comparado con lo que

sabía en ese preciso momento, porque cuando ella iba a su cuarto, a las diez de la noche, sólo la veía al día siguiente por la mañana, porque yo dormía mientras ella se levantaba cinco veces por noche.

Y hablando de ella, yo había leído todos los mensajes acumulados durante los últimos días, pero acabé dando prioridad a mi hermana, mi padre y mi mejor amiga. Le respondí a mi padre, pidiendo disculpas y avisando que mi celular se había roto y que yo estaba trabajando durante mis vacaciones. También le había respondido a mi hermana, que había enviado algunos lindos mensajes de navidad que comenzaban con “*¿Qué mierda tienes en la cabeza?*” Sólo le envié un mensaje diciendo que en otro momento conversaríamos sobre nuestro pequeño momento navideño, pero yo sabía, que aquel tiempo que había pasado, le había dado mucho que pensar de aquella noche y me odiaba aún más, y con toda seguridad, con un pequeño incentivo de su adorable marido.

Carol también me había mandado un mensaje, respondiendo a mi emogi de mierda que resumía mi noche, diciendo que había conocido a un tipo y que él era legal y tenía un palo grande, y ella sustituyó la palabra "palo" por un emogi de un plátano con la mitad descascarada. Yo quería matarla, porque éramos amigas hace más de diez años y ella simplemente decidió irse a vivir en una ciudad a veinte horas de distancia, porque era hermoso y tenía muchos árboles.

Ella se molestó cuando le mencioné que vivía en una floricultura, pero, de cualquier forma, teníamos un acuerdo: Carol no podía casarse mientras estuviera allí, porque eso significaría que ella nunca volvería, aunque yo supiera que aquello iba a suceder de cualquier forma. Era sólo una forma de hacerme creer que no había perdido todo nuestro contacto para siempre, porque ella siempre estuvo a dos cuadras cuando yo estaba golpeada, y ahora nos limitábamos a una llamada de vídeo que quedaba cortando y congelando nuestra cara exactamente cuando estábamos con la boca abierta.

Yo: Estaba sin celular.

Carol: Pensé que habías sido secuestrada.
Le había enviado un mensaje a tu padre.

Yo: Ah, me extrañé cuando mandó un mensaje preguntando cómo estaba, usando una frase que contenía la palabra "raptada" y "violada".

Carol: ¿Compraste otro teléfono?

Yo: Mi patrón me dio otro.

Carol: ¿Tu jefe guapo que usa jeans marcando el tamaño de su palo, te ha dado un teléfono móvil?

Sabía que era demasiada información, sabía que ella no entendería, y como yo contaría toda la historia que comenzaría con *"me peleé con mi hermana"* y terminaría con *"y ahora estoy con cinco días sin dormir por el bebé que dejaron en la puerta de Theo"*. Entonces me limité a una pequeña respuesta.

Yo: Sí, él mismo.

Carol: Hmm ...

Era media noche cuando conseguí hacer que Ariel se durmiera, para luego poder entrar en el baño. Estaba exhausta, dejando que el agua cayera sobre mi cabeza, cuando oí un ruido en la habitación. La puerta del baño estaba entreabierta porque Ariel estaba sola y Théo aún no había llegado. Lo que me preocupaba, de muchas maneras, porque yo estaba casi segura del motivo.

Apagué la ducha, me enrolé en la toalla y empujé la puerta. Seguí, a pasos lentos y silenciosos, para ver de dónde venía el ruido. Entré en la habitación, y sólo una pequeña luz

proveniente de una lámpara a un lado de la cabecera, iluminaba el ambiente. Frené mis pasos, agarré mi toalla con más fuerza y la apreté contra mi pecho cuando lo vi allí, sentado al borde de la cama, con la cabeza apoyada en las manos, y los brazos apoyados en las rodillas. Él levantó la mirada lentamente, desde mis pies descalzos y mojados, hasta mis cabellos cortos sobre los hombros, que goteaban sobre mi pecho.

— ¡Putá mierda, Théo!, ¡Me has asustado! — él subió la mirada, mirándome a través de las pestañas, me miró con sus cejas perfectamente dibujadas.

— Creo que soy el papá — Él estiró su brazo entregándome un papel.

“Concluimos, por lo tanto, que Théo Arantes es el padre biológico de Ariel con probabilidad de paternidad mayor que el 99,99 por ciento.”

Yo no tenía dudas en cuanto a su paternidad, porque Ariel era una copia fiel de Théo. Pero era demasiada información para digerir, y creo que, si estuviera en su lugar, aunque me viera en el rostro de un bebé, yo también lo creería imposible. Nadie está listo para ser padre de día a noche, por eso un bebé tarda nueve meses para nacer, y aun así es poco tiempo para acostumbrarse a la idea de tener un pequeño ser que tienes cuidar las 24 horas del día. Yo entregué el papel de vuelta, él lo colocó a su lado en la cama, mientras miraba a su hija, silenciosamente. Él se levantó, quedando de frente a mí. Sus hombros estaban levemente caídos, la frente formando tres líneas profundas, que yo creía un encanto, y los ojos fijos en mí.

— No sé qué decir, Théo.

— No hay nada que decir, Ana — respondió, poniendo las manos en los bolsillos de frente, de sus jeans.

— Te vas a acostumbrar, sólo necesitas establecer una rutina.

— No sé si voy a conseguirlo — confesó.

Su voz ronca me hizo sentir escalofríos, porque nunca había visto a Théo de una forma tan vulnerable, ni siquiera cuando lo encontré desesperado con Ariel llorando como si el mundo se acabara.

— Lo harás — dije, apretando aún más mi toalla contra el cuerpo. Di un paso adelante. No sabía cómo reaccionaría, pero necesitaba darle un abrazo, entonces lo hice.

Mis brazos rodearon sus hombros, apretando fuerte contra mí. Mi rostro se encajó perfectamente en su cuello. Su olor era aún más delicioso sintiéndolo tan cerca. Un ligero olor de sudor masculino con un perfume débil que había sido pasado por la mañana, pero que estaba impregnado en su piel. Él levantó los brazos, encajando una mano detrás de mi cabeza, y otra mano en mi cintura, en un abrazo peculiar que me hizo pensar que me derretiría si él movía un músculo.

Él apoyó la boca en la parte superior de mi cabeza, y dejé escapar una mano deslizándola de su hombro y hasta su brazo, moviendo mi pulgar, lentamente, acariciando su bíceps; Théo dejó escapar un suspiro tembloroso, entonces nos alejamos, y nos miramos como si hubiéramos acabado de transar. Lo que me hizo pensar que, si un abrazo me hizo sentir así, imagina si...

Cristo.

— Y ahora — pregunté, pero no esperaba que mi voz saliera tan frágil — Creo que puedo buscar alguna niñera para Ariel, mañana por la mañana. Entonces marcamos una entrevista

con todas las elegidas y tú puedes sentarte y hacer un par de preguntas a cada una de ellas — él asintió, pero sentí una leve decepción en su acto.

— Seguro — respondió, alejándose lo suficiente para que yo pudiera sentir su ausencia — Mañana deposito tu pago — continua — Entonces tú y tu gato pueden finalmente regresar a su casa.

Yo quería mandarle a joder, porque él había dicho la palabra "finalmente" de forma irónica y arrastrada, pero sabía que estaba molesto con toda la situación, aunque él no entendía que yo tenía una vida.

— Voy a quedarme hasta que encontremos a alguien lo suficientemente bueno — respondí, porque claro que yo no sería capaz de simplemente juntar mis trillas y dejarlo en esa situación.

— Como quieras — dijo, dejándome sola, mirando hacia su espalda, mientras él se alejaba de mí.

Fue cuando me di cuenta de que había estado hace más de un minuto en esa posición, y que el olor de su perfume estaba sobre la piel de mi cara.

Y que aquello era suficiente para dejarme agitada por una noche entera.



Capítulo 9

“Yo estaré allí, cuando mires hacia atrás y no sepas qué más hacer.”

(Pequeña Sirena)

Once mujeres. Hemos programado una entrevista con once mujeres en plena víspera de Año Nuevo. El día treinta y uno de diciembre y once personas estaban dispuestas, lo que es un gran comienzo, porque ¿quién va a las entrevistas cuando debería estar arreglando para el cambio de

año? La respuesta estaba frente a nosotros. Personas que realmente necesitan un empleo.

Todas ellas estaban sentadas en el sofá de la sala de estar, mientras que Théo, Ariel y yo, estábamos sentados a la mesa del comedor en una habitación al lado. Aquella era la primera entrevistada que yo había convocado. Ella se sentó en una de las sillas y miró hacia Théo, por el tiempo suficiente para que yo supiera que ella debía estar encantada con tanta belleza, lo que me dejó incómoda y me hizo aclarar la garganta. Ella parpadeó fuerte, algunas veces, antes de que Théo comenzara.

— ¿Desde hace cuánto tiempo cuida niños?

— Cinco años.

— ¿Con cuál grupo de edad es que posee más experiencia? — él le preguntó, flexionando su cuerpo hacia adelante, intimidando.

— Entre cinco y diez años, señor.

— Puedes irte — dijo, tachando su nombre de una pequeña lista que tenía en sus manos — Puedes llamar a la próxima, Ana.

Yo maldije mentalmente, porque sabía que si él era grosero como era con sus secretarias de la oficina, al final, nadie querría trabajar para él. La chica se levantó, aturdida, con los ojos barriendo todo el lugar, en busca de la puerta, ella estaba demasiado nerviosa para encontrarla.

— Gracias querida — dije, levantándome con Ariel en los brazos y, siguiendo hasta la otra sala para llamar la próxima azarada.

— ¿Qué es lo que tú?... — yo empecé, mirándolo.

— Ella ni siquiera miró a Ariel. Estaba bastante ocupada pensando en que tal vez yo podía comerla entre una siesta del bebé y otra.

— Hola — la otra candidata nos saludó al entrar en la sala. Mi cara aún quemaba en llamas al pensar en Théo transando con alguna de ellas.

— Siéntate — ordenó Théo — ¿Desde hace cuánto tiempo cuidas de los niños y cuál es el grupo de edad con el cual más te identificas?

La mujer se arregló en la silla, pensando en alguna respuesta que le dé el empleo.

— Bueno, yo ... sólo cuidé de un niño hasta hoy.

— Puedes irte — respondió. Ella abrió la boca para decir algo, pero desistió, agradecí mentalmente, porque no necesitábamos una discusión que hiciera a todas las demás correr.

— Siguiente — dije desde la puerta, y una señora se levantó, con mucha dificultad, de donde estaba sentada.

— Buenas tardes — sacó una silla — Gracias a Dios — dijo al sentarse — Mi espalda me está matando — Oí a Théo suspirar a mi lado.

Le hice algunas preguntas, y le dije que la llamaría al final de esa semana si ella fuera elegida. Estaba siendo educada, por supuesto, porque al contrario de Théo, yo no patearía su trasero y llamaría a la próxima, incluso sabiendo que ella no era ideal, porque apenas conseguía levantarse con la ayuda de un bastón.

— Siguiente — dije de la puerta. Ariel comenzó a murmurar en mi regazo, hasta que el resmungo se convirtió en un llanto ensordecedor. Era el horario de pico del cólico llegando.

— Son las seis, ahora — comentó Théo, con una expresión de socorro en su rostro — La hora del cólico.

— Sí, que va hasta las diez de la noche, sin parar. Una excelente prueba, bonitón —yo Parpadeé.

— Sí — respondió, levantándose y cogiendo Ariel en el regazo, sosteniéndola en su

antebrazo. Me senté en su lugar y continué la entrevista.

— Buenas noches, ¿qué tiene? — preguntó la mujer, un poco nerviosa.

— Cólico — respondió.

— Ah ... ¿y donde está el niño que tendré que cuidar? — preguntó ella, sosteniendo el respaldo de la silla, pensando en si sentarse o no.

— ¿Sería esta? — Théo levantó un poco su brazo y los pequeños ojos de Ariel miraron a la mujer, como si estuviera entendiendo, lo que hizo que mi corazón se calentara en mi interior.

— Ah, lo siento, pensé que era un niño mayor.

— Puedes irte — respondió Théo, haciendo que la mujer girara en los talones.

— Deja de ser grosero con la gente —lo reprendí.

— Ah, lo siento si estoy siendo grosero con una banda de incompetentes que tú has elegido.

— Que elegimos — respondí entre dientes. Ariel no paraba de llorar, entonces la cogí de su regazo.

— Cálmate, Sirenita, casi terminamos — susurré en su oído, mientras la balanceaba, pacientemente. Cuando alcé los ojos, Théo me miraba atentamente, mientras Ariel dejaba de llorar, y se contorsionaba en mi regazo.

— Buenas noches — una de las candidatas se sentó, mirando a Ariel — Ella es un dulce — dijo, sosteniendo una pequeña sonrisa.

¡Ella no era hermosa, era bellísima! Sus cabellos rubios caían sobre sus senos, y su cintura... yo podía jurar que era tan fina porque le faltaba algún hilo de costilla. Su boca era levemente rosada, pero de un tono natural y los ojos de un azul que me hacía querer arrancarlos con un bisturí y colgarlos en un collar.

Eso fue extraño.

— Quisiera oírle decir esto después de cuatro horas seguidas de cólico — Théo respondió, sosteniendo una sonrisa que yo no sabía si era de ironía, o si estaba coqueteando con ella.

— La mayoría de los bebés los tienen. Es la mayor injusticia del mundo.

— Sí —Théo estuvo de acuerdo con ella, percibí que nunca había estado de acuerdo con nada de lo que yo decía.

— ¿Hace cuánto tiempo cuida de niños?

— Comencé con dieciocho años, cuando necesitaba un trabajo para ayudar a pagar la mensualidad de la universidad. Al principio era sólo eso, pero entonces me apasioné por aquello.

— ¿Te formaste en qué? — pregunté.

— Pedagogía. Pero, durante los años en que estuve en la universidad, cuidar de los niños era mi único sustento. Entonces decidí hacer una especialización en el área, y continuar con lo que yo hacía. Cuidé de niños de cero a trece años, pero siempre me he adaptado más a los bebés.

Su respuesta atendía a las otras cuatro o cinco preguntas que Théo iba a hacer; lo que debería ser bueno. Pero, entonces, ¿por qué me molestó?

— ¿Tienes curso de primeros auxilios? —ella asintió.

— ¿Su horario es flexible? —preguntó.

Apuesto a que me gustaría preguntar si ella era flexible también.

— Hubo casos que me quedé con la familia hasta los tres meses del bebe, durmiendo en su casa, entonces cuando los tres meses de adaptación y cólicos pasaron, formamos una tabla de horarios que era buena para ambos.

Apuesto a que tú adorarías dormir los tres meses en la cama de papá.

— Bien — respondió, dejando un pequeño suspiro de satisfacción escapar de sus labios.

Ellos conversaron sobre horarios y pagos por un buen tiempo, hasta que soltó la frase:

— Está contratada — Ella levantó la mirada en su dirección.

Estaba feliz, era obvio. Con un salario de esos, yo aceptaría incluso si tuviera que cepillarle el culo de un mono.

— ¿Es el primer hijo de ustedes? — preguntó, en tanto que le daba la mano, despidiéndose. Yo gruñí, y él me miró, escéptico.

— Bueno, no ... Ariel es mi hija. Ella es sólo mi secretaria.

Ella es sólo mi secretaria que hace días cuida a mi hija. Tu gran idiota ¡egoísta de mierda!

— Oh — respondió.

— No estoy casado — ella gruñó, con una mirada de solidaridad — Y tampoco soy viudo — respondió.

Ah, qué grande, ¿entonces ahora eres un libro abierto? Continúa abriendo más y tu niñera estará entre sus piernas hasta el final del día.

— Cierto — ella sonrió, una sonrisa tan amplia que mostraba todos sus dientes perfecto.

— Tú puedes comenzar el martes, después del año nuevo. Tenga un buen paso de año — dijo él, mientras la seguía hasta la puerta — Bueno ... puedes dispensar al resto.

¿Qué pensaba que eran? ¿Alimentos?

— ¡Dispéñalas tú, tu maldito idiota! — le respondí, caminando con Ariel en el regazo, en dirección a las escaleras, cuando empezó a gritar de nuevo.

— ¿Qué diablos te sucede?

— Voy a arreglar mis cosas — caminé hacia él y le entregué a Ariel, que todavía lloraba. Él la cogió en el antebrazo, con la barriga hacia abajo, mientras se balanceaba el cuerpo y daba ligeros golpes en su espalda.

— ¿Por qué? — Preguntó, incrédulo.

— ¿Por qué ahora Ariel tiene una niñera? — cogí mi maleta del suelo y la dejé sobre la cama.

— Pero ella sólo comienza el día dos.

— Eso es un problema tuyo, Théo, estoy segura que puedes dar cuenta de tu hija por poco más que un día — Yo abrí la cremallera con fuerza.

— ¿Por qué estás actuando así? — preguntó impaciente.

— ¿Por qué eres un maldito desagradecido? — abrí su armario y agarré mis ropas, que ocupaban un maldito cajón.

El gato estaba enrollado, sobre el sofá de balance que Théo había comprado y colocado en la esquina de la habitación y que más servía para él que para embalar al bebé

Levantó la cabeza y nos miró, como si pedía silencio para que pudiera volver a dormir. Tomé su caja de transporte y la puse sobre la cama también. Él saltó del sofá y corrió fuera del cuarto antes de que pudiera bajarme para agarrarlo.

¡Maldito traidor!

— ¿Por qué soy un maldito desagradecido, tú puedes, por gentileza, ser más clara?

— ¡Ve a joder, Théo! — eché todas mis ropas dentro de la maleta y las empujé, tratando de cerrar la cremallera.

— Ah, sí, ahora lo entendí — respondió irónicamente. Ariel dejó de llorar por un

momento y yo la miré. Sus pequeños ojos negros me miraban. Yo sentí mi corazón derritiéndose sobre mis costillas.

¿No quería dejarla?

Dios, no.

Yo no quería.

— ¿Es sólo mi secretaria? Soy sólo la persona a la que llamaste en víspera de Navidad porque necesitabas ayuda.

Él me miró con una mezcla de curiosidad en los ojos, pero su cara no demostraba ningún tipo de emoción.

— Yo no...

— Soy la mierda de persona que no duerme hace una semana — dejé la maleta en el suelo.

— Ana ...

— Soy la mierda de persona que está muerta de cansancio, con brazos y piernas doliendo, con el pelo sucio y con uñas horribles, que pasó los últimos días cuidando de tu hija. La hija que tú nunca dijiste tan normalmente que era tuya, hasta hace unos pocos minutos.

¿Acaso era una pequeña sonrisa?

— No quise ofenderte.

— ¡Ve a joder, Théo, eres un maldito ingrato! He estado aquí para ti y tu hija todos estos días, como para que me despreciaras frente a la primera chica bonita que apareció frente a ti.

— Ya dije, Ana, que no quise ofenderte — dio un paso adelante.

— Apuesto a que en menos de un mes tú me llamarás de vuelta, pidiendo ayuda porque no sabrás que hacer.

Sonrió, con una sonrisa enorme y blanca. La segunda sonrisa ancha que lo veía dar.

— Tú hablas más que un marinero borracho.

— No eres el primero que me dice eso. Me tengo que ir — miré a Ariel, mi garganta se secó, mis ojos ardían y mi pecho se presionó.

— No parece querer irte.

— ¿Qué es lo que sabes, después de todo, guapo?

— Que no eres como ella — respondió, dejándome confusa — Que nueve meses no fueron suficientes para ella, pero siete días lo fueron para ti — completó — No quieres dejarla, Ana ... y yo te entiendo perfectamente.

Yo aclaré la garganta, y miré hacia arriba, para que mis ojos se secasen. Entonces suspiré.

— Siete días con un recién nacido parecen siete meses.

— Parecen siete años — respondió, y dejé escapar una risa — Me disculpo por ofenderte. Yo no...

Y allí teníamos el guapo disculpándose de nuevo.

— En hora buena, vas bien con la jugada de la humildad — ironicé.

— No me pruebes, Ana — me advirtió — Y yo no estaba coqueteando con ella, sólo estaba siendo gentil. No es que te deba alguna explicación.

— Tú, definitivamente, no es gentil, Théo. Y, de todos modos, tú no necesita disculparte. Ya estoy de salida.

— ¿Qué va a hacer esta noche, Ana? — preguntó, ansioso.

— No lo sé. Probablemente me emborracharé con algo barato mientras veo los fuegos por mi televisión de tubo.

— Parece emocionante — él bromeó.

— Lo será cuando esté lo suficientemente borracha para ir arrastrándome hasta mi cama.

— ¿Por qué no te quedas? Podemos ver a Ariel llorando mientras los juegos artificiales se queman en el cielo, y quien sabe, beber una copa o dos de champán.

¿Él estaba diciendo eso?

— Théo ... — miré a Ariel, y la tomé en brazos. Su olor dulce me hizo suspirar, y besé la parte superior de su cabeza.

— ¿Sigues enojada conmigo? — preguntó, dando un paso adelante. Una mecha de mi cabello cayó sobre Ariel y él puso hacia atrás. El toque de Théo hizo que diera un paso atrás automáticamente.

Dios.

Yo estaba demasiado cansada. Probablemente me arrepentiría.

Pero yo simplemente solté la frase:

— Quiero quedarme y cuidar de ella por ti — Un pequeño suspiro de ... ¿alivio?

Escapó de sus labios.

— Pensé que nunca ibas decir eso.



Capítulo 10

“Una de las mejores cosas en la vida, es causar una sonrisa en alguien.”

(Pequeña Sirena)

Harina, había harina en cada centímetro de la cocina. Cáscaras de huevos, chocolate en polvo, leche, todo derramado por todas partes. Ariel estaba en mi regazo, y yo intentaba pasar el contenido del recipiente de la batidora a la forma untada.

Ya me había arrepentido un millón de veces por haber decidido hacer un pastel de chocolate de cumpleaños para Ariel. Antes yo creía tan ridículo que la gente hiciera un tipo de fiesta cada mes, hasta que me convertí en ese tipo de persona. Puse la torta en el horno, fijé el tiempo y la temperatura y me volvía a la encimera, con la suciedad que me aguardaba.

El Gato entró en la cocina, con la cola en lo alto, haciendo un desfile gracioso hasta llegar a mis piernas, ronroneando.

—Hoy has tenido tu cuota de comida para la semana entera

— El Gato probablemente me mandaría a la mierda — No puedo alimentarte todo el día — él se volteó de nuevo, caminando delante de mis pies mientras yo intentaba caminar — Ve a dormir.

Yo lo expulsé, o eso intenté, porque él continuaba estorbando mi paso, hasta que pegó sus dos patas delanteras en mi pierna y me mordió. El hilo de sangre del pequeño agujero de sus colmillos se deslizó hasta mi tobillo. El corrió fuera de la cocina después de lo que me hizo.

¡Maldito sea!

Era un gato hermoso, y tierno, cuando estaba durmiendo, porque cuando El gato estaba despierto, pasaba la mitad del día caminando delante de mis pies, pidiendo comida, y la otra me mordía sin motivo. Cuando estaba acostado en mi cama y le hacía cariños, él ronroneaba satisfecho, hasta que simplemente, de la nada mordía mi mano y salía corriendo. Nunca entendí por qué era de aquella manera. Una vez hasta llené las preguntas de un test de “Qué tipo de gato tú serías” para ver si yo entendía un poco más sobre la personalidad felina. ciertamente no funcionó.

— Espero que Ariel sea más fácil de manejar que tu gato — Théo entró por la puerta, llevando una pequeña sonrisa en sus labios. Yo lo miré con los ojos abiertos.

— Me asustaste — dije, arreglando a Ariel en mi regazo. Él caminó hasta mí y la cogió en brazos.

— ¿Cómo pasó el día? — preguntó, volviéndola de vientre hacia arriba sobre su regazo. Ella esbozó una pequeña sonrisa, aun durmiendo.

— Bueno, ella se despertó a las siete, se quedó en el regazo hasta el mediodía. He preparado algo rápido para comer, porque estaba en el regazo. Hizo popo dos veces, bastante pis, tomó todos los biberones completos, durmió en mi regazo toda la tarde, y ahora estoy tratando de preparar el pastel de cumpleaños.

— Con ella en brazos —dijo.

— No se queda en otro lugar — dije, moviendo los hombros — Estoy exhausta. A veces creo que ella está muerta de sueño, pero incluso antes de dejarla en el carrito, se despierta.

— Debemos hablarle a la pediatra mañana.

Ariel gimió como si hubiera entendido y los dos sonreímos, con pesar.

Théo apoyaba su saco azul marino en un brazo, su camisa blanca estaba abierta en el cuello, el pelo un poco más largo de lo habitual, y él debió haber pasado la mano entre los hilos luego de salir de la oficina, porque en aquel momento estaban más desordenado.

— Tal vez deberíamos tomar tiempo para limpiar mañana — miró hacia el desorden que yo había hecho en la cocina — ¿Por qué no le pediste a Elisabeth que hiciera el pastel? — indagó, al mirar al horno.

— La deje ir antes, era cumpleaños de su nieta.

— ¿Ella lo pidió? — se sentó en una de las banquetas, sosteniendo a Ariel.

— Ella sólo comentó que la nena estaba de cumpleaños y entonces la liberé. Todo bien para ti, ¿verdad? — pregunté, un poco nerviosa. No quería que él pensara que yo estaba queriendo mandar a sus empleadas también. Pero después de darme cuenta de que ella estaba molesta por

perderse el cumpleaños de su nieta, no lo pensé dos veces. Él se puso serio, una línea adorable de preocupación se formó en la frente.

— Apuesto a que ella debe haberse perdido muchos cumpleaños, por ser un egoísta.

— Tú no eres egoísta, Théo, solo estaba demasiado ocupado para saber.

¿Y de repente yo lo estaba defendiendo? ¿Cuándo sucedió esto? ¿Cuándo nos hicimos una pareja que no tiene sexo? Yo no sabía, pero cada día me hacía más cercana a él y quedaba encantada con el tipo de persona que era Théo; porque incluso si a veces él era como un tremendo pedazo de palo en el culo, él tenía un corazón del tamaño del mundo.

Théo colocó a Ariel en el carro y ella ni siquiera se movió. Eché una mirada de “claro, ahora tú te vas a encontrar con que yo estaba mintiendo” y él apenas me dio una mirada de ¿Cómo ves que soy canchero?” Él me ayudó a limpiar la cocina y, a continuación, se dirigió hacia un baño en el piso de arriba.

Théo regresó una hora después, después de que yo terminara de adornar todo el pastel con una cubierta de pasta de color verde. Una pequeña vela personalizada en el centro de la torta, la parte superior de ella era blanca y la inferior, verde agua, que terminaba con el formato de una cola de sirena, con pequeñas escamas dibujadas en ella.

Théo miró el pastel y dejó escapar una pequeña sonrisa irónica, la cual hacía siempre antes de una broma de pésimo gusto, entonces él dijo:

— Parece un pastel estropeado — comento con una pequeña sonrisa. Usaba una bermuda de dormir y una camisa blanca, pegada en el pecho, suficiente para que yo pudiera apreciar sus músculos fuertes debajo de ella. El cuello estaba ligeramente mojado, donde las gotas que caían de sus cabellos empapados goteaban. Él nunca los secaba en la parte superior, donde los hilos eran más grandes.

— Sólo porque es verde no significa que esté estropeado, Théo — dije, rodando los ojos.

— ¿Ah, sí? ¿Y qué significa entonces? — él dio la vuelta en la mesa y se exprimió entre el mostrador de la isla, la bancada del lavabo y yo, rozando su pecho lentamente en mi espalda, mientras abría el armario superior. Mis piernas flaquearon en aquel momento, porque, aunque hubiéramos pasado las últimas semanas juntos, casi no nos tocábamos.

— Significa que es un pastel de la sirenita. Tú, por casualidad, ya entendiste la asociación que hago? ¿O tú estás demasiado ocupado pensando en una lista de cosas que puedas hablar para enojarme? — dio una pequeña risa y el soplo que escapó de sus labios, llegó hasta mi nuca, haciendo que los míos se estremecieran. Tal vez yo había dejado escapar un pequeño suspiro.

— ¿Estás bien, Ana? — preguntó, alejándose. Yo estaba casi segura de que él estaba siendo sarcástico.

— Tú ... ah ... Ya podemos comer la torta — me aclaré la garganta, secando las manos sudadas en la parte del frente de mi jeans. Me volví, sus ojos corrieron rápidamente a mis pechos, y mi cara se calienta como un verano en el infierno.

— Hay pasta verde en tu remera — dijo, levantando las cejas e inclinando la cara para apuntar el sitio. Me sentí como una tonta al pensar que Théo me estaba coqueteando y me volteé, sonrojada, limpiando la blusa con el agua de la pila delante de mí.

Escuché sus pasos, avanzando hacia mí, entonces sentí su tacto en mi pelo. Yo no sabía lo que estaba pasando conmigo porque de repente me sentí enferma, entonces él dijo — Y hay un pedazo de cáscara de huevo en tu cabello — él dejó el pedazo de la cáscara dentro del fregadero y se alejó de mí, dejándome aún más avergonzada. Una cosa estaba segura; necesitaba

mantener la distancia de Théo antes de que fuera demasiado tarde.

Ariel gruñó en el carrito y Théo fue hacia ella. Antes de que la colocara en el regazo, le dio un beso en la parte superior de la cabeza, con una sonrisa genuina. Él caminó hasta la puerta la bancada frente al pastel y se sentó.

— Confieso que es un gran pastel verde estropeado — él dijo, manteniéndose serio.

— Cállate, Théo — agarré mi celular del bolsillo trasero de mis pantalones — Necesitamos tomar una foto de ustedes ... — él me miró, un poco nervioso.

— Odio las fotos — confesó.

— Di eso cuando tu hija cumpla quince años y no tenga ninguna foto con su el padre en el momento en el que el ceremonialista pida una para ponerla en la pantalla grande — él frunció el ceño.

— Tú estás pensando mucho en el futuro.

— Y tú simplemente no estás pensando — él me miró por un momento, antes de levantarse y decir:

— Tienes razón.

— Por supuesto que la tengo — desbloquéé la pantalla de mi celular — Quédate de pie detrás de mi pastel verde que no está estropeado, inclina a Ariel un poco hacia adelante y sonríe — él me miró, sus cejas formaban un vinco entre ellas — Sé que sonreír debe ser muy difícil para ti, pero sólo trata de hacer un esfuerzo — mordió su labio, trazando una gran sonrisa y una profunda línea de expresión apareció en su mejilla.

Dios, definitivamente necesitaba sonreír más.

— Tráeme tu trasero de confitería hacia aquí, Ana. Porque cuando yo muestre esta foto a al ceremonialista, quiero que ella sepa quién realmente estuvo aquí para Ariel.



Capítulo 11

“Y mañana cuando me despierte, todavía seré una eterna tonta por tu manera de sonreír.”

(Pequeña Sirena)

Ustedes pueden continuar usando ese champú, ya que si intentaron con el de olor y le dio reacción. La piel de algunos bebés es incluso más sensible.

— Todo bien — respondí.

— Ya pueden pasar para vacunarla hoy mismo, si lo logran. La vacuna de los dos los meses generalmente causa reacción.

— ¿Y en cuanto a la secreción que está en uno de los ojos?

— Ya estoy recetando — ella escribió en una hoja de prescripción médica — Ponga una gota de este colirio cinco veces al día durante siete días.

— Okay — Théo asintió

— Y este aquí ... — ella entregó otra hoja —. Es la vitamina D que mencioné más temprano. Dos gotas al día, hasta su primer año de edad. No se olviden de poner el bebé en el sol de vez en cuando. Antes de las diez de la mañana y después de cuatro de la tarde.

— Okay — respondí.

— Como dije, su peso es bueno, está creciendo muy sana con proporciones estándar y regulares. Sobre el cólico, ustedes pueden continuar dando el remedio de ocho en ocho horas cuando tiene dolor. Este aquí ... — ella prescribió otro remedio —, es como un regulador intestinal. Él regulará su intestino y dentro de siete días comenzará a hacer efecto.

— ¿Algo más? — pregunté. Théo miraba a la médica, probablemente haciendo notas mentales de todo lo que ella habló.

— ¡No, todo correcto por hoy! Tal vez la cola de la sirenita nazca ese mes — ella sonrió — Los veo en un mes.

Théo estaba rodando los ojos cuando pasamos por la puerta del consultorio.



— No la sostengas tan cerca de la vacuna, Théo — le advertí, cuando la sacó a Ariel del bebé-comfort. Ariel gruñó en el regazo de Théo, mientras un pequeño hilo de baba se escurría por su barbilla. Ella hizo una mueca adorable y los dos sonreímos.

— Ella está cada vez más parecida a ti — sus ojos azules rodaron sobre ella, hasta llegar a los míos.

— ¿Crees? — preguntó ansioso, y yo extrañé su entusiasmo, porque él por lo general no dejaba ver sus sentimientos.

— Sí, ella tiene una pequeña marca de sonrisa en la mejilla y la boca ... es definitivamente la tuya— lo miré. Théo pasó la lengua sobre los labios y mis ojos se deslizaron hacia ellos.

Si Ariel también tira del encanto, ciertamente nunca tendría que correr detrás de hombre alguno.

— ¿Por qué crees que ella tiene mi boca? — puesta un momento yo podía jurar que él estaba jugando conmigo.

— Porque sí — porque tienes la boca más bonita que he visto. Pensé, pero obviamente nunca se lo diría a él y le daría la oportunidad de inflar su ego.

— Puedo ver los engranajes girando, Ana — dijo antes de girar, llevando a Ariel a la habitación.

— Me mandas la foto que sacamos frente al pastel, quiero revelarla.

— Sí, frente al bello pastel con hepatitis — Théo caminó hacia las escaleras, mientras reía de mi intento falló de dejar la torta con un amarillo vivo.

Él sostenía la cunita portátil en un brazo mientras el tirante de la bolsa rosa de Ariel

estaba colgada en su hombro del otro lado. Era una hermosa imagen para admirar; Théo de espaldas, subiendo las escaleras, mientras la bolsa rozaba en su camisa, levantándola en uno de los lados de la cadera, exactamente el lado del tatuaje. Él miró hacia atrás cuando llegó arriba, y quise enterrar mi cabeza en un agujero, porque mis ojos estaban presos en su culo, y probablemente estaba casi babeando.



— Es la primera cena que puedo preparar esta semana — dije, poniendo sobre el mármol — Espero que el tercer mes mejore el cólico, y espero que se quede más fácil — dije después de ver a Théo entrar por la puerta de la cocina.

Él me miró, indiferente, sus ojos se quedaron aún más claros con aquella camisa en color azul. Él se había hecho la barba por la mañana para la reunión con un cliente, y el hecho de estar ordenado a las nueve de la noche dejaba más que claro que él no se quedaría para la cena.

— Ah — Le respondí, llevando la copa hasta la boca y dando dos largos tragos que la secó.

— Yo ... lo siento ... — se disculpó, y el hecho de que lo hizo me dejó más angustiada, porque parecía que me tenía lástima, probablemente por saber que yo era lo suficientemente inteligente para saber que acabaría en la cama de alguien aquella noche. ¿Y por qué creía que me importaba?

¿Me importaba?

La respuesta estaba en el giro dentro de mi estómago.

El horno sonó, puse el guante en el segundo cajón del lavabo y saqué el tramo de lasaña de dentro de él. Théo miró la comida en mis manos y algo en su cara me dijo que él creía que debería haber marcado su joda para otra noche.

— Disfruta la noche, Théo — eché el recipiente sobre la bancada central — Que bueno que uno de nosotros va a pasar esta noche — él levantó las dos cejas y una pequeña sonrisa en sus labios me hizo vacilar.

Talvez eso fuera una sonrisa de "Que bueno que no le importa, voy a meterme más profundo mientras mi conciencia se mantiene limpia". Pero, en el caso, aquella pequeña frase de incentivo, era sólo un pequeño disfraz sobre algo que ni siquiera podía imaginar que sentía. Era muy temprano todavía, era una mala situación, una persona equivocada, yo sabía, ¿pero por qué entonces sólo podía pensar en cómo sería la mujer con quien Théo se encontraría? ¿Por qué estaba en rabia? ¿Por qué quería decir cosas que pudieran lastimarlo?

— Vaya adelante, Théo — señalé a la puerta, ya que no salía de la cocina — Disfruta para enterrar tu palo en alguien, porque ese es mi último mes durante las noches. Después tú tendrás que limitarte a tu oficina — él alzó las cejas, sorprendido, pero no perdió tiempo en responder:

— No veo ningún problema en coger una bella coño sobre mi mesa de caoba, Ana.



Él me dio una sonrisa perversa, mientras su mirada recorría mi cuerpo y mis piernas

flaquearon delante de sus ojos, entonces se volvió y salió.

Me desperté indispuesta, Ariel había despertado cuatro veces a lo largo de la noche con un poco de fiebre a causa de la vacuna, pero nada alarmante, aun así, de cualquier forma, me quedé mirando casi toda la noche. Y en aquel momento, estaba tan cansada, que deseaba pagar el doble para que Théo me liberara de mi trabajo de niñera. Mis ojos ardían como si tuviera un puñado de arena dentro de ellos. Mi espalda dolía en el lumbar y cerca de mi nuca. Mi cabeza golpeaba con la llegada de una puta migraña y mi humor ... digamos que yo había dormido por algún momento y soñado que clavaba un cuchillo Tramontina en la espalda de mi jefe.

Ariel dormía completamente, por supuesto. Las horas que pasó disfrutando despierta a lo largo de la madrugada fueron demasiado para ella, y para mí también, pero yo no conseguía dormir con tanto dolor de cabeza. Yo serpenteé fuera de la cama y calcé mis sandalias, entonces entré al baño para lavar mi cara y cepillarse los dientes. Mi reflejo en el espejo era un recordatorio horroroso de lo que había pasado.

Salí del baño y mis pies se congelaron al encontrar a Théo acostado sobre la cama, al lado de Ariel. Él mantenía sus manos detrás de la cabeza, haciendo los músculos de sus bíceps contraerse; con la misma camisa blanca que él siempre escogía para dormir y un calzón ridículo, ajedrez, como una pieza predicada por el destino por criticar los pantalones cortos de Andrew el gigoló. La sábana, blanca como la nieve, realzaba aún más el tono oscuro de sus cabellos, que, a pesar de haber acabado de despertar, estaban totalmente peinados para atrás.

Él miraba a Ariel con una pequeña sonrisa en sus labios. Ella usaba una ropa cómodo para dormir, un body blanco con rayas del mismo tono gris que sus pantalones, junto a un adorable par de medias blancas. Sonreí con aquella encantadora escena, pero yo estaba con el dolor suficiente para querer amenazarlo de muerte en caso de que la despertara.

Théo desvió la mirada cuando me oyó, entonces cruzé los brazos sobre mis pechos sin sujetador y presioné las piernas una en la otra, tratando de ocultar el máximo de piel expuesta bajo mi minúsculo baby doll, pero no a tiempo de él hacer una exploración minuciosa en mí.

— Tú ves mal — Ese se volvió de lado, apoyando la cabeza en un brazo, me dando toda su atención.

— Estoy mal.

— ¿Y puedo saber por qué? — rodé los ojos, lo que quería era que Théo desapareciera de mi cuarto ... mi cuarto que en realidad era de él, pero que él había sustituido por el sofá en las últimas semanas.

— Ariel se despertó toda la noche — tú lo sabrías si no hubieras estado cogiendo a alguien. Pensé — Tiene fiebre por la vacuna.

— ¿Fiebre? ¿Por qué no me llamaste? — preguntó preocupado, formando una línea profunda de preocupación en su frente.

— Yo lo monitoreé, llegó a treinta y ocho y se mantuvo, no era nada tan alarmante, después de todo.

— Claro que era, aunque no necesitábamos ir al pronto socorro, ella necesitaba de mí — escuchar a Théo hablar de esa forma, llenó mi pecho de amor — Lo siento mucho no estar para ayudar.

— Está bien — miré mi celular, que había encendido la pantalla tres veces en el último minuto — Me siento como si hubiera ganado un beso de un Dementador — la risa de Théo fue alta y tan espontánea que me hizo sonreír también. miré a Ariel que ni siquiera movía un músculo.

— Fuiste bien clara ahora — él sonrió, y su sonrisa alcanzó los ojos — No que quiera saber cómo me siento esta mañana.

— Sin bolas azules, apuesto — lo fusilé cuando desbloqueó mi celular — ¡Qué diablos estás haciendo, Théo! — Di dos pasos hacia adelante, pero no podía flexionar mi cuerpo sobre la cama porque mi ropa era demasiado reveladora.

— Eres una mujer de muchos contactos, Ana.

— ¡Voy a matarte! — alcé mi brazo tratando de coger mi celular, pero él lo agarró, cerrándolo entre su brazo y costilla — ¿Quién es Pierre? — preguntó, alzando las cejas, sugestivamente.

— Es un maldito francés que conocí en un sitio de idiomas donde tú consigues conversar con los nativos.

— Parece que tiene una opinión sobre tu foto de bikini en el instagram — él volteo la pantalla hacia mí, mostrando un print que Pierre había tomado de una foto que yo había batido la semana anterior, en la piscina de Théo, mientras Ariel dormía en el carrito cerca de mí.

— ¡Devuélveme mi celular! — exigí entre dientes. Saber que Théo había visto la mitad de mi culo, sentada en el borde de la piscina era demasiado para digerir en un día.

— No sé si me siento enojado por saber que estabas bañando y tomando el sol, en el horario de trabajo o por saber que no estabas cuidando a mi hija — él hizo una pausa, sosteniendo mi brazo aún más fuerte, mientras yo intentaba escapar — Parece que Pierre quiere una foto frontal también.

— ¡Manda ese tarado a masturbarse con las bragas de su madre!, lo bloqueé en mis contactos, pero parece que descubrió y me llamó al otro número. Y vaya mierda, Théo, porque el hecho de que hayas traído uno de mis bikinis sugiere que yo use tu piscina, y además, tu hija estaba cerca de mí lo suficiente para que yo pudiera oír incluso su respiración.

Théo escribía en el móvil, esbozando una sonrisa blanca del tamaño del mundo, entonces él volteo la pantalla hacia mí.

— He aquí y él lo ha visto. Ahora vamos a los demás ...

— ¡Théo, te estoy alertando! ¡Devuélveme mi celular! ¡Voy a morderte! — Aah, que lindo, ahora yo estaba siendo infantil. Él levantó las cejas, pero no desvió los ojos de la pantalla de mi celular.

— Me gusta una buena mordida — su risa fue lo suficientemente ruidosa para hacer mi estómago se contrajera — Bueno, parece que tu padre quiere saber cómo estás tratando con tu jefe idiota. Que, además, soy yo. Gracias por elogiar me con él.

— Tú lo mereces, sin dudas. Entregar tu café humeante, pero no caliente, suficiente para que tú no te quemes la lengua en el primer trago, deja los márgenes para la imaginación de mi padre. El otro día preguntó si tú eras gay, por cierto — él me miró, cerrando la cara, lo que me hizo gritar por dentro.

— ¿Y qué respondiste?

— Que tal vez tú podrías serlo — mentí, porque recuerdo que hice una cara de "definitivamente él no es gay".

Él esbozó una sonrisa, forzando los labios en una línea rígida. Sus ojos azules me miraron con precisión, y en aquel momento yo no quería que Théo me extendiera, aunque estaba tratando de salir de su apretón.

— Apuesto que sí — él respondió. Théo, sabía que yo estaba mintiendo — Y, además, tu hermana te mandó coger unas cinco veces después de la cena de Navidad. Creo que es mejor que charles con ella de una vez.

Él estaba jugando, pero estaba bien. Me había encontrado con mi padre unas cinco a veces después de que acepté el empleo de niñera, y todas la veces le pedí que estuviera con mi

sobrino, para que yo pudiera verlo. Pero desde la víspera de la Navidad, yo evitaba a mi hermana. Y yo necesitaba revertir esa situación y decirle que realmente no debía meterme en su relación.

— Bueno ... y tu amiga Carol ... — rodé mis ojos y me tiré totalmente sobre él, porque con certeza Carol era nuestro límite rígido.

Théo dejó caer mi celular a nuestro lado, y en ese momento, yo estaba montada en él como si estuviéramos listos para tener sexo. Él agarró mis muñecas con fuerza y sus rodillas estaban ligeramente dobladas detrás de mi culo. Yo tragué en seco, mi corazón golpeaba fuerte en mi pecho, y golpeó aún más cuando nos volteó con un pequeño golpe, dejándome debajo de él y todo su cuerpo presionando sobre mí. Mi respiración salía con dificultad mientras mis latidos parecían tan rápidos que hacía que mi visión se volviera turbia.

Entonces Théo se levantó, dejándome con las piernas abiertas y las manos hacia arriba, presionadas en la cama, aunque estuvieran sin su apretón en aquel momento. Sonrió al llegar a la puerta, y al abrirla, miró hacia atrás y dijo antes de dejar la habitación:

— Me siento feliz de leer sobre que pasas un buen rato fijándote en el tamaño de mi palo.

Y entonces salió.



Había aprovechado el momento para escribirle un mensaje a mi hermana, pidiendo disculpas por mi comportamiento en la cena de Navidad y diciendo que ella tenía mi total aprobación en su relación y que estaba feliz por ella, pero que estaba siendo egoísta por sentirme dejada de lado.

Ciertamente era mentira, pero yo estaba cansada de decirle las verdades, pues Irma era del tipo de persona que sólo aprendía "rompiendo la cara". Y, además de estar ocupada lo suficiente con Ariel, yo también sabía que para que nuestra relación volviera a funcionar, tenía que apoyarla, incluso en su mala decisión, porque yo era su hermana.



Capítulo 12

“Esta sensación extraña de siempre necesitar a alguien. ¿Por qué? que no se siente bien.”

(Pequeña Sirena)

Tienes que sonreír, Théo. Sonríe! — lo animé, abriendo los brazos como un maestro, tratando de hacer que sonriera, pero era muy difícil.

—No me gusta sonreír en las fotos, Ana., ¿Y tú estás ahí por qué? Tú tienes que salir en

ellas también — dejé mis hombros caer. Théo insistió, por la tercera vez, que yo saliera en la foto de cumpleaños de Ariel y Dios sabía lo mucho que quería; pero cuando Ariel creciera ella sólo tendría fotos con su padre y su niñera? ¿Y su madre? ¿Qué pensaría si supiera que ella fue prácticamente criada por una persona que no era su madre? Y si Theo se casara, lo que su esposa pensaría que éramos?

— Ese momento es de ustedes, Théo.

— ¿Por qué es mi hija? — él me miró y lo miré de vuelta a través de la pantalla de mi celular.

— Sí — respondí, fingiendo que no me molestaba.

— Entonces tú piensas que su madre tiene el derecho de entrar por esa puerta y salir en la foto ¿sólo por ser la madre de ella? —yo lo miré a los ojos, pensando en lo que él había dicho. De hecho, tenía razón; ser madre no significaba nada en esa situación.

— ¿Y cuándo te toque casarte, Théo? — las palabras escaparon de mi boca, pero a aquella altura ya lo había hecho, y entonces esperaba ansiosa por una respuesta. Una punzada de ansiedad en mi corazón me decía algo, pero yo siempre ignoraba esa sensación.

— ¿Qué quieres decir con eso, Ana? — él me miró con las cejas unidas y erguidas, el rostro cargando una expresión de confusión, mientras Ariel abría la sonrisa más ancha del mundo. Así que registré la foto y sonreí, porque ella se había quedado linda, aunque Théo estuviera con aquella cara, porque él estaba haciendo esa expresión para mí, y entonces estaba haciendo parte de la fotografía de todos modos.

— Quiero decir que cuando te cases, tu esposa no estará contenta de verme en todas tus fotos con su hija. ¿Estarán allí, Théo? ¿Todas distribuidas por su sala? ¿Qué mujer quisiera tener una foto de una extraña pegada en su refrigerador?

— ¿Una mujer que reconoce lo que tú hiciste por Ariel?

¿Hecho? Entonces es eso. Él tenía razón, porque a partir del momento en que Théo estuviera casado, yo sería parte de su pasado, porque Ariel tendría a alguien para cuidar de ella. Ese pensamiento hizo mi corazón sangrar, porque ella era mi pequeña Ariel sólo habían pasado tres meses, pero ya no era capaz de imaginar mi vida sin ella.

— La mujer con quien te cases un día no estará de acuerdo en tener fotos mías en casa, Théo.

— Si no es capaz de estar de acuerdo con eso, entonces no me casaré con ella — suspiré — No voy a tomar fotos si no estás en ellas — él salió de atrás de mi torta púrpura que contenía otra vela de sirena.

— Tú necesitas registrar ese momento.

— ¿Por qué? ¿Por qué siempre insistes en eso? — él tomó la espátula y cortó una rebanada de la torta, antes incluso de conseguir una buena foto.

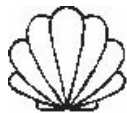
— ¡Mierda, Théo! ¿Por qué hiciste eso? — me burlé, mientras él enfilaba un pedazo de pastel en la boca, sonriendo como un idiota — Insisto en ello porque tienes que registrarte cada momento importante de ella, para que cuando tu transa de una noche entre por aquella puerta ... — apunté hacia la puerta de la entrada — Tú tendrás pruebas enormes de que has estado presente en los momentos más importantes de la vida de tu hija. Momentos que ella decidió abandonar y que tú abrazaste, incluso no estando preparado por nueve meses, como ella.

— Una mierda que eso va a suceder — él me miró, con una mirada amenazadora, como si yo fuera la persona que podría entrar por la puerta y sacar a Ariel de sus brazos para siempre.

— Sólo estoy tratando de abrir tus ojos. Lo siento si esto te molesta, Théo, pero eso sucede todo el tiempo.

— Nunca va a suceder — dijo, y las venas del antebrazo que sostenía Ariel estaban, prominentes.

— Entonces sólo sonrío, Théo — coloqué mi celular sobre la mesa y corrí hasta donde los dos estaban, detrás del pastel. Entonces cogí la espátula sucia y erguida en el aire, dando un beso en la cara de Ariel, haciendo que su mejilla se comprimiera entre el lateral del rostro de Théo y mi boca.



Estábamos los tres sentados sobre el inmenso colchón repleto de cojines de la habitación que Théo había terminado de reformar. Era casi las ocho de la noche cuando él se nos unió a las dos en el colchón y hacía media hora que se mantenía allí. Todo había empezando a ser más fácil después de los tres meses de Ariel. Ella no tenía más los picos diarios de cólico, entonces ya no lloraba sin parar. Pero cada semana era una cosa diferente y entonces empecé a percibir, que en los últimos tres días ella desarrolló un horario diferente de sueño a lo largo del día, sacando varias siesta de media hora.

Eran en esos momentos que yo aprovechaba para tomar un baño, preparar una merienda, responder mis mensajes en el celular y mirar mis redes sociales, y, en las dos las últimas semanas, Ariel comenzó a dormirse cerca de las ocho, entonces en ese momento, ella empezaba a rascarse los ojos mientras mamaba su último biberón de la noche antes de dormir, e incluso ella sólo se despertaba por las dos y media de la mañana.

Yo tenía dos semanas más por delante en la casa de Théo y luego empezaría a dormir en mi propia casa, entonces necesitábamos conversar sobre aquello. Necesitábamos definir los horarios, de modo que quedara bueno para Théo, Ariel y yo.

— ¿Has pensado en los horarios que quieres que venga dentro de dos semanas? — Sus ojos desviaron de Ariel y se posaron en los míos. Théo había dejado la barba crecer en las dos últimas semanas, y estaba mayor que de costumbre, pero aquella capa gruesa de pelos en su cara, lo dejaba mucho más Manly.

— Yo salgo temprano y llego tarde.

— Me encanta tu manera hablante de ser — ironicé — Eres muy profundo a veces, Theo — él me echó una mirada que sustituía la frase “Vaya a coger”. Me encanta sacarlo de serio, era evidente.

— Necesito que estés aquí a las siete y necesito que quedes hasta las ocho.

— Y yo necesito una vida. No puedo simplemente despertar a las seis horas para estar aquí las siete, y no puedo llegar a casa cerca de las nueve, Théo ..., es muy agotador.

— Yo tengo un empleo también, Ana, y ese es mi horario y, además, preguntaste el horario que quiero. Lo que quiero es eso, pero obviamente no va a ser.

Yo lo encaré. Era divertido como me sentía en relación a Théo en aquel momento, porque de repente yo quería darle todo lo que podía, aunque eso exigiera también. Porque yo sabía que él me necesitaba y me gustaba también. Me ha gustado de la forma en que dependía de mis horarios. De cómo él me confiaba a Ariel.

— Eres muy gracioso.

— Yo sé — él pasó la lengua sobre los labios, mojándolos, y me perdí por un segundo, o dos — Dígame el horario que tú puedes estar aquí, sin que perjudique su vida personal, Ana.

Estoy seguro de que puedo adaptarme a eso.

— Puedo llegar a las ocho y quedar hasta seis — dije, precisamente. Ya había pasado tiempo suficiente pensando en ese asunto — Y descanso en los fines de semana.

— ¿Seis y media, puede ser? Necesito media hora para llegar después de cerrar la oficina. Y necesito que esté disponible cuando tenga algo importante en el fin de semana.

— Bien — respondí — Pero, tiene un problema — quité el biberón de la boca de Ariel y la puse en mi regazo para eructar. Él levantó las cejas, curiosamente — ¡Necesito que sujete el infierno de tu perro! No puedo simplemente entrar por la mañana con él suelto por el patio trasero — él soltó una carcajada lo suficientemente alta para que Ariel abriera los ojos en protesta, pero enseguida los cerró.

— Si te ríes así de nuevo, arranco tu garganta — él se sacó la camisa y la dejó en un rincón sobre las almohadillas y mi cara se ruborizó, demonios. Definitivamente tres meses no fueron suficientes para acostumbrarme a verlo sin camisa. Yo parecía una adolescente, entonces desvié mis ojos, mirándome la pantalla gigante frente a mí.

— Dame a Ariel un poco — él estiró el brazo y la colocó sobre su abdomen, haciéndome envidiar a un bebé de tres meses.

Me encanta Ariel, sus cabellos castaños eran mucho más grandes cuando la vi por la noche la primera vez, pero estaban rallados y todos los días quedaban muchos hilos en la bañera.

Ella ya había cambiado mucho, sus mejillas estaban más prominentes y los ojos cada vez más parecidos a los de Théo, pero ellos eran negros, probablemente como los de su madre. Sus sonrisas eran idénticas también, incluso la dobra que aparecía en su pequeño rostro. Me acosté de lado, de frente a los dos, colocando mi cabeza sobre uno de los cojines, descansando un poco.

— Voy a mantenerlo en la perrera en los horarios que tú entrar y salir — él asintió, pero aún no me sentía segura — No te preocupes, no lo olvidaré.

— Por favor — mi súplica hizo que su boca se curvase en una pequeña sonrisa.

— Estuviste aquí por tiempo suficiente para hacer amistad con él, Ana.

— ¡Ah, cierto, porque tu perro es muy amigable! Me acuerdo de cuando llegué aquí, todavía puedo sentir sus dientes en mi culo.

— No seas exagerada, él no té mordió.

— Para que veas — me alcé de hombros — Imagínate si lo hubiera hecho — una risa ronca se escapó de sus labios, haciéndome reír también. Théo deslizaba su mano sobre las espaldas de Ariel, mientras un hilo de baba escurría de su boquita. He alcanzado un pañal y seque.

— Tú puedes dejar El Gato aquí, para que él no quede el día entero solo en tu casa — lo encare, admirada.

— Wow, gracias. Pensé que odiabas a El Gato — él sonrió, perezosamente.

— Sólo odio su nombre, y los pelos que deja en mi sofá. Pero no es su culpa que su dueña tenga un pésimo gusto para elegir nombre y no lo lleve a un veterinario o un petshop — sonreí.

— Hay días que tú incomodas más que un pedazo de palo en el culo — él me miró, sosteniendo una sonrisa.

— Me encanta tu lenguaje específicamente educado — me alcé de hombros.

— Fui criada por un hombre y una hermana mayor — él asintió, concordando con mi explicación — Tú pareces más tranquilo con todo eso — había erguido la barbilla, indicando los dos.

— Queda menos difícil con el tiempo. — él la miró.

— Sí, aun así, está lejos de ser fácil — confesé.

— Muy lejos — él estuvo de acuerdo — No me imagino si hubiera seguido sin ti — él me encaró, haciendo mi corazón perder el ritmo con su afirmación.

— Tú hubieras encontrado a alguien.

— No alguien como tú — respondió. Y allí estábamos nosotros de nuevo, en nuestro pequeño momento. A lo largo de todo el tiempo en que me quedé en su casa, habíamos tenido varios pequeños momentos. Cada vez que aquello sucedía, me sentía más y más conectada a Théo, yo sólo no entendía aún de qué forma, y lo que significaba.

— Me alegra que tu familia haya reaccionado bien, a pesar de todo. Estoy segura de que tu madre estaría aquí si no estuviera viajando.

— Mi familia no incluye a mi padre — dijo, probablemente recordando la reacción exagerada de su padre, y la forma en que él dijo cuánto era un ser irresponsable por haber estado allí trabajando y haber cogido a alguien.

— ¿Por lo que dices?, nunca se ve nada tan bien.

— Y es precisamente por eso que mi hermano decidió tocar su propio negocio. Él siempre supo que nunca iba a tener razón con nuestro padre, entonces nunca entró en los negocios de la familia.

— Tú todavía puedes hacer eso. Tú puedes hacer lo que quieras de tu vida, Théo.

— Lo sé, pero esa no es la cuestión. Nos damos bien en los negocios, él nunca se contenta con mis decisiones personales. Yo sólo no entiendo el motivo ... pero tal vez es exactamente por eso que mi madre decidió dejarlo en banda.

— ¿Cuándo regresa? — pregunté ansiosa, más de lo que debería. Yo no entendía porque necesitaba su aprobación si yo era sólo la niñera.

— El próximo mes, para el cumpleaños de mi sobrina, Sofía.

El gato marchó hasta el colchón y se anidó en los pies de Théo.

— Ah ... Bueno.

— Y tú estarás allí, sin dudas.

— ¿Qué? — lo miré, aterrorizada con la posibilidad de estar entre todos los integrantes de la familia de Théo.

— No es algo que sea negociable, Ana.



Capitulo 13

“Hay una cosa que nadie sabe: Mi corazón va a seguir siendo de él, aunque el tiempo pase.”

(Pequeña Sirena)

Sabado

Definitivamente podría tomar un baño de dos horas, aunque mi conciencia me apuntase con el dedo en la cara por estar desperdiciando agua. Simplemente necesitaba eso porque en los últimos meses ni siquiera conseguía sacar toda la espuma del cuerpo, el pelo antes de colocar el acondicionador, porque, aunque Ariel no estaba llorando, yo la oía llorar, exactamente como estaba sucediendo en aquel momento. Yo estaba en mi casa, dentro de mi cuarto de baño, debajo de mi ducha, lejos, lejos de Ariel, pero en mi mente ella gritaba sin parar, obligándome a apagar la ducha.

Me arrastré fuera del baño, enrollándome en una toalla y entré en mi cuarto mirando a mi alrededor, porque por un breve momento pensé que podría encontrar a Ariel acostada en mi cama. Tomé mi celular y me senté en el borde de mi colchón de soltero, deslizando el dedo sobre la tela, y buscando el contacto de Théo.

Entonces escribí un mensaje.

Yo: Cuando estoy en el baño, la escucho gritar sin parar.

No tardó mucho para recibir un mensaje de vuelta.

Théo: Me pareció que me estaba volviendo loco solo.

Yo: Ciertamente no.

Encaré mi reflejo en el espejo, así que me di cuenta de que sonreía como una idiota. ¿Por qué, al final, sonreía tanto? ¿Por qué sostenía el celular con tanta fuerza?

Théo: ¿Ya estás viniendo?

Yo: Salí del baño ahora, voy a vestirme y me voy en media hora, espera a que llegue para tomar una ducha, sosegado, mientras yo visto a Ariel ...

Théo: ¿Estás desnuda?

Dios mío ... ¿Había preguntado eso? Yo empecé a sudar en las manos, entonces las sequé en la toalla antes de volver a escribir. Théo era cerrado, reservado, pero ciertas horas sólo decía algo tan crudo que me hacía perder el aliento. Él simplemente dejaba que las palabras escaparan de sus labios, sin importar nada más. ¿Por qué yo no era así? Bueno, técnicamente si lo era, pero no cuando se trataba de Théo, o no en la mayoría de las veces al menos.

Théo: Hmmm ...

¿Qué diablos significaba? Dios mío, me estaba volviendo loca.

¿Porque el hacía eso? ¿Por qué decía esas cosas, Como el día en que leyó mis mensajes y dijo la palabra palo mientras sonreía para mí como si quisiera meterlo en mi boca? ¿Y por qué no me importaría si esto sucediera? Yo debería estar vistiéndome en este momento,¿entonces por qué yo estaba pensando en nuestros pequeños equívocos, como cuando él me sostuvo debajo de él o cuando él sacó la cáscara de huevo de mi pelo mientras me presionaba contra la bancada? ¿O cuando él miraba para detrás y sonreía porque sabía que yo estaba mirando ...

Dejé mi celular sobre la cama y me levanté, necesitaba estar bonita y cómoda para cuidar de un bebé de cuatro meses en un cumpleaños de niña en Mayo. No tan caliente, no tan frío, pero en una casa en la que probablemente la mierda de sus cachorros valía más que el alquiler de un año de mi casa, pero se folla, porque Théo, a pesar de tener dinero, no le importaba eso. Él pasaba más tiempo sin camisa y de pantalón de playa de lo que yo podría contar.

Me puse un vestido blanco, holgado, que terminaba un palmo arriba de mis rodillas y un blazer rosa envejecido. Era básico, discreto e incluso elegante. Y aunque mi voluntad fuera a vestir una ropa negra me controlé, porque sabía que era un cumpleaños infantil y yo no quería llegar allí la luz del día como si estuviera lista para enterrar a alguien.

Me hice un maquillaje ligero, pero con suficiente cobertura para dejar la piel perfecta, un poco de delineador y un lápiz labial, discreto suficiente para parecer que estaba sin maquillarme, entonces calcé unas sandalia de tacón alto para finalizar la elección de ropa.

Miré mi reflejo en el espejo. Había ondulado mis cabellos después de cuatro meses sin hacerlo y la apariencia de la mujer frente a mí era totalmente diferente de aquella que hasta poco tiempo estaba noches y noches sin dormir. Antes de salir, tomé mi teléfono y escribí un mensaje para Théo.

Yo: ¡Mantenga a tu perro lejos de mi culo!



— ¡Hola, sirenita! — saludé a Ariel, cogiéndola en el regazo y depositándole un beso aplastante en su mejilla — ¡Te eché de menos un montón! — dije.

Estaba sin verla desde ayer, cuando fui a casa a descansar a las seis y media, y ahora era tres horas de la tarde del sábado. No había pasado mucho tiempo, pero yo estaba acostumbrada demasiado a tenerla conmigo.

Yo miré a Théo, sus ojos paseaban sin prisa por mi cuerpo. Él frunció y un vinco se formó en medio de sus cejas.

— ¿Qué pasó? — pregunté angustiada, esperando su aprobación, con miedo de ser confundida con el payaso de la fiesta.

— No vas con ese vestido.

— ¿Qué? ¿Por qué? — mi pregunta resonó a través del hall de entrada. Él se fue se volvió y empezó a subir la escalera que daba acceso a su habitación. Lo seguí.

— Es corto — Respondió simplemente.

— ¿Cómo puedes sonar tan tonto con tan pocas palabras? — Ariel sonrió mientras yo la balanceaba en el regazo, conforme subía las escaleras con mi tacón alto.

— Es corto, Ana, simplemente. Te vas a una fiesta de niños, no a un prostíbulo — estábamos en el segundo piso cuando terminó de decir esa frase.

Lo tomé por el brazo y se volvió.

— ¡Repite esa frase y entonces sentirás el gusto de mi mano en tu garganta! — él miró mi mano, que lo sostenía con firmeza, entonces me miró con una pequeña sonrisa en la cara.

— Tú ... Dios, Ana, ¿Qué tan difícil es ponerte pantalones? — parecía aturdido, pero yo no podía entender el motivo, porque mi vestido no era corto y, yo sabía que él lo sabía también.

— ¿Cuál es el problema con mi vestido?

— ¿No podrías simplemente parecer una niñera?

— ¡Si tú quieres que me ponga un uniforme de mierda lo haré, Théo! — mi voz se atoró en mi garganta, así que simplemente dejé de hablar.

— Vete a la mierda, Ana, ve como quieras — murmuró, volviéndose y entrando en su habitación. Yo lo seguí; necesitaba arreglar a Ariel y sus cosas se quedaron en una cómoda en el cuarto de Théo. Aquel era otro asunto que deberíamos tratar en otro momento, porque Ariel necesitaba un espacio sólo para ella.

Él entró en el baño sin llevar nada con él y en dos segundos la ducha estaba conectado. Mi corazón golpeaba fuerte en mi pecho, porque yo no entendía el motivo por el cual Théo había actuado de esa forma conmigo. No entendía el porqué de haberme recibido con cuatro piedras en la mano si hasta hace pocos minutos estaba coqueteando conmigo por mensaje.

Théo me estaba volviendo loca, porque él pasaba de un momento de “quiero besarte” para un “Te odio”, y yo odiaba como me sentía en relación a las dos cosas.

Ariel golpeaba los brazos y piernas furiosa porque no podía poner el chupete en su boca, entonces yo la ayudaba, y luego ella se quitaba de nuevo. Un círculo vicioso sin fin. En este caso, ayudar a poner, quitar, llorar ... y así va.

La vestí con un vestido rosa y una media fina blanca porque estaba ventando un poco. La calcé con un zapato del mismo tono de rosa del vestido y un lazo de renta del color de la media. Y listo, algunas piezas y ella estaba increíblemente hermosa. Ella sonrió para mí, una sonrisa sin dientes y grande, estrechando sus ojos mientras abría la boca.

— ¡Dios mío, que princesa más linda! — me incliné sobre la cama, besando su rostro cada vez que me alejaba y me acercaba de nuevo.

— ¡Que linda! — Me volví de nuevo, besando su cara. Ariel soltó un gruñido alto — ¡Que linda! — la besé de nuevo y en ese momento ella soltó una risa, el comienzo de una carcajada, haciendo que mi corazón se acelera en el pecho — ¡Que linda! — esta vez ella soltó

tres risas seguidas, y una carcajada más larga y muy alta. Entonces dio un grito, pidiendo más — ¡Que linda! — esta vez ella dio una larga y nítida carcajada, haciendo que mis ojos se llenaran de lágrimas.

La puerta del cuarto de baño fue abierta con tanta fuerza que me asustó, y me desequilibré sobre los tacones.

— Eso fue ...

— Sí, ella dio una carcajada! — dije animada.

Théo caminó hasta Ariel, usando sólo una toalla blanca y gruesa enrollada en su cintura. Él se inclinó sobre ella, contrayendo el abdomen rígido, dejándome sudada. Su piel era morena y levemente bronceada y cada centímetro de él era musculoso. Théo era enorme y ciertamente muy sabroso, y mis ojos no podían despegarse del hombre delante de mí.

— ¡Cómo estás de linda, mi sirenita! — él besó su barriguita, sobre el vestido y ella sonrió de modo que sus ovejas quedaron prominentes. Ariel lo miró y sujetó su barba entre los dedos y la tiró hacia abajo. Sus reflejos habían mejorado mucho en aquel mes y ella podía agarrar objetos en las manos.

Escuchar a Théo usando mi apodo para Ariel llenó mi corazón, porque sentía que realmente formaba parte de eso y yo amaba con todas mis fuerzas estar con los dos. En ese momento, al oír a Ariel carcajearse, me di cuenta de que no quería nada diferente para mí. Y que cuando eso acabara me quedaría en pedazos.



Era la segunda vez que el padre de Théo, Alexandro, veía a su nieta Ariel. Pero cuando entramos en el patio de su casa donde se estaba organizando el cumpleaños de su otra nieta, sus ojos se dispararon a mis piernas y su mirada permaneció allí hasta que nosotros tres estuviéramos lo suficientemente cerca para obligarlo a mirarnos para saludar.

Y entonces entendí el motivo por el que Théo se quejaba de mi ropa: *él quería mantenerme lejos de las miradas de su padre.*

Yo estaba con Ariel en el regazo. La postura de Théo había cambiado en el momento que bajamos del coche, dejándome más incómoda de lo que pensé que estaba. Yo había conocido a don Alexandro una vez cuando él fue a la oficina de Théo, él simplemente tenía libre acceso, entonces solo ignoró mi buen día entrando sin tocar la puerta, y así lo hizo en todos los demás momentos en que estuvo allí.

Yo había visto a ese hombre una docena de veces, pero una vez fue suficiente para saber que era un hombre arrogante y despreciable. Recordé que, la época en que lo vi por primera vez, cuando él pasó por mí fingiendo que no me había visto, pensé que Théo era de esa forma porque había heredado el egocentrismo de su padre, pero cambié mi opinión cuando de hecho conocí a mi jefe, que a pesar de sacarme de quicio muchas veces y ser un maldito idiota egoísta, no era ni un poco parecido a su padre.

— Padre — Théo estiró la mano para saludarlo y mis ojos cayeron sobre ellas.

¿Qué tipo de padre e hijo no se abrazan? Me acordé de mi padre y de la forma cálida en que me recibía cada vez que me veía frente de él, o incluso cuando atendía mis conexiones y por un momento lamenté por Théo no tener ese tipo de figura paterna.

Los ojos de Alejandro regresaron a mí nuevamente, evitando contacto con su nieta por tercera vez. Entonces la arreglé en el regazo, tratando de hacer que él la notase, aunque por reflejo, pero él no lo hizo, y me di cuenta de que estaba ignorando la pequeña Ariel a propósito. Yo la volteé a mí, de modo que su cara tocara mi hombro, evitando que ella lo mirara y le arrojase una sonrisa que no sería correspondía, porque yo no soportaría aquello.

— ¿Entonces eres la niñera? — preguntó sin darme la mano en cumplimento, hecho que me hizo agradecer mentalmente porque no había colocado alcohol en gel en la bolsa para desinfectar mi mano.

— Sí, ella es — Théo respondió mientras colocaba su mano en mi cintura, y me tiraba para salir de cerca de su padre, hacia las mesas — Hablamos después — dijo, alejándose de él.

— ¿Qué fue eso? — pregunté mientras caminaba al lado de Théo, su mano presionando mi piel, dejándome caliente como el infierno.

— Nada — respondió, visiblemente molesto — Théo tiró de una silla para que me sentase y mi cuerpo reaccionó a la falta de su tacto.

Mientras él colocaba la bolsa rosa de Ariel sobre una de las sillas, su hermano llegó a nosotros con un bebé en los brazos, una hermosa niña con cabellos claros como los de su madre, que llegaba justo atrás, con una sonrisa enorme en la cara. Yo los miré a los dos, incierta si debería levantarme y presentarme, pero algo me decía que sólo debía sonreír, porque yo era una niñera. Ni siquiera se levantaban y estiraban la mano. ¿Se extendían? ¡Dios, yo no sabía nada de aquella profesión!

— Ella es tan linda — la esposa de Oliver se inclinó sobre mí, atrayendo las miradas todos en mi dirección — Tú...

— Ana — dije y ella besó mi cara mientras aprovechaba para levantarme en el momento en que nos distanciábamos una de la otra.

— El mío es Katy, es un placer conocerte.

— El gusto es mío — respondí tímidamente. El hecho es que cualquier mujer al lado de Katy parecería media mujer, o un intento de ser una, porque ella era increíblemente hermosa y radiante. Entonces me acordé de Théo diciendo: “¿Mi hermano casado? ¿El que tiene una esposa hermosa, inteligente y dos hijos adorables?”. Por un lado, me pregunté si ese tipo de mujer era su tipo de mujer, pero la respuesta estaba frente a mí: Katy era el tipo de cualquiera; y Oliver a pesar de ser guapo, debía levantar las manos al cielo y agradecer al buen Dios.

— ¿Entonces eres la niñera? — yo asentí.

— Théo estaba necesitando de una niñera, ya que sólo hace una mierda detrás de la otra — dijo Oliver y Katy lo miró, haciéndole callar por dos segundos, después nos miró con una pequeña sonrisa de pesar.

El comentario de Oliver no había sido malvado, después de todo, por el poco tiempo que estuve en su presencia pude notar que él era una buena persona. El hecho es que el comentario era una pequeña verdad teniendo en cuenta que fue un viaje de trabajo que su hermano hizo y que el resultado estaba en mi regazo en aquel momento.

— ¿Cómo es ser asistente personal y niñera al mismo tiempo?

— Todos ellos me miraron, dejándome nerviosa.

— Bueno ... tuve que dejar de ser una de las cosas, después de todo. No se puede abrazar el mundo cuando se tiene un bebé.

— Katy miró a Ariel y abrió una gran sonrisa.

— Lo sé. Madre de dos — Ella rodó los ojos hacia el cielo y estiró los brazos en dirección a Ariel — ¿Puedo? — asentí.

El hecho de que Katy pidiera mi permiso me dejó de nuevo intrigada con mi posición, porque ella debería haber pedido al padre de Ariel, no a mí.

— Ella es tan linda. Tan parecida a ti, Théo.

Oliver gruñó al lado de su hermano y yo sonreí relajada por primera vez desde que llegué. Ariel hizo cara fea para Katy, extrañándola.

— ¿Tú acabas de llamar a mi hermano de bonito? — ella se encogió de hombros, mientras que Théo sonría satisfecho con la expresión de su hermano.

— Creo que tiene suficientes espejos en casa como para saberlo, Oliver, no dejes que tu ego se marchite por eso — respondió, haciéndome sonreír aún más — ¿No es lo mismo? — ella me miró y sentí mi cara quemar en brasas.

Dios mío.

¿Esa era una pregunta para mí?

Yo desvié mis ojos hacia Théo y él me miraba con una pequeña sonrisa. Apuesto a que estaba satisfecho al verme de esa forma. Miré su hermano y él tenía una gran sonrisa también, y su interior parecía estar gritando “Te atrapé niñera zarpada.” De repente yo quería salir corriendo, pero gracias al buen Dios, Ariel hizo caca.

¡Viva la mierda de cada día!

El ruido fue tan alto que hizo que Katy la estirara hacia adelante, como Rafiki agarró a Simba en la película “El rey león”. Ella me miró, se disculpó con los ojos, pero yo entendía que ella era la madre de la cumpleañera y que ella usaba una ropa blanca. Y estar con la ropa sucia de caca sería todo, menos bonito Y fragante.

Ariel sonrió al verme, haciéndome sonreír de nuevo.

— Ella es tan apegada a ti — dijo Oliver y Katy asintió a su lado, cogiendo su hija en los brazos.

— Es como si fueras su madre — dijo ella, poniéndome nerviosa de nuevo, porque aquella herida todavía estaba abierta en Théo, y yo sabía lo que hacía en él ver a Ariel crecer sin una figura materna.

— ¿Puedo usar el baño para cambiarla? — Pregunté, mirándolos a los tres.

— Te acompañaré — intervino Théo, cogiendo la bolsa de Ariel y llevándome hacia el interior de la casa.

— Los veo después — le dije a Katy y a Oliver. Los dos asintieron con una pequeña sonrisa, mientras sus ojos se deslizaron juntos hacia la mano de Théo en mi cintura.

— ¿Y tu madre? ¿No viene? — pregunté nerviosa, cargando Ariel en los brazos mientras que Théo abría la puerta de una de las habitaciones.

Él abrió la bolsa y sacó el cambiador de dentro, luego lo extendió sobre la cama.

— ¿De quién es esa habitación? — pregunté curiosa, mirando las paredes llenas de pósteres de mujeres casi desnudas y bandas de rock de los años 80 y 90.

— Era mía — respondió, saltando la primera pregunta.

— Oh ... — comprimí los labios mientras miraba cada detalle.

Una cama de soltero estaba justo debajo de la ventana, ya su lado, decenas de los carteles llenaban las paredes, pegadas sobre una pared pintada de negro. No había una televisión, sólo un aparato de sonido lleno de adhesivos. ¿Cuántos años tenía?

— Di lo que estás pensando — se acostó en el espacio libre de la cama y colocó los brazos detrás de la cabeza, de forma natural.

— Parece que un adolescente de los años 70 habitaba esta habitación.

— Tengo veintiocho, si eso es lo que se está preguntando. Pero antes de que digas

cualquier cosa, como mi asistente personal, tú ganas nota cero por no saber ese pequeño detalle.

Yo abrí el pañal de Ariel y solté un gruñido al hacerlo, pues una explosión amarilla si se extendía hasta las barreras de protección.

— Envidio a Lord Voldemort por no tener nariz — Théo soltó una risa tan grande que Ariel abrió los brazos en reflejo — ¿Qué pecado, Théo? ¡No grite alto así! — yo lo reprendí.

— Lo siento, pero a veces tú abres la boca y hablas algo totalmente inesperado —lo miré, descabellado.

— ¿Esto es malo? Yo sólo... tu edad era irrelevante para mí ...

Tú sólo parecías un viejo de ochenta años, y eso bastaba.

— ¿Un viejo de ochenta años? Puedo asegurar que un viejo de ochenta años no podría hacer lo que hago. —miré un doble sentido hacia el sexo de nuevo.

¿Por qué me quedé curiosa para saber lo que un viejo de ochenta años no era capaz de hacer?

— No me digas... — estiré la mano — Pomada — él estiró el brazo y la entregó, sus dedos raspando en los míos, causándome pequeños choques; entonces lo miré. Théo mantuvo sus ojos presos en mí, así como Ariel lo hacía en aquel momento. ¿Por qué tenía que ser tan parecida a él?

Yo terminé de arreglarla y miré a Théo. Sus ojos estaban fijos en el techo de la habitación. Podría pensar que él sólo estaba descansando la vista, pero la conocida línea de preocupación estaba profundizada en su frente. Yo conocía esa expresión.

— Katy dijo que es como si fueras la madre de ella — dijo, aun mirando hacia la nada. Yo erguí a Ariel en el regazo después de guardar las cosas en la bolsa.

— Ella estaba siendo simpática.

— No... — Ella no hizo por maldad, Théo — intenté convencerlo, creyendo que ese era el punto.

— Está bien, Ana. Es como si lo fueras — lo miré, incierto — Ella tenía sólo trece días... Y ahora tiene más de cuatro meses, entonces todo lo que ella conoce como materno viene de ti — se levantó, colocando la tira del asa en su hombro, entonces caminó hasta la puerta.

— Lo siento mucho por eso — lamenté. Sabía lo que era ser abandonada por una madre y nada que yo hablara compensaría el hecho de que la madre de Ariel la dejó en la puerta de la casa de un hombre que ella ni siquiera sabía si era bueno.

— No lo sientas. Tú estás haciendo un gran trabajo — él estiró su brazo y de repente su mano estaba acariciando mi cara. Sentí mis piernas temblando y un nudo se formó en mi garganta, dejándola seca. Yo pasé la lengua por los labios. Necesitaba aire, necesitaba mucho aire o me desmayaría. Entonces Théo se me inclinó levemente, mirándome a una distancia tan mínima que yo podría incluso ver los pequeños dibujos dentro de su iris. Me sentía como si un pequeño incendio hubiera comenzado dentro de mi cuerpo, empezando a la altura de mis muslos y terminando en mi garganta.

Fue cuando abrió la boca y dijo:

— Tiene caca en tu cara. Me parece mejor limpiar antes de bajar.

— Oh — contesté, pasando la mano en la mejilla, me sentía ridícula y, humillada, porque yo estaba casi segura de que Théo me besaría en aquel momento. Y yo quería... quería tanto que mi estómago me dolía.

Él abrió la bolsa, tomó un pañuelo humedecido de Ariel y me lo entregó, lo tomé sin mirarlo a los ojos. Yo no era capaz de hacer contacto con Théo porque me sentía tan idiota que agradecería si el suelo se rompiera para que yo pudiera enterrarme en él.

— Gracias... — Ariel intentaba, con sus reflejos atrasados, coger el pañuelo de mi mano mientras yo lo pasaba por mi cara, pero no tuvo éxito y aquello estaba dejándola agitada.

— Oh, entonces esa muchacha es tan impaciente como su padre? — una voz atravesó el pequeño espacio abierto de la puerta, haciéndome estremecerse y encarar a Théo mientras sus labios se movían con la frase:

— Hola, mamá...

Mis ojos se abrieron con la imagen de aquella mujer delante de mí, porque yo estaba con tanto miedo de conocerla, de que a ella no le agradara, tenía miedo de que ella conversara con Théo sobre la forma en que yo cuidaba inexpertamente de Ariel o de cómo cambié su pañal o incluso que no estuviera de acuerdo con el modo en que yo preparaba su biberón, yo no sabía ... yo sólo estaba nerviosa con el hecho de que su madre se atentara a los detalles, de la forma en la que yo cuidaba de la Pequeña Ariel.

— Oh — me volví para mirarla.

— Hola, Ana — pronunció, su voz era concentrada, fuerte y nítida.

— Ah, hola — respondí, mi voz era distorsionada, débil e inaudible.

— Hola, mi sirenita — ella le sonrió a Ariel y el hecho de que ella mencionara su apodo hizo mi corazón latir aún más fuerte.

Ella sabía mi nombre, ella sabía el apodo que yo le había dado a Ariel. ¿Cuánto más sabía?

— Hola, hijo — ella estiró los brazos mientras echaba una mirada hacia mí, para que la entregase, y yo lo hice. Entonces ella depositó un pequeño beso en la frente de Ariel, mientras la miraba con devoción, haciendo que mi pecho se calentara.

— Ella es tan parecida a ti — yo sonreí, porque de hecho lo era. Cada pequeño detalle en su rostro. Cada línea de expresión. Era como si la hubiera hecho solo — Estoy tan feliz de conocerla — ella levantó un poco a Ariel para que pudiera usar la espalda de su mano derecha para secar una lágrima que brotaba en sus ojos.

Ella le dio un abrazo a su hijo mientras sostenía a Ariel, que me miraba sobre los hombros de la abuela, ostentando una pequeña sonrisa que me hizo sonreír de vuelta y mostrar mi lengua para ella, llamando su atención.

— A ella le gusta mucho Ana — dijo al alejarse de Théo y ver a la nena sonriéndome — Es un placer conocerla al fin.

La forma en que ella dijo la palabra “al fin” hizo parecer que Théo hablaba de mí con ella y yo sentía mis mejillas sonrojarse.

— Es un placer conocerla también... — yo no sabía su segundo nombre, ni si era divorciada en el papel para que pudiera llamarla con el apellido de Alejandro; y yo tampoco me recordaba su nombre.

— Llámame Carmem, por favor — asentí — Mi hijo me habló mucho acerca de ti — ella profirió, abriendo la puerta de la habitación, aun sosteniendo a Ariel en el regazo, y ella alcanzó el pasillo, dejando a Théo y yo de nuevo.

Yo lo miré y él desvió los ojos en el tiempo en que pasábamos por la puerta juntos, golpeando nuestras caderas. Y a lo largo del pasillo, mientras caminábamos en un silencio estrangulador al lado del otro, mi mente vagaba lejos de nosotros.

¿Él le habló mucho de mí? Pero yo ya tenía una respuesta.



Estábamos sentados en una mesa grande, reservada para la familia. Una mesa a la que Théo intentó evitar tan pronto como llegamos, pero que su madre lo convenció para quedarse después de hablar por casi veinte minutos sin parar. Entonces estábamos todos allí: Oliver, Katy, las dos pequeñas, Alejandro, Carmem, Théo, Ariel y yo. Pero, gracias al buen Dios, y la madre de Théo, Alejandro estaba lo más lejos posible de mí.

— Es hora de la foto, chicos — Katy golpeó las palmas animadamente.

Yo aproveché para mirar a mi jefe, quien volvía los ojos dramáticamente en ese momento, haciéndome reír.

— ¿Por qué ustedes, mujeres, hacen tanta cuestión de tomar fotos de todo? — él se inclinó sobre la mesa, esperando que Katy respondiera su pregunta y mis ojos cayeron sobre uno de sus brazos flexionados sobre ella.

Recorrí cada centímetro de su piel, subiendo lentamente hasta su cara, mirando la forma en que sonreía tranquilamente, aunque parte de él estaba afligido por discutir con su padre cada diez minutos.

— No es sólo tomar fotos, Théo. Es registrar los momentos importantes — ella suspiró dramáticamente — Los hombres no son capaces de entender estos pequeños detalles — Théo me miró.

Mis ojos estaban sobre él cuando lo hizo, pero no pude desviarlos porque se quedaba aún más bonito con su hija en el regazo. La forma en que movía la pierna hacia arriba y abajo para balancearla sin darse cuenta era tierno. O la forma en que miraba su carita de vez en cuando, o cómo él limpiaba la baba que escurría por su boca cada dos minutos.

Yo era nueva, tenía una vida entera por delante y un montón de cosas que yo quería hacer también, pero me tomé imaginando mi vida en el futuro, y yo no veía nada diferente que aquello. Que tener a alguien como él, un bebé como Ariel. Pero, el pensamiento que debería animarme, no lo hizo, y yo sabía el motivo.

Era porque yo no quería tener una vida como aquella.

Yo quería esa vida.

— ¿Cierto? — él preguntó. Algo me decía que él había preguntado algo antes, pero yo no era capaz de recordar lo que estábamos hablando hasta ese momento.

— ¿Hola? — pregunté como una idiota y yo podía jurar que aquello era una pequeña sonrisa.

— Yo dije que es hora de la foto... — se levantó y caminó hasta la mesa de decoración de la película Frozen, donde cientos de copos de nieve con brillo estaban colgados.

Théo agarró a su sobrina en su regazo. Ella usaba una fantasía linda y azul, con un tipo de capa llena de brillos y diseños y su trenza rubia ni siquiera necesitaba ser teñida para que se viera como el personaje. Él miró hacia los lados, con los ojos semicerrados, buscando algo, hasta que lo encontró.

Era yo.

— ¿Por qué todavía estás ahí? — preguntó, gritando sobre la cabeza de Ariel.

Mis latidos aumentaron y me ruboricé, porque en ese momento todos me miraron. Yo miré a su padre, quien limpió la garganta en un intento exitoso de parecer arrogante, mientras Carmem tocaba mi hombro de forma cariñosa.

— Parece que mi hijo te quiere allá — ella susurró a mi lado, al mismo tiempo en que Théo me miraba impaciente — Y parece que tú quieres también.



Ariel estaba durmiendo cuando la colocamos en la cunita portátil para ir hacia el hogar y nosotros hicimos toda la trayectoria en silencio. Había sido un día exhaustivo. Salir con un bebé es, sin duda, cómo correr un maratón. Algo estaba sucediendo entre nosotros, pero no podía explicarlo. Théo estaba serio y pensativo, y yo no estaba diferente, yo estaba sentada en el asiento trasero de su coche y en algunos momentos nuestros ojos se encontraban por el retrovisor central, y uno de nosotros siempre desviaba la mirada, hasta que el coche se paró frente a mi casa y finalmente pude respirar aliviada.

— Hasta el lunes — dije después de darle un beso a Ariel.

— Hasta — su voz salió lo suficientemente grave para que me diera cuenta de lo mucho que me hacía falta escucharla durante todo el camino que hicimos.

Salí del coche sintiendo su mirada mientras caminaba sosteniendo mis llaves hasta el escalón frente a la puerta de la entrada, pero, solamente cuando la abrí, él encendió el motor. Cuando yo entré y lo miré, sus ojos estaban todavía atrapados en mí y Théo dio vida al carro, cada vez distanciándose más, y a cada metro que se alejaba de mí, podía sentir su ausencia en mis huesos.



Capítulo 14

“¿Sabías que los defectos de las personas hacen que tú te enamores aún más por ellos? Esto las hace únicas.”

(Pequeña Sirena)

Théo entró en la cocina vistiendo sólo un pantalón gris de chándal, exactamente en el momento en que ponía mi pastel rojo y perfecto sobre la mesa. Cuando mis ojos cayeron sobre su cuerpo

recién salido del baño, el plato resbaló entre mis dedos mientras yo intentaba equilibrarlo hasta la mesa. No había caído en el suelo, pero lo equilibré sólo el tiempo suficiente para llegar hasta la bancada y entonces... Listo. Cayó de lado, haciendo que la vela de sirena con el número cinco volara hasta el suelo sobre sus pies descalzos. Entonces él miró hacia abajo, y yo miré a la mesa, hacia la torta. O lo que quedaba de ella.

Ariel gritaba, sentada en el carrito. Sus cabellos castaños ya alcanzaban la altura del cuello, de modo que yo podía hacer chuquitas en lo alto de su cabeza, y era exactamente como estaba en ese momento. Dos chuquitas y baba para todos lados en medio de tantas carcajadas. Ciertamente a esa altura ella sabía cuánto su niñera podría ser desastrosa.

Théo se bajó, sosteniendo la vela entre sus dedos y luego la lavó y la colocó sobre el pastel que estaba de lado en la mesa, partido al medio. Entonces se encogió de hombros antes de decir:

— Es un hermoso tono de rojo — comenzamos a reír sin parar, porque de hecho era la primera vez que hacía un hermoso color. Un color que no pareciera un pastel con hepatitis o estropeado, pero que yo lo había arruinado por mirar al cuerpo de Théo sin camisa.

Entonces nos posicionamos detrás de lo que era para ser un pastel y tomamos nuestra mejor foto.



Durante la semana después de nuestra pequeña fiesta particular de sirena, me sentí mal en relación a nosotros, porque cada día yo estaba más ansiosa por los pequeños momentos al lado de él. Me sentía necesidad de verlos tanto como a Ariel y contaba los minutos para que Théo llegase del trabajo para que pudiéramos conversar un poco sobre el día de nuestra sirenita.

Me sentía cada vez más ansiosa cuando el reloj comenzaba a girar después de las dieciocho horas, porque eso significaba que Théo entraría por la puerta a cualquier momento y el hecho de sentirme de esa forma me dejaba nerviosa, pensativa y aérea, porque me sentía cada vez más cerca de él; y cuanto más nos acercábamos, más nos alejábamos. Yo no era capaz de explicarlo, porque de la misma forma en que me sentía íntimamente cerca de Théo, sentía que no podríamos ir más allá.

Y el hecho de pensar en ir más allá con él también me dejaba ansiosa y mareada, porque eso no debería suceder. No debería quererlo tanto, no debería anhelarlo tanto, ni quedarme como una tonta nerviosa en su presencia. Y no debería, de ninguna forma, importarme con quién sale, donde él va o está y principalmente, con quien diablos saldría en ese momento.

— No te veo muy bien — dijo, cerrando la nevera.

Theo usaba un pantalón skinni beige y un saco azul sobre una camisa, que era lo suficientemente apretada para que yo pudiera ver cuán rígido era su abdomen.

Mis ojos rodaron por todo su cuerpo y mis cejas se arquearon de forma automática. Mi conciencia apuntó el dedo en mi cara, mostrándome que él no era mío, que no debía importarme, que tenía que seguir mi vida y buscar a alguien que no fuera Théo para satisfacer mis necesidades. Necesidades no consentidas desde hace al menos nueve meses, o más.

Yo apenas recordaba lo que era tener mis ropas arrancadas de mi cuerpo, la sensación de tener a alguien entre mis piernas o cómo era quedarme con mis músculos trémulos y exhaustos, porque mi último era lo suficientemente malo para dar tiempo de ponerme un macarrón instantáneo en el fuego antes de que el sexo comenzara y terminara antes de cocinar.

Miré Ariel, que dormía profundamente en el carrito de bebé, entonces miré para el reloj que marcaba nueve horas de la noche. Ciertamente ya no era mi expediente, pero de alguna forma allí estaba, como siempre. Disponible para ellos, como si yo no tuviera una vida, como si fueran la mía.

Mis ojos volvieron al hombre frente a mí, mientras yo intentaba buscar en mi mente cuál fuera su pregunta, porque en aquel momento sólo conseguía pensar que una vez más Théo iría a transar y yo probablemente, pensaría en masturbarme en su bañera, pero no lo haría porque pensaría en el bebé que me aguardaba en el cuarto de al lado, entonces una vez más estaba mirando hacia él y sólo una cosa venía a mi mente.

Sexo.

¿Qué era lo que él había preguntado? No me importaba tampoco, porque yo estaba cansada, ya había bebido tres copas de vino y estaba con el estómago vacío. Yo erguí la copa hasta mis labios y cerré los ojos, sintiendo el gusto seco en mi lengua.

No era exactamente lo que me gustaba beber, yo estaba limitada a los vinos de lo máximo veinte reales y tan dulces como un chocolate, pero de alguna forma eso me dejaba un poco más embriagada y ni siquiera me importaba, porque Ariel sólo mamaría a las dos de la mañana.

— ¿Debo preocuparme por tu embriagues o puedo ir en paz?

¿Dígame tú, Théo? ¿Tú funcionarías bien si estuviera preocupado? porque ciertamente deseo que no funcione esta noche.

— Tú debes preocuparse por mi falta de sexo y no por mi embriaguez.

Okay, definitivamente había hablado en voz alta. Después de darme cuenta de la cagada que hice, cogí la botella para llenar una vez más mi copa.

— No te preocupes por eso, es mi última copa. Y además, yo estaba necesítándolo — la eché en el aire y sonreí antes de llevarla hasta mi boca — Puedes irte ahora, Théo; y puedes preocuparse por tu no falta de sexo.

— Voy a cenar en la casa de mi hermano — dijo, haciendo mis ojos rodar hacia arriba, mirándolo sobre el borde de mi copa, me sentía tan ridícula como feliz.

— Oh — Una pequeña sonrisa creció en sus labios, haciéndome ruborizar, y de repente mi cara estaba ardiendo como el fuego.

— Estás roja.

— El vino me deja roja —suspiré.

— Pedí en ese negocio asqueroso que te gusta — yo lo miré entusiasta.

— ¿Nachos? — una pequeña sonrisa se asomó en sus labios.

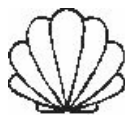
— Sí ... —él me entregó una bolsa y salí de mi banqueta, cogiéndola con las dos manos, abrazándolo, como siempre hacía cuando me traía.

Después de que le dije que nachos era mi comida preferida en todo el mundo, por lo menos una vez a la semana me traía.

— ¡Oh Dios mío! ¡Te quiero, Théo! — Abrí el paquete, cogí una tortilla y pasé en la salsa verde, llevando hasta la boca y gimiendo al comerla — Eso es tan bueno...

Yo abrí mis ojos y lo miré, mientras ponía otro pedazo en mi boca, confusa con su expresión aturdida. Dos líneas marcadas en la frente y un pliegue entre las cejas que expresaban confusión. Sus ojos brillaban en un tono oscuro de azul, mientras yo masticaba tratando de extender lo que había dich...

Oh.



Seis meses de Ariel

— Hola, Irma.

— Hola, Ana —ella se sentó a la mesa, al lado de papá, de frente a mí — Estoy exhausta — confesó.

— Yo también — un suspiro escapó entre mis labios y el peso del día empezaba a caer sobre mis hombros.

Ariel estaba agitada a causa de los dientes que comenzaba a marcar su encía, entonces ella pasaba una parte del día llorando, otra parte metiendo cosas en la boca y otra vomitando a causa de las cosas que enredaba en la boca. Además, yo había pasado el día preparando su torta del mes, un día entero tratando de preparar un pastel con ella en el regazo.

—¿Cómo está la pequeña Ariel? —preguntó mi padre, mientras dejaba escapar una enorme sonrisa.

Mi celular apuntó sobre la mesa y el nombre de Théo apareció en la pantalla, y después de deslizar el dedo sobre ella, desbloqueando el aparato, una foto llenó la pantalla.

Théo: Ariel te extraña.
Y obviamente yo también.

Mi corazón golpeó fuerte al leer esas palabras y di una carcajada alta. Claro que él sentía mi falta, porque la imagen era de un pañal bien relleno.

Yo: Imagínate cuánto tú debes estar
deseando por mí ahora.

Al enviar el mensaje, dejé el celular sobre la mesa y miré mi padre.

— Linda, gritona y grande — él asintió — Era Théo, por cierto.

— Pasa muy rápido ... Cuando uno se da cuenta ellos están pateando nuestros traseros — di una carcajada porque mi padre tenía una forma divertida de terminar frases que seguramente creería que terminaría de otra manera — Que bien que tu jefe insoportable y tú se llevan bien.

— Sí ... Él no es exactamente la persona más fácil del mundo, pero él es bueno... — miré a mi hermana — ¿Y Juan, cómo está? — pregunté por mi sobrino — Pensé que vendría.

— Se quedó con Andrew — La forma en que ella respondió hizo que mi padre y yo nos miráramos mientras ella cogía el celular de la bolsa. Por un segundo pasó por mi cabeza que Ariel era el motivo por el que ella actuaba de esa forma.

— Hum ... ¿y cómo está? — pregunté, cautelosa.

— Queriendo el lanzamiento de aquel juego que le diste en Navidad — rodó los ojos.

— Puedo conseguirlo — respondí.

Sabía que estaba ganando más que bien trabajando como niñera, por eso un nuevo juego para mi sobrino no haría mucha diferencia en mi presupuesto. Irma finalmente me miró, levantando las dos cejas, sugestivamente.

— Para quien estaba comprando vinos de trece reales en la Navidad y juntando cada centavo para pagar el alquiler, hasta que va bien en lo que diablos esté haciendo.

¿En lo que diablos esté haciendo?

¿Qué pensaba que estaba haciendo al final?

— ¿Qué quieres decir con eso? — pregunté impaciente, llevando mi copa hasta mi boca, mientras mi padre suspiraba lo suficientemente alto para que lo notáramos.

— Tú lo sabes, tu broma de casita con tu jefe guapo.

Obviamente ella me estaba haciendo burla. El caso es que desde la víspera de Navidad ella me estaba tratando diferente. Lo merecía, por supuesto, porque había terminado con la cena de todos diciendo un montón de mierdas sobre Drew. Mierdas que eran verdaderas, por cierto, pero que no eran de mi cuenta. Ahora ella quería pisar mi callo en todas las cosas. Pero Karen estaba juzgando algo mal, porque Ariel era todo para mí, menos un juguete.

Seis meses se habían pasado y algo entre nosotras había cambiado. Era tan claro como el agua y en los últimos meses ella estaba cada vez más agresiva e inestable, pero yo no me entrometía más; yo sólo estaba cansada de intentar alertarla y también tenía muchas cosas para ocupar mi mente.

Me metí un camarón en la boca y lo mastiqué, pero él bajó raspando en mi la garganta, tan entallada como un millón de palabras que quería decirle a mi hermana, pero ciertamente no lo hice. No después de mirar a mi padre y verlo suplicando para que yo me quedara quieta.

— Cierto, Karen.

— ¿Qué pasó? ¿Dije algo que te ofendió? — ella insistía en el asunto, entonces dejé la droga de la copa sobre la mesa, mirándola.

— Ariel no es una broma, Karen. Ella es un bebé que fue abandonado por la madre. Tú deberías entender mejor que nadie, ya que sabes lo que es ser dejada hacia atrás.

— ¿Y qué vas a hacer cuando vuelva, Ana?

Mis ojos se quemaron en respuesta a sus palabras.

— ¿Nuestra madre no volvió, no?

— Pero ella no es nuestra madre. Nuestra madre conoció algunos años de la maternidad, aunque pocos. Ella intentó, sólo entonces vio que no era lo que ella quería.

— ¿Y qué? —proferí.

— Y de ahí que la madre de Ariel no experimentó, entonces cuando la ficha caiga y ella se dé cuenta de que todavía hay tiempo, ella volverá, y entonces nadie necesitará de ti.

— ¡Karen! — mi padre la reprendió mientras yo la miraba sin tener que decir, porque las lágrimas quemaban mis ojos.

— Entonces ella va a asumir de donde te detuviste, y Ariel nunca se acordará de quién fuiste un día, tal vez, es posible que esto suceda, ¿verdad?

Karen no era de esa forma. Nosotras nunca habíamos peleado antes ... quería decir, las hermanas peleaban, por supuesto, pero por futilidades, como quien se queda con el cepillo de dientes color de rosa, por quien se queda con la Barbie rubia, por quien va a entrar en el baño primero o por ropa que robábamos una de la otra; pero nosotros nunca nos ofendíamos, nosotros nunca nos lastimábamos y ciertamente el nunca dejó de existir en aquel momento, porque yo estaba quebrada por dentro. Me levanté de la mesa, mirando a mi padre con pesar, maldiciendo

por dejar que nuestra relación se limitase a la tolerancia, aunque supiera que no era rutinario y algo estaba mal, pero de cualquier forma, nada justificaba lo que ella me había dicho.

Porque era la verdad más fea y dolorosa a la que me enfrentaría. Porque yo no era capaz de responder ni en pensamiento.

Porque yo no sabía lo que haría cuando la madre de Ariel volviera.

Porque ella no era yo, y Ariel no era mía.

Entonces mi celular sonó cuando atravesaba la puerta de salida, y cuando desbloqueé la pantalla para leerla, mi corazón dejó de golpear, porque estaba jugando conmigo de nuevo. Él me estaba dando otro pequeño momento, que ciertamente haría un gran estrago en el futuro.

Yo llegué a mi casa, saqué los zapatos, abrí un vino y me serví de una copa, entonces finalmente me senté al sofá, alcanzando un cojín y encendiendo la televisión.

Doblé mi cuerpo hacia atrás en busca de una posición, así que empecé a cambiar los canales, buscando algo que sostuviera mi atención, pero simplemente no sucedía. Había discutido nuevamente con mi hermana, estaba sin el Gato y Ariel y me sentía más sola que nunca. Yo no tenía casi a nadie, no tenía amigos tan cercanos y ciertamente no me gustaba salir de joda, pero aquello nunca había sido un problema para mí. Entonces, ¿por qué empecé a sentirme de esa forma? Cada vez más y más insatisfecha con mi vida. ¿Por qué es que cuando estaba en casa, quería estar en otro lugar? Y la respuesta de la pregunta que no quería callar llegó en formato digital, en mi dispositivo móvil.

Théo: Te descso mucho ahora.



Capítulo 15

*“En una de esas usted chocó con el amor de su vida sin que-
rer, en la fila de la panadería,
atravesando la calle o incluso en el intervalo de la escuela.”*

(Pequeña Sirena)

Dime que lo que quieres en este momento es realmente importante, porque tú acabas de despertar a Ariel y ella finalmente se había dormido después de una hora de intento y necesito desarrollar un

pastel de siete meses.

— Tú sueñas como una madre desesperada — suspiré.

— Eso es porque sé lo que una madre desesperada pasa.

— ¿Cómo Ariel está? — Carol preguntó, entusiasmada.

— Está despierta ahora. Ella sonrió.

— ¿Sorry? — ella forzó una voz mansa.

— ¿No?

Ariel golpeaba los brazos sin parar, tratando de arreglarse en la cama mientras se frotaba el rostro en su cubierta rosa, buscando una posición. Yo me levanté en silencio y salí de la habitación, dejando sólo una grieta en la puerta para espiarla.

— Y entonces, ¿cómo van las cosas? Hoy es cumpleaños, ¿verdad? — preguntó, me dejaba sorprendida, porque nos habíamos hablado hace un mes, exactamente el día doce y ella estaba tan distraída que pensé que no estaba prestando atención a lo que yo le decía sobre Ariel.

— ¿Cierto? — respondí.

— No te sorprendas, Ana. Sólo no tengo una buena memoria, y ... yo quería contarte una cosa ... dos, en realidad.

— ¿Que estas embarazada sería una de las cosas y no sé quién es el padre sería la segundo?

— Ja ja ja. ¡No! Pero me alegra que todo ese cansancio no te haya hecho perder tu pésimo sentido del humor.

— Gracias, ciertamente no lo perdí.

— Entonces ... Me voy a casar.

— ¿Qué? — oí un ruido alto y luego los gritos de Ariel, entonces abrí la puerta y mi corazón se detuvo.

Ella se había caído de la cama.

¡Dios mío!

Dejé mi celular caer al suelo y corrí hasta ella, cogiéndola en el regazo, pero ella no paraba de llorar. Había comprobado su cuerpo, en busca de alguna lesión, pero no encontré ninguna; hasta que miré a su frente, y un hematoma empezaba a formarse. Dada la rapidez con que un color surgía en el lugar, probablemente debería haberse golpeado fuertemente su cabeza.

Lágrimas corrían por mi cara porque no podía creer que aquello estaba pasando. No podía creer que hubiera sido tan descuidada en relación a los cuidados de ella.

Desesperada con lo peor, corrí con ella gritando en mi regazo, mientras bajaba las escaleras y alcanzaba su bolso y las llaves del coche deportivo que siempre estaba en el garaje y que Théo me mandó usar si algo sucediera con Ariel en alguno tiempo. Busqué frenéticamente por el confort del bebé y al encontrarlo, lo puse en el coche.

Me dirigí al hospital privado donde Théo me había informado que aceptaban su convenio de salud, con lágrimas de desesperación todavía corriendo sobre mi cara mientras intentaba conversar con Ariel para que ella no se durmiera. Cuando llegué a nuestro destino, corrí con ella en los brazos hasta la recepción, donde luego fuimos atendidas.

Pedí el teléfono de una madre que estaba sentada en una de las sillas de la sala de espera y llamé a Theo, pero él no atendió; entonces agradecí a la mujer y seguí hasta sala al lado donde me llamaban para evaluar la radiografía que hicieron hace unos minutos.

Theo estaría en casa en poco tiempo y nosotros no estaríamos allí, él probablemente brotaría al percibir que salí con su coche, porque ciertamente eso significaría que algo le sucedió a su hija y entonces él supondría tantas cosas hasta que pudiéramos decirnos que probablemente él

estaría enloquecido cuando finalmente llegase con ella. Después de veinte minutos en la sala de espera, el médico me llamó en su consultorio.

— Buenas tardes, Ana — el médico me miró, sosteniendo una pequeña sonrisa.

— Buenas tarde, doctor.

— Los rayos x no presentaron ninguna anormalidad — un suspiro estrangulado escapó de mis labios — Eso sucede todo el tiempo, sabes, Ana y ... — él escribía algo en una hoja cuando la puerta fue abierta y Theo adentró la sala, haciendo mi estómago contorsionarse.

— Cristo, ¿cómo ésta ella? — su pelo era un lío completo y su camisa social estaba enrollada en las mangas y abierta en el cuello a pesar de estar muy frío.

— Lo siento, Theo, sólo dejé mi celular y luego le pedí un celular prestado a una mujer y te llamé dos veces, pero no atendiste y necesitaba venir para la sala al lado del consultorio donde seríamos llamadas y entonces yo no tenía más como llamarte — dije atropellando las palabras, lágrimas llenando mis ojos.

Yo coloqué a Ariel en mi regazo, abrazándola fuerte.

— Dios, Ana, ¿cómo está? — él parecía aturdido cuando la sacó de mí brazos, abrazándola. Mi corazón se apretó con la imagen de Theo delante de mí, sus ojos cerrados y una expresión cargada de desesperación.

— Ella está bien — el médico interrumpió — Siéntanse, por favor — él ordenó un poco ríspido, probablemente insatisfecho con la forma en que Theo entró en su sala.

La forma en que arrancó Ariel de mis brazos me hacía pensar que él no me confiaría más a su hija y mi pecho sangró ante la posibilidad de que no me quisiera más como niñera, de que él apartara a Ariel de mí, y mis ojos se llenaron de lágrimas solo de pensarlo.

— Como estaba diciéndole a tu esposa, Ana — hizo una pausa mientras mi corazón perdía el ritmo por el simple hecho de que Théo no lo corrigió — Ninguna anormalidad en los rayos x y ese tipo de accidentes ocurre todo el tiempo — nosotros dos suspiramos aliviados — La cabeza del bebé es más resistente a los traumatismos ya que, como todavía está en crecimiento, tolera mejor pequeños aumentos de la presión intracraneal.

— Oh ... — dije sorprendida, evitando la presencia de Théo y la falta de Ariel en mis brazos.

— Entonces, si eso sucede de nuevo, ustedes pueden evaluar si hay cortes, sangrados o hematomas y pueden hacer una compresa de hielo en el lugar, pero nunca nada caliente, porque dilata los vasos sanguíneos. Después de eso, observen la niña por cerca de doce horas, que son las más importantes.

— Okay ... — Théo asintió a mi lado.

— Ustedes puede traerla para atención médica si hay desmayo, vómito, si presenta signos de desorientación o si la niña sigue irritada, blanda y sin pique después de quince minutos.

— Cierto — Théo respondió.

— Aquí está lo que deben hacer, compresa de hielo, recordando que siempre enrollado a un paño; y siete gotas de ese remedio de ocho en ocho horas mientras perciban que el bebé siente dolor. —él me entregó una receta médica que contenía el nombre del remedio.

— Gracias, doctor —dijo, apretando firmemente su mano.

— Dentro de unos días el hematoma habrá salido.

— Todo bien — él colocó a Ariel en su regazo mientras acariciaba la parte de detrás de su cabeza.

Me levanté tambaleando, la adrenalina había pasado y ahora empezaba a sentir dolores de cabeza, mareo y miedo, y miedo de lo que vendría a continuación, entonces salí frente a él,

atravesando el pasillo mientras las lágrimas caían sobre mi cara.

— ¡Ana! — él llamó, pero yo continué en pasos largos — ¡Espera!

— Necesito aire, Théo ... Dios, necesito aire — cuando atravesé la puerta de entrada, me incliné sobre el césped del hospital, con las manos en las rodillas, tomando aliento.

— Ana ...

— Lo siento, Theo, por favor, ¡Dios, lo siento! Yo estaba en el teléfono y entonces Carol me llamó y yo no quería despertarla. Entonces dejé la puerta un poco abierta de modo que pudiera espiarla, incluso calcé la cama con almohadas, pero cuando yo vi, ella ya ...

— ¡Deja de hablar, Ana!

— ¡Lo siento mucho! ¡Lo siento, Théo! — sequé una lágrima.

— Yo sé, Ana, has hablado algunas veces.

— Lo siento ... No puedo creer que eso haya sucedido, lo siento.

— Ella está bien, no te condenes por eso — yo eché mis ojos, mirando Theo. No podía creer que él estaba siendo complaciente con la situación.

— No te enojas conmigo. Yo ... No la alejes de mí.

— ¿Puedes oírte, Ana? — un vinco se formó entre las cejas mientras él me miraba con sus ojos azules, brillando en confusión.

— ¿Consigues percibir cuán ridícula estás sonando? ¿Qué tipo de persona crees que soy?

— ¡Yo ... sólo me he asustado, Théo!

— Lo sé. Yo también me quedé ... ¡Pasé por el infierno cuando regresé las llamadas y una desconocida dijo que una mujer con un bebé en el regazo había pedido su teléfono y que ustedes estaban en una mierda de un hospital!

— Perdón ... — me detuve cuando me reprendió con la mirada, entonces me enderecé, respirando profundamente, el aire llenando mis pulmones — Yo sólo ... Dios, Théo, yo estoy con ella desde sus primeros días y tú eres el padre ... Tú simplemente me puedes expulsar de su vida, y Dios, yo no sé si viviría con eso.

Théo me miró sorprendido y una mezcla de confusión tomaba su rostro. Él abrió la boca para decir algo, pero la cerró, entonces la abrió y la cerró nuevamente, entonces finalmente dijo:

— ¿Creíste que yo simplemente la iba a apartar de ti? Ella es tan tuya como mía, Ana.

Sus palabras hicieron un hipo huir de mis labios y lágrimas, caer mientras yo miraba a todos lados, tratando de entenderlas.

— No es así que funciona, Théo ...

— Para mí es simple, llegaste tú y la amparaste. Tú cuidaste de ella en todos sus momentos. Tú estuvo presente. Tú la amaste, tú cuidaste de cada maldito detalle ... Tú fuiste quien ella necesitaba que fueras y estoy seguro, Ana, que no fue por el dinero, sino porque simplemente no podías dejarla.

— Tuve tanto miedo sabes ...

— Eso sucede todo el tiempo. Mis sobrinas ya se lastimaron más veces de lo que yo podría contar y Katy es una gran madre. Esto no justifica nada.

— Gracias — dije, cuando extendió a Ariel hacia mí. Ella abrió sus ojos y una enorme sonrisa se formó en su boquita. Dios, yo la amaba tanto. Yo la sostenía con fuerza en mi regazo, incapaz de decirle algo, porque las palabras estaban atascadas en mi garganta.

— Ahora vamos, tenemos un pastel para comprar en el camino y una foto para tomar.

Yo erguí mis ojos, sorprendida.

— No tienes que hacer eso, Théo. Fue un largo día ...

— Ella necesita eso, Ana, y no podemos simplemente saltar un mes.

Una sonrisa se formó en sus labios, entonces él dio un paso adelante, mientras mis ojos se llenaban de lágrimas de nuevo. Yo ni siquiera sabía que podía llorar tanto hasta ese día. Él estiró su brazo y me tiró contra su pecho, enterrando mi cabeza en la curvatura de su cuello, mientras él me bajaba, tocando la parte superior de mi cabeza con sus labios. Él tocó mi espalda, en un apretón, deslizando la mano hacia arriba y hacia abajo, mientras yo inhalaba su perfume. Ariel estiró su bracito y tocó su barba con una mano mientras sostenía mi barbilla con la otra. Yo incliné la cabeza, mirando sus ojos clavados a mis ojos antes de alejarse, y fue en aquel momento que me di cuenta.

Yo amaba a Théo tanto como Ariel.



Capítulo 16

“¿Y quién dijo que no se podía leer un corazón?”

(Pequeña Sirena)

Acababa de llegar de la casa de Théo. Había pasta colorida por toda mi campera beige y no tenía idea de cómo sacaría todos esos colores de la torta de ocho meses de Ariel de la pieza.

En el octavo mes Ariel tuvo un salto en el desarrollo. Ella había comenzado a gatear,

sus dientes superiores comenzaron a nacer y ella podía ponerse de pie si se estaba sosteniendo de algo, entonces eso significaba peligro. Gracias al buen Dios, — y a las nuevas almohadas — Ariel no volvió a caerse de la cama, pero de vez en cuando aparecía con un nuevo hematoma. Era difícil mantener a un bebé quieto, principalmente un bebé tan inteligente como ella.

Ariel estaba cada vez más conectada a mí, y todos los días cuando me iba a casa, ella se quedaba llorando en el regazo de Théo, que intentaba distraerla con sus decenas de juguetes mientras yo partía a mi casa con el corazón en la mano. Todo fluía de forma tan natural entre nosotros que si no fuera por el pago generoso que caía mensualmente en mi cuenta y el hecho de irme a casa por la noche, yo podía jurar que éramos una familia.

Estaba ilusionandome, obviamente; y cada día, cada maldito día, me quedaba con el miedo de todo aquello acabara, porque yo sabía que en algún momento sucedería; y cuanto más el tiempo pasara, más sufriría con la pérdida de Ariel en mi vida. Y fue precisamente por eso que decidí aceptar la invitación a cenar con Adam, mi nuevo y atractivo vecino.

A finales del mes pasado, Adam golpeó mi puerta pidiendo un poco de sal prestada y pasamos casi una hora hablando. Él estaba sin el coche aquel el día y tenía comida en el fuego, entonces le pareció más conveniente golpear la puerta de una extraña y pedir un poco de condimento.

La forma en que podía ser tan simpático y hablar durante horas contigo sin que sintieras el tiempo pasar, me hacía creer que nos llevaríamos bien, entonces acepté su invitación, después de darle mi número de teléfono.

Y fue absolutamente en ese punto en que todo cambió.

Theo: *9 meses de Ariel*

Era increíblemente aterrador como Ariel podía cambiar cada día. No iba a decir que parecía que hubiera sido ayer, porque esos nueve meses parecieron nueve años; y no me juzguen, porque eso no significa que la ame menos, claro que no, sólo significa que tener un niño no es fácil. Ni un poco. Principalmente para mí, un tipo que vivía entre el trabajo y recordar ponerle a Zeus su ración dos veces al día, nunca tuve alguna responsabilidad. Y de una manera tan inminente, simplemente caminé hasta la entrada de mi casa después de que mi timbre sonara esperando que fuera alguna compra que requiera de mí, como máximo, una partida; y allí estaba ella. Sus ojos tirados mirando a mí, sin saber qué infierno estaba pasando a su alrededor.

Cada noche sueño con aquel día, con todos los detalles. Desde su vestidura blanca y la expresión en su cara, a Zeus ladrando detrás de mí, dando inicio a un llanto sin fin. Yo estaba aterrizado, tenía un bebé recién nacido en el regazo y yo ni siquiera sabía cómo cambiar su pañal. Gracias al buen y viejo Google aprendí cómo se hacía, así fue como había aprendido sobre la temperatura del agua del baño, del agua para la leche en polvo y un millón de otras cosas.

Los tres días más locos y jodidos de mi vida, porque además de esfuerzo físico y mental, yo no sabía el infierno que sería para mí, porque ni siquiera conseguía pensar. Entonces Ana entró por mi puerta, cayendo de rodillas en el suelo y mirándome con una expresión que yo también sería incapaz de olvidar.

Debería realmente estar con cara de loco mientras sostenía a mi hija gritona en el regazo, pero la expresión que ella hizo al verme, con certeza, fue la mejor. Como abrió la boca, como sus cejas levantaron, formando una línea sobre su frente, tan asustada que permaneció de cuatro, mirándome por un buen tiempo antes de levantarse. Entonces ella abrió la boca y resolvió toda la mierda en un solo minuto y cuándo había visto, Ariel había dejado de llorar.

Y allí estaba ella, Ana, después de nueve meses, tan decidida a cuidar de Ariel como yo y la forma en que ella asumió esa responsabilidad me hizo sentir vergüenza por las cosas que pensé antes de tener el resultado del examen de ADN, porque definitivamente, en ningún momento de mi vida, había pensado en ser padre.

Ella sería una gran madre algún día. La forma en que se dedicaba a Ariel, desde su “buen día” extremadamente exagerado, solo para arrancarle una gran sonrisa, hasta la forma en que ella se despedía antes de irse, vacilante a cada paso hasta la puerta de la salida. No le mencionaba a Ana sobre la forma en que Ariel quedaba cuando ella se iba de mi casa, porque no era justo dejarla aún más preocupada al partir, pero Ariel lloraba por casi una hora antes de tomar el sueño y dormir, cerca de las ocho de la noche.

Partía mi corazón ver a mi hija creciendo sin su madre, pero ciertamente ella estaba mejor así. Parte de mí quería que ella asumiera la maternidad y la otra parte sufrió como el infierno al pensar en ella golpeando mi puerta preguntando por Ariel, porque Dios sabe lo que yo haría si sucediera. Ella probablemente tendría que matarme para conseguir quitarme a mi hija de mí.

Entré por la puerta de la cocina y bajé hasta el carrito de bebé, sacando el cinturón de seguridad de Ariel y cogiéndola en el regazo. Ella me miró y puso sus manos sobre mi cara, frotando su cara con la mía, haciendo que mi pecho se calentara. Era exactamente para momentos como ese que yo vivía ahora. Le di un beso en la cara antes de sentarme en una de las banquetas.

Ana ni siquiera había mirado hacia atrás. Ella se inclinó sobre el fregadero mientras esperaba que se cocinara algo en el fogón a su lado. Ella miró a la olla, luego miró hacia el teléfono de nuevo, cambiando su pierna de apoyo, haciendo que su culo se flexionara hacia el otro lado. Deslicé mis ojos sobre ella, sobre su culo perfectamente redondo dentro de un jeans ajustado que hacía que mi palo se endureciera en pocos segundos.

Ana miró a la olla nuevamente, entonces se volvió hacia el carrito de bebé y su expresión de pánico sólo duró hasta que ella me viera con Ariel en el regazo.

— ¡Mierda, Théo, me asustaste! — ella apagó el fuego y cogió un paño para sostener las asas calientes de la olla. No sabía cuánto me hacía falta escuchar su voz, hasta que habló.

— Podría despedirte por eso. Yo entré aquí y cogí a Ariel sin que tú te dieras cuenta. ¿Y si fuera un ladrón? — la forma en que ella rodó los ojos hacia arriba me hizo reír como un tonto — Además, necesitas mejorar tu vocabulario si deseas enseñarle a hablar a mi hija.

— La culpa sería tuya, al final, debes cuidar de la seguridad en tu casa, ¿no? Y sobre mi lenguaje... estoy tratando de acostumbrarme, pero no decir malas palabras es una de las cosas más difíciles que he enfrentado en mi vida.

— ¿Y por qué diablos estás tan distraída? — sus mejillas se ruborizaron y entonces ella se volvió.

— No estoy distraída — dijo. Yo la conocía lo suficiente para saber que estaba mintiendo y el modo en que se puso roja hizo que mi sangre hirviera dentro de mí, porque aquello sólo podía significar una cosa.

Sentía mi pulso acelerarse al pensar en que ella podría estar distraída por causa de algún hombre, porque durante los meses que ella estuvo con Ariel y conmigo, ella nunca demostró que estaba saliendo con alguien y pensar en que ella lo estaba haciendo en aquél momento, me hizo querer sacar la mierda de un tipo que ni siquiera sabía si existía.

— Lo estás, y hace algunas semanas — Ariel se echó hacia atrás en mi regazo, haciendo que me doblara hacia adelante, trayéndola de vuelta hacia mí. Antes de que la colocara en mi regazo, ella empujó un vaso que estaba sobre el banco y este se estrelló en el suelo.

Ana se giró sobre su talón, golpeando la olla y sosteniendo el material caliente para que no se cayera, entonces me miró, mientras soplaba su mano, en donde se había quemado.

— ¡Ay, droga! — ella encendió el grifo y colocó la mano debajo del agua fría mientras yo me levantaba, rodeando los pedazos, yendo hacia ella.

— Sí, lo estás — alegué, pero mi contacto hizo que ella se apartara un poco y me extrañó la forma en que estaba actuando durante todo ese mes — ¿Te lastimaste?

— Sólo me llevé un susto, eso no significa que esté distraída.

— Déjame verlo — tomé su mano para evaluar su quemadura, pero era superficial. Sólo estaba ligeramente rojizo.

— Estoy bien — ella tiró de su mano, tratando de evitarme.

¿Pero qué infierno estaba pasando con ella en los últimos días?

¿Por qué me evitaba a toda costa? Yo no tenía idea de lo que estaba pasando, pero estaba jodidamente estresado con la forma en que ella me estaba tratando. Tenía algunas conjeturas, pero pensar en ellas hacía mi sangre hervir en las venas y ni siquiera entendía el motivo. El hecho es que nosotros éramos nosotros, y nunca sabíamos cómo expresarnos uno con el otro, porque pisábamos en huevos cuando el asunto era nuestra relación ya que implicaba algo mucho más allá, algo superior a cualquier deseo que sentíamos el uno por el otro. No voy a negar, por supuesto, es claro como el agua que la cogería sobre aquel fregadero en el que ella estaba inclinada, y mirándola en ese momento, la cogería en aquella misma posición.

Hemos tenido innumerables momentos, innumerables oportunidades y yo pasaba gran parte de mi tiempo tratando de mantener mi polla dentro de los pantalones por el simple hecho de querer salir con Ana y cogerla sería coger también con nuestra relación y yo definitivamente tenía miedo de que sucediera y ella ciertamente también porque nunca iba más allá a pesar de que ella quisiera, y ella quería, porque yo lo sentía, sentía en la forma en que ella mojaba los labios con la lengua, o en la forma como su respiración cambiaba con mi cercanía, y cómo sus pezones quedaban rígidos cuando nos tocábamos.

Era muy difícil resistir el deseo que sentía por Ana, pero creo que el motivo por el cual me mantenía fuerte era exactamente por el hecho de saber que ella no salía con alguien, entonces yo estaba bien con el hecho de que ella no era mía, si tampoco era de alguien más. Pero en el momento en que percibí cómo ella estaba tratando de evitarme y la forma en que pasó los últimos días actuando distraída me hizo querer inclinarla sobre la encimera de la cocina y follarla, con tanta fuerza que nunca más olvidaría que era mía.

Sabía que estaba siendo un hijo de puta egoísta, pero no podía pensar en la idea de verla con alguien, principalmente sabiendo que ese alguien podría ser un divisor de aguas. Ciertamente Ana querría hijos en algún momento de su vida, entonces no podría estar más aquí para Ariel. Para mí. Y la mierda, sentía mucho miedo del momento en que ella decidiera partir, porque yo sabía cuan quebrada estaría Ariel cuando eso sucediera, y era precisamente por eso que le daba su espacio.

— ¿Por qué me miras como un loco, Théo? — preguntó mientras movía la papilla de Ariel en un bote para enfriarla.

¿Por qué soy uno?

Ella puso el plato de Ariel sobre la mesa y cogió el pastel, que además, en aquel mes era rosa. Un hermoso tono de rosa. Ana lo agarró firmemente entre los dedos mientras caminaba hasta la bancada de la isla, evitando mi risa. Verla sosteniendo la bandeja con tanta fuerza me recordaba el día en que ella dejó resbalar el pastel entre sus dedos por verme entrando sin camisa en la cocina.

Ana estaba linda usando una camisa de manga larga de un tejido con hilos mezclados con colores negros y grises que acentuaban el volumen de sus senos. su cabello estaba detrás, formando un V en medio de su espalda. Estaban más largos de cuanto empezó a trabajar para mí, y el pensamiento de enrollarlos alrededor de mis manos vino a mi mente.

— Porque estás distraída, y quiero saber el motivo.

Ella dejó escapar un suspiro mientras colocaba el celular sobre la mesa al lado de la torta, exactamente en el momento en que había recibido un mensaje. Entonces lo cogí antes de que pudiera hacerlo.

— ¡Théo, estás siendo ridículo! ¡Eso es personal!

— Da igual — respondí. Estaba siendo inmaduro, lo sabía, pero mi voluntad de descubrir el motivo detrás de aquella distracción era mucho mayor — ¿Quién es Adam?

— Devuélveme el celular, Théo! — ella estaba realmente enojada cuando arrancó el aparato de mis manos.

— ¿Entonces estás saliendo con alguien? —mi sangre pulsaba en mis venas, mientras intentaba ocultar mi decepción.

— Sí, Théo, lo estoy, y él es adorable.

— Adorable es un adjetivo usado para humillar a un hombre.

— Un hombre como tú, tal vez; no alguien como Adam.

— ¿Alguien gay como él? — ella me fusiló con la mirada.

— ¿Cuál es el problema en que pueda divertirme un poco, después de todo? — ella colocó las manos en la cintura mientras me miraba, aguardando una respuesta.

¿Cuál es el problema? El problema es que no quiero la mano de ningún hijo de puta ninguno sobre ti.

— ¿Entonces es eso?

— ¿Eso, qué, Théo? — ella parecía furiosa, la punta de su nariz ligeramente roja como si estuviera a punto de llorar, y por poco lo estaba. ¿Pero por qué? ¿Por qué estaba tan molesta también?

— Diversión. Eso es lo que Adam es para ti — ella evaluó las palabras, con su ceja erguida en confusión.

— No fue eso lo que quise decir — Ana miró el suelo.

— Pero eso es lo que dijiste — ella entonces levantó la mirada, de forma amenazadora, mientras cruzaba los brazos sobre el pecho.

— ¿Y para ti cuál es la maldita diferencia en que quiera a Adam solamente para enterrar su polla en mí, o si es el amor de mi vida?

¿Y para mi, cuál era la diferencia entre que Adam enterrara su palo en ella o que él fuera el amor de su vida? Estaban ahí dos cosas que tenía miedo casi con la misma intensidad. Pero ¿por qué la segunda opción me parecía más espeluznante? ¿Por qué diablos no quería que ella amara a Adam? Mierda, yo estaba enloqueciendo.

— ¿Amor? ¡Eso es ridículo! —me arreglé en mi banqueta, arreglando a Ariel en mi regazo. Ella jugaba con un juguete sobre la mesa, jugándolo, cogiéndolo y poniéndolo en su boca varias veces.

— ¿Ridículo? ¿Por qué? — su voz atravesó la cocina.

— ¿Hace cuánto tiempo te conoce? ¿Un mes?

— ¡Eso no importa, Théo!

— ¿Por qué, tú eres capaz de amar a alguien en tan poco tiempo? Tú eres una niña si piensas eso, Ana —yo sabía que había pisado en su callo por la forma en que ella estaba furiosa,

su respiración acelerada y los ojos mareados.

— ¡Vete al infierno, Théo! ¡No voy a jugar tu juego! — Posteriormente, ella posicionó el pastel sobre la mesa, tomó una foto y me miró sobre el celular — arreglate para la foto.

Me sentía ridículo posicionado para una foto mientras ella reprimía toda esa rabia, porque yo todavía no había terminado. Todavía no sabía lo que Adam era para ella y en qué etapa estaban los dos. ... sólo necesitaba más información, de ... mierda, yo la necesitaba.

La necesitaba mucho.

Ana

— ¿Por qué siempre tienes que destruir la torta antes de comerla? — sus ojos se estrecharon con mi pregunta y sus cejas se alzaron, formando una expresión de sorpresa.

Quería saltar sobre Théo y frotarse en su cara que el mundo no giraba alrededor de su polla. Que yo tenía una vida, que yo necesitaba vivirla, que yo necesitaba ser yo y no alguien que él quería por poco tiempo indefinido. No podía ser una estepa, no podía estar allí hasta que él ya no me necesitara.

Yo necesitaba seguir mi vida, tener mis amigos, mis encuentros, conocer gente, vivir y no sólo estar allí para él, porque yo necesitaba estructurarme para cuando él no necesitase más de mí, porque me rompería si estuviera sola, si me limitase a Théo y a Ariel.

— ¿Yo? — pasó el pedazo de pasta que estaba en sus manos en la boca de Ariel y ella se agarró de su mano con sus dos manitas, haciéndome sonreír.

— Deja de darle porquerías, Théo — lo reprendí, pero en el momento en que lo hice, me congele. ¿Quién pensaba que era para meterme en la alimentación de Ariel o decirle a Théo lo debería o no hacer con su propia hija?

— Tiene que rascarse la encía con algo que tenga algún gusto al menos. ella huele a caucho — se encogió de hombros.

Parte de mí estaba feliz de que nuestra conversación frustrante había cambiado de rumbo gracias a mi intento exitoso, pero la otra parte quería gritarle todas las verdades entalladas en mi garganta, y también el hecho de que Théo nunca rebatía a cualquier exigencia mía me dejaba encabrita, porque él nunca me preguntaba, ni siquiera expresaba algo que mostrase su descontento con cualquier cosa que yo haya dicho. Él sólo actuaba como si yo estuviera en lo correcto, pero que no era suficiente para dejar de hacerlo.

— La foto no quedó bien, debemos tomar otra — él asintió, entonces yo coloqué la cámara y corrí al lado de ellos.

Théo colocó su mano en mi cintura y yo la quité, hecho que lo hizo repetir su acción, manteniéndome en un fuerte apretón junto a él, abriendo una enorme sonrisa para la foto, mientras yo lo miraba como si quisiera matarlo, apuñalándolo con el cuchillo de la torta.

Obviamente no abrí la imagen delante de Théo porque estaba segura de que me quedé tan rosa como mi pastel, pues tener sus manos en mí era algo que aún no me dejaba confortable, aunque debería estar acostumbrada, después de todo, desde hace casi nueve meses estaba dentro de aquella casa. En sus mejores y peores días. Viéndolo andar con y sin la ropa. Feliz o aburrido, atareado o perezoso, tirado en el sofá.

Habían pasado algunos minutos, hasta que Ariel se durmió en el regazo de Théo, entonces la cogí y la arreglé en el carrito, cubriéndola con su manta rosada. Disminuí un poco el volumen de la TV fijada en un panel en la cocina y apoyé el control sobre la banca.

— Tu pastel no está bonito, pero el gusto es delicioso — él pasó el dedo por el relleno,

retirando una buena parte de él.

Él me estaba provocando, lo sabía, porque la pequeña sonrisa en sus labios me probaba eso que estaba haciendo. Algo excepcional en aquel día, porque desde el momento en que entró en la cocina, me estaba provocando. Desde sus pequeñas sonrisas, a la forma en que me interrogó sobre Adam me estaban sacando de serie.

— Hay un tenedor allí — apunté, pero ni siquiera lo miró.

Entonces me curvé sobre él y lo cogí.

— Con el tenedor, el gusto no es el mismo —sonreí y apoyé las manos en mi cintura, esperando una explicación que no suene tan tonta como la afirmación.

— ¿Ah, sí y tú puedes explicarme cómo? — levanté las cejas, esperando por una respuesta.

— Puedo mostrarte.

— Okay, guapo, quédate a gusto — yo sonreí mientras esperaba por una respuesta.

— Cierra los ojos — ordenó, mientras alcanzaba el tenedor y yo lo hice — Ahora abre tu boca — La forma en que pidió que lo hiciera sugería un millón de cosas en mi mente, pero tal vez fue la forma en que él pronunciaba la palabra "boca", dejando que su voz saliera más lenta y ronca. La abrí — Ahora prueba — el material helado del cubierto tocó mi lengua y cerré mi boca, mientras que él tiraba de vuelta.

— Hum ... ¿y ahora? — pregunté después de tragar el relleno de coco.

— Ahora vuelve a abrir — ordenó, y algo en la forma en que él exigía que abriera mi boca hacía el interior de mi muslo latir — Voy a darte, Ana, sin el tenedor — inmediatamente abrí mis ojos, mientras llevaba la mano hasta mi cara.

— Cierra los ojos —obedecí — Ahora abre tu boca.

Con mis dedos gélidos toqué su antebrazo, que se mantenía extendido, y lo tiré hasta mí, lentamente, mientras él ponía un dedo dentro de mi boca, dándome un poco del relleno directo de su piel. Dejé escapar un gemido de mis labios, mientras terminaba de succionar su dedo, aún con los ojos cerrados, y cuando lo hice, permanecí sosteniendo su mano en el aire, frente a mi cara, gimiendo lentamente antes de tragar el pequeño pedazo, entonces abrí mis ojos. Cuando lo miré, sus ojos azules brillaban en un tono más oscuro, mirando exactamente hacia mis labios, que a esa altura cargaba una pequeña sonrisa de satisfacción. Dejé su mano y pasé la lengua sobre ellos, limpiando cualquier indicio del relleno, entonces miré su enorme erección, mientras sonreí diabólicamente antes de decir:

— Tienes razón, es mucho más sabroso.

Por casi nueve meses todo lo que quería era sentir sus labios en los míos, pero nunca dejábamos que sucediera, y yo estaba segura del motivo. Théo sentía atracción por mí tanto como yo sentía por él, yo sabía, lo sabía por qué tenía ojos y la protuberancia bajo sus pantalones era un enorme billete escrito en la caja alta de que él me quería, pero yo también sabía que todo cambiaría después de que aquello sucediera, que todo quedaría extraño entre nosotros porque había pasado aquella situación miles y miles de veces en mi cabeza. Él se inclinó levemente, entreabriendo sus labios. Sus ojos brillaban por la excitación mientras mi piel se enrojecida por todos lados. Théo buscó mis ojos, esperando por aprobación, y ciertamente a aquella altura, él sabía que la tenía. Él miró de vuelta a mi boca y estábamos tan cerca que Théo fue capaz de robar mi respiración. Yo arqueé la espalda y él se acercó lo suficiente para que nuestras bocas se tocaran. Entonces él aspiró la parte inferior de mis labios y el gemido que dejó escapar fue tan crudo e inestable que hizo que mi pecho se rasgara de dentro hacia fuera.

Él presionó el pulgar sobre mi oído, sus dedos sosteniendo la parte detrás de mi cabeza

mientras deslizaba su frente sobre la mía. Yo gemí en su boca, porque era mejor de lo que yo era capaz de imaginar; caliente, dulce y hacía mi cuerpo estar en llamas, aunque estuviéramos en agosto.

La presión rígida de su cadera sobre mi jeans dejaba evidente que él estaba duro, aunque acababa de tocarme, y su lengua bailaba con la mía, caliente, húmeda con un ligero sabor de coco y vino.

Sabía que deberíamos parar porque él era mi jefe, yo era la niñera de su hija y nuestra relación nunca llegaría lejos porque éramos personas muy diferentes e intentar sería poner en riesgo mi tiempo con Ariel, porque cuando todo terminase entre nosotros, yo no sería capaz de estar dentro de aquella casa con Théo, no sintiendo todo lo que sentía por ella; pero no podía dejarlo, porque su apretón era caliente como el infierno y parecía tan seguro que era capaz de asustarme.

Théo se apartó sólo lo suficiente para respirar. Él no me miraba a los ojos, porque su mirada estaba perdida en mis labios. Su boca entreabierta dejaba escapar su respiración corta, mientras su pecho subía y bajaba. Él dejó escapar un suspiro pesado, entonces me miró y sus ojos brillaban en un tono muy oscuro de azul tan lindo.

Él colocó las dos manos en los laterales de mi cara y me tiró, mientras yo me inclinaba ligeramente en el mármol de la mesa, curvando la parte de arriba del cuerpo, casi sobre ella, Théo aspiraba mis labios, haciendo un movimiento con el cuerpo. Yo lo alejé para tomar el aliento, entonces lo atraje de nuevo, metiendo mis manos en sus cabellos, mientras él levantaba mi cuerpo fácilmente, poniéndome sentada sobre la mesa.

El gemido que dejó escapar fue capaz de hacerme perder la conciencia. En ese momento creí que mis bragas estaban tan mojadas, a punto de pasar para mi jeans. Yo jugueteé su labio inferior, aprovechando para robarle una respiración, retomando un poco de aire, y poco a poco, con besos leves y pequeñas mordiscos, nosotros perdíamos el ritmo y controlábamos nuestras respiraciones, mientras nos alejábamos poco a poco.

Théo estiró la mano y apartó un mechón de pelo sobre mi cara y lo colocó detrás de mi oreja, manteniendo su frente pegada a la mía mientras él todavía rozaba su oreja con la mía, pasando su nariz sobre el lateral de mi cara y cerrando los ojos de nuevo, mientras una pequeña sonrisa jugaba sobre sus labios, haciendo que mi corazón se derritiera entre mis costillas. Pero cuando sus ojos se abrieron de nuevo, él se alejó un poco, mirando algo detrás de mi hombro, entonces él amplió los ojos.

Él dio un paso atrás, haciendo que mi cuerpo reaccionara ante su ausencia. Su boca se cerró inminentemente, formando una línea rígida junto a su mandíbula cerrada, evidenciando su furia, mientras su mano cerrada forzaba los nudillos de sus dedos, dejándolos blanquecinos, y yo sabía que algo estaba mal, pero no sabía lo que era, hasta que alcanzó el control y apagó la televisión inmediatamente, dejándome completamente asombrada, sin saber lo que estaba sucediendo. ¿Él estaba echándome? Théo se alejó aún más, desviando la mirada y dejando una frase en el aire que fue capaz de rasgarme por la mitad.

— Necesito un tiempo.



Capítulo 17

“El tipo correcto no necesita ser un príncipe, un sapo, el más hermoso o más inteligente para hacerte feliz de verdad.”

(Pequeña Sirena)

Había pasado la mitad de la noche pensando en nuestro beso y la otra mitad en como se alejó de mí. Todavía podía sentir mi piel reaccionando a su toque, la forma en que se movió contra mí,

como su cuerpo caliente y rígido tocó el mío... yo podía sentir cada detalle, cada segundo en que él me tomaba en sus brazos.

Podía oír claro y en buen sonido, exactamente los ruidos que él dejaba escapar mientras me besaba, la forma en que entreabría los labios y un soplo caliente se escapaba, haciendo mi piel arder. Como él me miraba, cómo sus ojos parecían más oscuros, como ... si fuera una adolescente loca que ganó el beso de un quarterback.

¿Cómo diablos conseguía pisar el suelo de aquella casa y mirarlo como si nada de eso hubiera ocurrido? ¿Como si no hubiera ganado el mejor beso, seguido del peor de mi vida? Me movía en mi habitación como si estuviera siendo observada por Théo; cada paso, cada movimiento, era como si sus ojos me estuvieran siguiendo.

¿Cómo sería entonces cuando entrase por aquella puerta? ¿Cuándo finalmente me mirase?

Ciertamente no quería saberlo. Me sentía enferma y mi estómago revuelto era la prueba. Tal vez había cogido alguna virosis; tal vez debía llamarle y decir que no era capaz de ir porque no me sentía bien. O tal vez sólo estaba muerta de miedo de estar segura sobre todo lo que había deducido a lo largo de los meses de relación de los dos.



Así que entré por la puerta, El Gato corrió hasta mis pies, chocando su cabeza en mi pantorrilla y frotando toda la extensión de su cuerpo hasta llegar a la cola, entonces él maulló, perezoso, mientras caminaba hasta su pote vacío.

— Por supuesto que tienes hambre — me bajé, llené su vasija y cogí la parte superior de su cabeza, entre las orejas, mientras él ronroneaba. El Gato soltó otro maullido en gratitud, lo que me hizo apartarme antes de que él clavara sus dientes en mí.

Subí las escaleras hasta el cuarto de Ariel y abrí la puerta. La cuna estaba vacía, lo que no era totalmente extraño, porque en los últimos meses habíamos decorado un hermoso cuarto para ella donde era la oficina de Théo, pero no siempre dormía allí. Algunas veces lloraba durante la madrugada y Théo la escuchaba a través de la niñera electrónica, entonces la cogía y la llevaba hasta su dormitorio para dormir el resto de la noche con ella. Sabía exactamente cuando esto sucedía porque veía su cama recostada a la pared por la mañana cuando llegaba a trabajar.

No necesitaba golpear la puerta de la habitación de Théo porque estaba abierta, entonces simplemente entré, mirando la cama completamente ordenada y alejada de la pared; lo que me hizo estar segura de que ninguno de los dos había dormido en ella. Mi corazón golpeaba fuerte por pensar que Ariel podría haberse enfermado durante la noche, incluso antes de que Théo se fuera a la cama, e inmediatamente lágrimas vinieron a mis ojos mientras alcanzaba mi celular para llamarle.

Mientras caminaba por el pasillo principal del segundo piso hacia las escaleras, una luz del cuarto cine me llamó la atención, así que caminé hacia allá y el alivio recorrió todo mi cuerpo cuando encontré a Théo y a Ariel durmiendo en los colchones.

Ella estaba boca arriba, y una manta cubría su cara hacia el lado opuesto de Théo, mientras él dormía con el rostro girado en mi dirección, su barriga subía y descendía con una respiración pesada; miré más abajo, hacia donde sólo una fina capa del tejido del boxer cubría una maldita erección. Mi cara se quemó en llamas recordando la noche pasada, memorias que

bailaban en mi mente mientras que el sonido de él gimiendo todavía lateaba en mis oídos.

La habitación olía al alcohol, así que hice una exploración en el lugar hasta encontrar un plato con un pedazo de la torta de la noche anterior y una botella de whisky al lado de donde él estaba durmiendo. Lo que sucedió entre nosotros la noche pasada ciertamente había revuelto su cabeza y aquella escena era la prueba viva de su arrepentimiento. ¿En qué estábamos pensando? ¿Por qué hicimos eso? Un suspiro estrangulado escapó sin querer, porque me dolía como el infierno pensar que él probablemente quisiera haber vuelto atrás y mantenido sus manos lejos de mí, porque por más que yo supiera que lo que hicimos era incorrecto, yo jamás cambiaría algo, sentir lo que sentí por Théo la noche anterior fue más allá de cualquier cosa que he experimentado en la vida.

Estaba segura de todo lo que sentía por él. Después de sentir sus manos en mí, sus labios desesperados por los míos y la forma en que él me agarró entre sus manos, como si el mundo pudiera terminarse en cualquier momento, como si me necesitaba para sobrevivir, no tuve más dudas sobre cuánto amaba a Théo. Sobre todas las formas y humores. Cada detalle de él. Y aun sintiendo que lo necesitaba para respirar, yo sabía que no podíamos hacer eso porque sería arriesgar lo que tenía con Ariel; porque aunque necesitaba de él, yo también la necesitaba, necesitaba estar con ella, cuidarla y amarla de cerca, presenciando todas sus nuevas conquistas y cambios, porque yo también la amaba, y también, definitivamente, la necesitaba a mi lado todos los días de mi vida. Desde la primera vez que puse mis ojos en aquella niña, supe que debería estar allí para ella.

Él se movió en el colchón y un gruñido escapó de sus labios, seguido de un murmullo, y entonces él colocó la mano en su cabeza, haciendo una expresión de dolor. Yo hubiera hecho una broma hace un día, porque seguramente tendría gracia, pero en aquel momento muchas cosas habían cambiado; entonces me di cuenta de que nuestro beso ya había cambiado las cosas entre nosotros.

— ¿Todo bien? — mi instinto protector era ridículo, porque yo debería estar furiosa por la forma en que él me echó la noche anterior, pero yo sólo quería ayudarlo a sentirse mejor, porque él estaba realmente mal.

— No tienes que hacerlo Ana.

— ¿Hacer qué? — pregunté, la sangre corrió rápidamente en mis venas.

— Tú ... Dios, sólo no voy a necesitarte hoy — dijo, aún sin mirarme; lo que me hizo querer sostener su cara con fuerza entre mis manos para obligarlo a ver cara y que viera la forma en que me sentía por el hecho de que él era un perfecto idiota.

— Yo... — ciertamente no necesitaba humillarme aún más. Yo no necesitaba preguntar una vez más si quería algo porque él era lo suficientemente grande para hacerlo y yo debería conformarme con el hecho de que Théo no me necesitaba.

¿Por qué esas frases que siempre comenzaban de esa forma conseguían moverme el piso? "Te necesito", "no te necesito". ¿Cuál era su problema, que hacía que las personas fueran sustituibles o qué sé yo? De hecho, no sabía y tal vez iba a morir sin saberlo. Pero probablemente no estaría allí para él cuando eso sucediera porque yo estaría lo suficientemente rota, tal y como estaba en partes en aquel momento, porque Théo se había convertido en una de las personas más importantes de mi vida. Éramos socios criando la misma niña y nos llevábamos muy bien juntos la mayoría de las veces ... entonces él simplemente me alejó como si fuera alguien con quien él compartió la mesa un restaurante lleno.

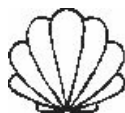
Dejé escapar un suspiro al mirar a Ariel durmiendo tranquilamente, usando una blusa de mangas largas rosa bebé con una pequeña oveja que brillaba en la oscuridad estampada en la

parte delantera. Uno de los regalos que había comprado para ella cuando comenzó a enfriar y que todavía servía, porque ella era lo suficientemente pequeña para que su ropa sirviera unos dos o tres meses antes de que comenzaran a quedarle pequeños.

Las ganas de cogerla en el regazo y besarla mientras le deseaba un buen día creció dentro de mí, porque era automático. Yo la echaba de menos durante el tiempo en que estaba en casa, incluso cuando la dejaba con Théo por una o dos horas. Todos mis pensamientos eran Ariel, incluso cuando estaba fuera, haciendo algo en la calle o algún plan para el futuro.

Tragué en seco y me volví, dejando el ambiente, con rumbo a las escaleras. Lágrimas de rabia vinieron a mis ojos porque aquello era injusto de todas las formas. Ariel no merecía ser abandonada y yo sabía cuánto dolía dentro del alma. Esperas que la persona que te abandonó un día golpeé a tu puerta pidiendo perdón, aunque no sea merecedora de él y tú esperas por eso, porque aunque ella no merezca, tú estás dispuesta a perdonarla, a pesar de no admitírselo a nadie y a pesar de todo el rencor que sienta.

Cogí la caja de transporte de El Gato y lo puse dentro, mientras él chilaba en protesta. Pasaría los próximos tres días, solitaria en mi casa y el hecho de no tenerlo conmigo hacía parecer aún peor. Entonces entré en el coche de la empresa que se quedaba conmigo los últimos meses para que yo pudiera moverme hasta el trabajo todos los días y partí, sin al menos una explicación de Théo sobre él porque había actuado como un idiota, aunque no la necesitaba, porque sabía en el fondo, que él no debería verme como yo quería que me viera, sino como alguien que debía estar allí para cuando lo necesitaran.



Un golpe en mi puerta me hizo saltar del sofá. Usaba una ropa ancha y cómoda; unos pantalones de chándal y una blusa del tercer año que había apartado para la donación, pero había tomado de vuelta con remordimiento. Después de pasar el día todo el mundo viendo documentales sobre investigación criminal en Netflix, yo tenía elaborado en mi mente cien formas de asesinar a alguien; ahora sólo necesitaba saber como ocultar un cuerpo y entonces yo estaría preparada para encarar a Théo el lunes.

Me arrastré hasta la puerta. Sentía dolores por todo mi cuerpo, pero pensé que sólo estaba cansada de no hacer absolutamente nada durante todo el día.

— Adam.

— Oye — él sonrió; su cara ganaba un formato genuino.

— Hola — respondí, sosteniendo la cerradura con fuerza.

— He venido a comprobar cómo estás... — él irguió las cejas, mirando medio confundido — Sobre la gripe y la tos. Traje miel para ti — levantó un bote y el recuerdo me golpeó en el aire, haciéndome sentir la peor persona del mundo.

Habíamos quedado en cenar por tercera vez la noche pasada, pero después del día que hubo entre Théo y yo, simplemente no pude pensar en la hipótesis de estar con otra persona, entonces simplemente mentí; lo que era ridículo, porque Adam era simplemente increíble, además de ser muy guapo.

— Voy a una caminata...

— Oh — tomé el recipiente de su mano, me sentía mal — Me estoy sintiendo mejor hoy. Creo que era sólo un resfrío, o algo así.

— Seguro — él asintió, pero algo me decía que él no me creía.

— Te vi más temprano cogiendo la correspondencia. Pensé que estabas peor porque no fuiste al trabajo.

— Ah, sí, gané el día libre.

— Bien, tú sí que lo mereces — él sonrió, revelando sus dientes excepcionalmente blancos, mientras cerraba la cremallera de su chaqueta corta viento.

— Gracias, Adam, eres increíble.

— No lo suficiente, por lo que veo — se puso la capucha, mientras miraba el interior de mi casa. Las gotas de lluvia comenzaban a caer detrás de él, pero eso nunca le impidió correr antes.

— No sé lo que quieres decir con eso.

— Quiero decir que si estabas realmente resfriada, no estarías comiendo helado.

Miré hacia atrás, mirando el pote sobre el sofá, entonces lo miré con pesar.

Me habría enamorado de Adam si ya no estuviera enamorada de Théo, porque él era simplemente maravilloso, hermoso, inteligente, guapo, y tenía una pequeña empresa exitosa de fotografía, además de su buen sentido del humor inteligente y una conversación totalmente agradable y a veces medio torpe.

Pero él no era Théo a pesar de todo; y aunque yo hubiera intentado acercarme a Adam porque sabía que necesitaba conocer a nuevas personas, en el fondo era consciente de que no funcionaría porque no sentía ese huracán dentro de mí como cuando estaba al lado de mi jefe.

— Lo siento, Adam. Yo sólo ... sólo sucedieron algunas cosas, y ...

— Está bien, Ana. Sólo toma la miel el día en que te toque estar enferma de verdad. Él hizo una diferencia.

Él se volvió, bajó los tres peldaños de mi balcón y empezó a correr mientras que las gotas de lluvia alcanzaban el tejido fino de su abrigo impermeable. Yo lo miré mientras iba, sabiendo que nunca volvería, y me sentía mal por Adam, porque habíamos pasado algún tiempo juntos mientras yo intentaba sentir algo por él, pero simplemente no sentía nada. No por quien era, sino por no ser quien yo quería que fuera.

Karma. Me desperté al día siguiente con la cabeza golpeando, mi espalda, brazos, piernas, todo mi cuerpo dolía. Mi nariz escurría sin parar, mis ojos ardían, mi garganta estaba casi cerrada y todavía me estaba muriendo de sueño, pero no podía dormir, porque mi nariz estaba obstruida y yo no podía respirar.

Mi padre siempre me dijo a lo largo de la vida "No mientas sobre enfermedades, porque Dios castiga ", pero yo siempre lo hacía, y no era la primera vez que ganaba una prueba de que siempre había tenido razón. Yo tomé un café y capriché en la cantidad de leche en polvo, ignorando mi conciencia sobre el exceso de grasa que había ingerido en las últimas horas.

Entonces alcancé mi celular y me tiré en el sofá, encendiendo la televisión y conectando Netflix. El Gato se acomodó en mis pies, ronroneando mientras cerraba los ojos de nuevo para volver a dormir. Pasé el dedo sobre la pantalla, desbloqueándola, y empecé a mirar mis mensajes. Mi corazón latía fuerte al pensar que Théo podría haber mandado algo, pero no. Absolutamente ningún mensaje de él ocupaba espacio en mi aplicación, lo que hizo que mi estómago se contorsionara.

Él estaba siendo absurdamente egoísta conmigo y mi voluntad de mandar un mensaje con todo lo que estaba entallado en mi garganta había sido controlada en las últimas horas, pero todavía estaba luchando por no hacerlo, a pesar de saber que en algún momento de aquel fin de semana dejaría de luchar y lo haría.

Mi hermana me había mandado otro mensaje. Ella se había disculpado un millón de veces a lo largo de las semanas después de nuestra cena desastrosa y yo la disculpé, es claro, porque a pesar de todo ella era mi hermana y no solía actuar de esa forma, de cualquier forma, ella continuaba actuando extrañamente. Ella estaba agresiva, evitaba mis miradas y parecía estar triste siempre que nos habíamos encontrado en los últimos días; y el hecho de que ella estaba evitando mi contacto con Juan. Al principio pensé que ella estaba tratando de vengarse de mí por la forma que traté a Andrew desde que se conocieron, pero después de un tiempo descargué esa posibilidad.

Karen: ¿Qué vas a hacer en tus cumpleaños?

Yo no estaba pensando en hacer nada, tampoco había pensado en ese asunto.

Incluso no recordaba que al mes siguiente me quedaría más vieja, porque mi cabeza estaba ocupada con Ariel la mayor parte del tiempo, y sólo entonces me di cuenta de que sería el mismo día en que ella cumplía diez meses.

Yo: No tengo idea, probablemente iré a aprovechar el pastel de Ariel.

No quería ser grosera con ella, pero definitivamente no quería estar en presencia de Andrew el día en mi cumpleaños. Ni siquiera quería estar en presencia de alguien, porque estaba enferma y decepcionada, lo suficiente para poder pensar en algo que sucedería en una semana, pero me sentí mal al hablar con ella de esa forma, entonces escribí otro mensaje a continuación.

Yo: Me alegraría de pasarlo contigo, Juan y papá.

Ciertamente había quedado claro que el problema no era ella y que yo estaba dispuesta a pasar mi cumpleaños con ellos, después, por supuesto, de mi ritual con Ariel y Théo. Al pensar en mi sirenita, mi pecho se rasgó de dentro hacia afuera con una inmensa nostalgia. Un día y medio sin verla y sentía como si fuera un maldito mes; lo que me dejaba aún más desesperada, porque si Théo resolvía apartarme de ella en aquel momento, después de nuestro pequeño momento que había cambiado todo, creo que no sería capaz de seguir adelante nunca más.

Karen: Perfecto. Pensaré en algo.

Juan mandó un “Hola, Ana banana”. Y sonreí como una tonta, porque conseguía imaginar la voz de mi sobrino llamándome por ese apodo, entonces escribí un mensaje para él y

dejé mi celular en un rincón del sofá, acomodándome entre las almohadillas y me quedé dormida.

Me arrastré hasta la puerta, mi nariz escurriendo, mis ojos llorando y un gran cansancio, entonces giré la cerradura y estiré el brazo para desbloquear el coche, antes de caminar hacia él. Yo necesitaba urgentemente ir hasta la farmacia, porque no aguantaba más. Había pasado todo el día procrastinando con el pensamiento de que iba a mejorar, pero sólo me sentía peor cada segundo.

— Dios, estás mal.

— Adam..

— Ana — se apoyó en la puerta, forzando el peso del cuerpo en una pierna — Pareces estar muy enferma hoy.

Karma, amigo mío.

— Me siento mal hoy — él sostuvo una sonrisa perversa en la cara, apuesto que estaba haciendo bromas internas sobre mi situación.

— ¿Vas al médico? No pareces estar bien para conducir — como él se preocupaba por mi, a pesar de todo sólo demostraba cuánto podía ser increíble.

— Voy a la farmacia.

— Te llevaré — él tiró de la puerta y me extendió una mano, que acepté con mucho gusto, porque yo no era una gran conductora en mi mejor estado, imaginen lo que sería de los peatones si saliera de esta forma.

— Gracias, Adam.

— Esta bien — lo acompañé hasta el cercado al lado, donde su coche estaba estacionado — ¿Has tomado la miel?

— Sí, era horrible, por cierto — él soltó una carcajada.

— Gracias. Receta de mi madre.

— Oh, no quise ...

— Está bien, esa mierda es horrible, pero lo hace bien.

— Voy a tratar de tomar un poco más cuando llegue — él asintió, volviéndose al rincón.

— Ah, perdón, Adam, sólo vas por el camino equivocado, tengo que ir hasta “Farmamemos”; es donde yo pago por la mitad del precio de los medicamentos — Théo había incluido el convenio médico a mi contrato de trabajo, además de una tarjeta de descuento en una farmacia acreditada.

— Oh, cierto. Sin problemas — Él dobló la esquina volviendo a la avenida principal.

— ¿Tú sabes dónde queda?

— ¿La parte noble de la ciudad? Si, lo sé — sonreí, sorbiendo mi nariz — ¿Trabajas por ahí, no?

— Sí, cerca de la farmacia, por cierto — mi corazón perdió el ritmo al pensar en Théo y en la forma en que lo extrañaba sólo por quedarme lejos un día y medio, y maldije mentalmente mi falta de amor propio, porque ciertamente debería estar odiando a aquel hombre.

— Oh, bueno.

— Eh ...

Minutos más tarde, Adam estacionó en el amplio estacionamiento de la droguería, apagó el motor del coche y me miró, una pequeña sonrisa jugando en sus labios.

— ¿Quieres que entre contigo? — preguntó, sosteniendo la llave en la ignición, esperando una respuesta.

— Estoy bien. No llevaré más que unos minutos.

— Seguro — él flexionó el cuerpo hacia atrás, entrelazando los brazos detrás de la

cabeza — Estaré bien aquí.

— Gracias — dije antes de abrir la puerta y salir.

No sólo me sentía pésima como debería estar. Usaba un pantalón de gimnasia y una campera gastada de Texas con capucha, la cual me puse al salir del auto. El quedarme en contacto con la lluvia, me obligó a correr hasta las puertas de cristal, sobre pequeños charcos de la lluvia. Después de conversar con la farmacéutica y recoger los medicamentos para mi gripe de karma, volví a pasos agigantados hasta la puerta de la entrada cuando escuché un llanto alto y fue entonces que mi mundo se paró.

— Theo — Él parecía tan abatido como yo. Ariel inmediatamente dejó de llorar, levantando sus brazos para mí, pero no podía acercarme mucho porque estaba enferma.

— ¿Ariel está bien? — pregunté impulsivamente.

— Estamos con un resfriado ... al parecer tú también — sus ojos vagaron por mi cuerpo, entonces él fijó la mirada en mis labios.

Oh, mi buen y maravilloso Dios.

— Oh, sí yo también estoy. Creo que no hay problema en que la tome en brazos entonces

...

— Claro que no — él flexionó a Ariel, que continuaba con los brazos abiertos.

— Hola, sirenita. Te extrañé mucho — besé su cuello mientras la sacudía hacia arriba hacia abajo, haciéndola sonreír — Te ves muy bien, a pesar de estar enferma — Théo dejó escapar un suspiro, lo que me hizo verlo.

— Fueron dos largos días.

Bueno, para que aprendas a no dispensarme, idiota.

— Pronto estará bien — lo ignoré, mirando a Ariel de nuevo — Y entonces, pequeña, apuesto que tu remedio es mucho más dulce que el mío. —ella sonrió, haciendo ruidos adorables, mientras se agitaba en mi regazo.

Necesitaba dejarlos ir, necesitaba volver a Adam, pero mi corazón dolía en saber que sólo la vería el lunes, entonces aún pasaría un día entero sin ella. Sin él. Yo lo miré, sus ojos estaban fijos en mí, y a pesar de que Théo estaba enfermo, parecía tan sexy como el infierno dentro de aquel moletón gris. Verlos a los dos juntos y solos en un lugar que no era su casa hizo que mi corazón se enfermara, porque aquello significaba que no necesitaban más de mí, porque siempre que Théo necesitaba salir con Ariel, él me llamaba y yo le ayudaba con todo. Éramos tres siempre.

Yo besé su mano mientras ella calcaba su cabeza en la curvatura de mi cuello y se anidaba en mi regazo. Yo quería robarla para mí esa noche.

La forma en que actuaba naturalmente conmigo, como ella se sentía cómoda en mi regazo, siempre hacía que mi corazón se calentara, porque habíamos construido esa relación durante unos largos nueve meses.

— Siempre es difícil de todos modos — dije a Théo, a pesar de no estar mirándolo.

— Sí — su voz era un susurro casi inaudible y hacía que mi pecho se quemara en llamas.

Dejé escapar un suspiro pesado, mientras caminaba hasta de él, entregándole a Ariel. Ella pegó sus brazos en mi cuello, gritando en protesta.

— Eh, sirenita, Titia se pone muy triste así — no entendía, por supuesto, pero la forma en que dejaba mi voz mansa hacía mirar y saber que era algo importante. Ella soltó los brazos, acomodándose al cuello de su padre — Nos vemos lunes, ¿verdad? — toqué su nariz, y ella sonrió — ¡Adiós! — balanceé la mano y ella imitó de forma desajustada.

— Ah, Ana — una voz detrás de mí pronunció mi nombre, haciendo que Théo mirara a por encima de mis hombros. Me volví para mirar a Adam, quien caminaba hacia mí, poniendo una mano en mi espalda — Recuerdo que estaba sin analgésicos, entonces decidí comprarlos.

— Adam, él es Théo y ella es ...

— La sirenita — él abrió una amplia sonrisa, mirando a Ariel, quien también le sonrió.

Yo desvié los ojos a Théo, quien había cambiado completamente su postura, ahora mucho más erguido y rígido. Adam estiró el brazo como saludo y él lo aceptó con el apretón de manos más largo de la historia de los apretones de manos.

— Es un placer conocerte, Théo — Adam dijo educadamente, actuando de la misma forma adorable de siempre.

— El placer es mío, Adrián.

— Adam — lo corregí con rispidez. Sabía que él estaba siendo un idiota y me hubiera gustado mandarlo a coger en ese momento porque no tenía idea del motivo por el que estaba actuando de esa forma si no quería nada conmigo — Hasta el lunes, Théo — besé la mejilla de Ariel, sin mirar hacia él, entonces me volví para salir.

— Hasta luego — dijo Adam, presionando mi lumbar, mientras me seguía.

Todavía podía oír los gritos de Ariel cuando llegué a la puerta de salida de la farmacia, entonces empecé a correr hasta el coche, ignorando los golpes frenéticos de mi corazón, sintiendo mis ojos quemar, porque uno: yo no quería dejarla, y dos: tampoco quería dejar a su padre, aunque él fuera un completo idiota.



Capítulo 18

“No es tan fácil fingir que no me preocupo por ti, que no me importa con quien hablas, donde caminas y decir que no siento celos. No es fácil decir que el todo, es nada.”

(Pequeña Sirena)

Además de la vez que tomé una botella de tequila con Carol después de terminar la escuela secundaria, la noche pasada fue la noche en la que más dormí en mi vida. Me acosté a las ocho de

la noche y terminé despierta después del mediodía, gracias a la cantidad abusiva de jarabe que había consumido antes de dormir.

Me sentía por lo menos cincuenta por ciento mejor; lo que era genial, porque al día siguiente probablemente estaría casi el cien por ciento de nuevo. Tomé un café fuerte y me senté en el sofá, cogiendo el control remoto y mi celular. Eso era mi pequeño ritual de los fines de semana que se repetía por un día más, pero que cada vez me estaba dejando más y más aburrida. Abrí mi aplicación de mensajes y empecé a leer cada una de ellos. Mi padre preguntó si estaba mejor, Carol me actualizó sobre su matrimonio que sería el próximo año, mi hermana había enviado una foto de Juan plantando bananero y sonriendo sin los dos dientes del frente, haciéndome dar una carcajada alta y responderla inmediatamente, y Dios mío ...

Theo

Theo: Lo siento por actuar como un idiota.

Él había enviado ese mensaje en medio de la noche, lo que sugería dos cosas: o él estaba alimentando a Ariel, lo que creía poco probable, porque casi no se despierta más en medio de la noche para comer, o él estaba borracho.

Miré la pantalla de mi celular durante diez minutos, sin saber lo que podría escribir para que él supiera cómo me sentía, pensando en un millón de formas de hacerlo sentir una basura, de la misma manera que me sentí cuando él prácticamente me ha echado de su casa. Pero yo sabía lo que debía hacer, aunque eso costase mis palabras entalladas en mi garganta, porque sería mucho más como un puñetazo sobre una herida aún abierta, ya que Theo estaba acostumbrado a tener a todos corriendo detrás de él.

Yo simplemente lo ignoré, porque yo sabía que el silencio dolía mucho más que mil palabras, porque, sin dudas, si mi madre me hubiera dejado una carta, como la madre de Ariel lo hizo, yo al menos sabría porque diablos ella me estaba abandonando. Pero no, ella simplemente no dijo nada. No para mí, por lo menos.

Dejé mi celular a un lado y me hundí en medio de los cojines, intentando prestar atención a la programación que pasaba en la televisión, pero yo simplemente no era capaz. Las memorias de Theo en la farmacia todavía estaban frescas en mi mente, entonces repasé todo de nuevo en mi cabeza cada detalle, desde la forma en que me miró, rodando sus ojos por todo mi cuerpo y mirando con precisión mis labios, hasta la forma como su mirada cambió completamente al mirar a Adam.

Tal vez él pensaba que estábamos juntos, porque había visto un mensaje de él en mi celular esa noche, la noche en que nos besamos.

Tal vez hasta él haya pensado que yo lo había traicionado por el hecho de estar juntos en la farmacia dos días después del beso. Yo necesitaba saber cómo estaba Ariel, necesitaba preguntar por ella, pero no quería hablar con él. ¿Hasta qué punto podría dejar que eso interfiera en mi relación con Ariel? Porque, obviamente, ella no tenía nada que ver con aquel desorden que habíamos hecho. Entonces decidí matar a dos conejos con una sola cucharada: me quedaría algún

tiempo sin responder y por la tarde le preguntaría por ella.

Era las tres de la tarde cuando me levanté del sofá para prepararme algo de comer, y después de notar que me faltaban muchos alimentos en los armarios, decidí ir hasta el supermercado del barrio de al lado. Después de elegir algunos alimentos y pagar por ellos, salí por las amplias puertas hacia el estacionamiento y sólo entonces, cuando estaba dentro del coche, tomé mi celular para enviarle un mensaje a Théo, mientras ponía en marcha el vehículo.

Yo: ¿Cómo Ariel está?

Théo: Ella mejoró mucho, entrando en el baño ahora.

Yo: Me siento mejor sabiendo que ella está bien

Mi corazón bombeaba rápidamente, haciéndome respirar con dificultad. Eran palabras simples, pero que calentaban mi pecho de mil formas. Una de ellas por saber que

Ariel estaba bien y la otra, por saber que él estaba en contacto conmigo en aquel momento, porque eso hacía que él estuviera pensando en mí en aquel segundo, y tal vez, quien sabe, hasta estar pensando en nuestro beso.

Solté un suspiro pesado. El hecho es que a cada maldito minuto que pasaba, los extrañaba cada vez más a ambos. Era capaz de sentir su ausencia en mis huesos, principalmente después de lo que sucedió entre nosotros, porque yo quería más ... yo definitivamente lo quería conmigo, aunque intentaba negarlo en mi interior.

Ciertamente aquel mensaje era suficiente para que él supiera que yo había ignorado su petición de una disculpa, que en realidad no era un pedido, era sólo un "Siento mucho", que probablemente ni siquiera lo hacía sentir. Conociendo a Théo de la forma como yo lo conocía, estaba segura de que si pudiéramos regresar en el tiempo, él habría actuado exactamente igual.

Doblé la esquina, tomando la vía expresa, cuando oí un desbordamiento muy alto.

A continuación, el coche giró dos veces, y luego golpeó en algo más, haciendo que mi cabeza golpeará fuerte contra el volante. Sentí un gusto metálico en la boca y llevé la mano hasta ella, y estaba sangrando. Entonces empecé a pasar la mano por mi cara en los lugares donde me dolía y constaté que habían algunas heridas.

Mi cabeza dolía, pero no tanto como mi pie, preso debajo del hierro del embrague, que probablemente había entortado. Yo grité cuando traté de sacarlo de allí y una leve mareada hizo que mi estómago se contorsionara, haciéndome poner las manos sobre mi boca cuando pensé que iba a vomitar.

Miré fuera de la ventana, que debería estar cerrada, pero no había más vidrio en ella. El tumulto empezaba a formarse alrededor, entonces miré hacia el otro lado y había otro coche golpeado allí. Un hilo de sangre corrió sobre mi ojo, y lo cerré.

Me golpeé tratando de alcanzar el móvil y sólo un nombre vino a mi mente por lo que yo hice una llamada, pero Théo no la atendió; lo que me hizo repetir por más cinco veces. No obteniendo respuesta, llamé a Adam, quien era la persona más cercana de donde yo estaba en ese momento, porque llamar a mi padre y decir que había sufrido un accidente me parecía alarmante.

— Hola Ana.

— Adam, yo ... sufrí un accidente, estoy en el cruce de la calle J con el 13 de mayo y siento que voy a desma...



Capítulo 19

Theo

Intentaba vestir a Ariel con algo, mientras ella cogía todos los objetos que estaban a su alrededor, como pañuelos, pañales, pomadas, el control de la televisión y mi celular. No sabía cómo Ana era capaz de vestir a Ariel con tanta agilidad y sin dudas ella debería ganar un premio de mejor columna del año, porque estar inclinado sobre la cama por minutos vistiendo a una niña exigía más esfuerzo que cualquier actividad física que ya había hecho en la vida.

Cuando terminé de ponerle una ropa en Ariel, la puse más atrás en la cama sólo para que pudiera correr hasta el baño de la suite para tirar un pañal a la basura y cuando volví, mi celular estaba en su boca. Ella apretaba el botón del medio mientras babeaba mi teléfono.

— ¿Tus cinco mordedores nunca serán suficiente, sirenita? — saqué mi celular de sus manos, mientras ella colocaba una cantidad de baba hacia fuera de su boca, haciendo espumas y dando gritos — Eh, papá sabe lo mucho que te gusta el celular.

— Papá.

Dejé absolutamente todo lo que estaba haciendo, abriendo la boca como un completo idiota, mirando a mi hija como si ella hubiera descubierto la cura para el cáncer. Mi pecho se calentó con su expresión, mientras ella torcía el cuello hacia el lado, haciendo una carita enamorada, parpadeando fuerte para mí. Yo quería gritar muy alto que acababa de pronunciar por primera vez la palabra papá. Ella notó mi cara de bobo, aún sin palabras, y repitió:

— Papa.

¡Dios, yo quería llorar! Me sentía tan idiota y feliz. Volteé al lado, sin saber qué hacer. Quería correr para contarle a Ana que ella estaba diciendo papá y burlarme de ella por ponerse furiosa de que Ariel no hubiera intentado pronunciar Ana, porque yo sabía que ella estaba tratando de hacerla hablar en los últimos meses.

— ¡Dios, pequeña! ¡Cómo eres inteligente, mi amor! — le tomé en el regazo, colocándola sentada en mi antebrazo, mientras la balanceaba de arriba hacia abajo — Di papá — ella apenas sonrió, soltando gritos finos mientras la movía — Papá, Ariel, papá. — ella comenzó a carcajearse, haciéndome reír alto — Papá.

— Papa.

La besé, aplastando su mejilla, mientras ella gritaba, poniendo sus manos en mi rostro en protesta. Era extraño no tener a Ana junto a nosotros, porque ella estaría diciendo algo como “déjala en paz, Théo” o “Deja de arañarla con tu barba”. Yo no me incomodaba con sus críticas; por el contrario, me gustaba su ruido, me gustaba cómo me sentía cuando ella estaba con nosotros o de los ruidos nada sutiles de las tapas de las ollas cuando ella estaba en la cocina preparando algo, incluso sabiendo que yo tenía alguien que hiciera eso para mí. De la forma en que ella cuidaba de todo sin sentirse obligada a nada, sin importarle, sólo porque quería hacerlo. Amaba el sonido de sus pasos llegando hasta mi habitación por la mañana buscando a Ariel, y el sonido de su voz; me encantaba su manera que saludar a mi hija al llegar. Y la forma en que ella le sonreía a Ana, como si era el mayor tesoro de su vida.

Y de repente todo aquello podría estar a punto de acabar y probablemente yo no sería capaz de sentarme con Ana y decirle que nuestros días con Ariel tal vez estaban contados. Ni con todo el alcohol que ingerí en las últimas dos madrugadas mientras Ariel dormía ajena a mi dolor yo no sería capaz de mirar a Ana y decir eso, porque una cosa era mantener mi miedo para mí, en mi consciente, y otra muy diferente era pronunciar en voz alta la frase que más temía durante nueve meses. La madre de Ariel volverá.

La pantalla en mi celular se encendió en mi mano con la notificación de un e-mail y cuando esto sucedió, noté que había varios llamados perdidos de Ana.

Desbloqué el aparato, alejándome de Ariel mientras regresaba el llamado, pero nadie contestó; lo que me hizo repetir por cinco veces seguidas y nada.

Ana siempre atendía el celular rápidamente y ella nunca me llamaba más de una vez, luego de que yo no atendiera, porque sabía que volvería la llamada cuando lo viera, algo estaba mal y era claro. Miré en la aplicación de mensajes y su última vista fue exactamente en el minuto en que habíamos intercambiado algunas palabras sobre Ariel.

Miré a mi hija en el regazo y ella me miraba con una expresión seria, como si entendiera mi aflicción. Tuve ganas de correr hasta su casa, pero necesitaba controlarme porque tal vez ella sólo había llamado para darme alguna noticia o pedirme algo. ¿Cristo, a quien estaba tratando de engañar? Ana nunca me pedía nada, era bastante orgullosa; y no era como si fuéramos mejores amigos o novios como para que ella no pudiera esperar hasta el día siguiente para contarme algo.

Rastree el coche de la empresa porque posiblemente hubiera sucedido algo con ella y en la aplicación mostraba que el coche estaba parado en una calle cercana a su casa, lo que era extraño porque era una vía expresa y no era como si ella pudiera pararse ahí en cualquier otro momento, entonces permanecí con la aplicación del rastreador abierto por dos minutos, pero el coche no se movía. Si ella estaba en la fila, lo que era casi imposible porque era domingo, Ana ya habría andado al menos un poco con el coche. Entonces abrí mi GPS, conectando la dirección de su casa, mirando las informaciones sobre aquel trayecto y cinco minutos después tenía una respuesta dicha por una voz robótica.

El trayecto llevará cerca de veinte minutos, “accidente en la calle 13 de mayo”

Imaginé donde Ana estaría, en el hospital donde yo le había proporcionado convenio médico, entonces corrí allí. Yo estaba desesperado, mi mente giraba mientras conducía el coche. ¿Cómo diablos no vi sus mensajes? Mi cabeza aplastaba mientras me castigaba por la falta de atención hacia ella, porque tal vez hubiera podido cambiar algo. ¿Había algo que cambiar? ¿Había ocurrido algo con Ana? Yo no sabía, porque no atendí mi celular de mierda.

Mi pecho se quemaba por dentro, con miedo. Dios, yo estaba muriendo de miedo de que algo le hubiera sucedido a Ana. No sabía lo que sería capaz de hacer, no sabía cómo sería capaz de vivir sin ella y aquel pensamiento me aterrorizó tanto como perderla, porque no tenía idea hasta ese momento.

Y de repente todo parecía del revés: la vuelta de la madre de Ariel, el miedo de perder mi hija, como me sentía al besar Ana y cómo me sentía en ese momento al momento pensar que podría perderla. Cristo, la necesitaba. Había pasado los últimos nueve meses con ella dentro de mi casa todos los días, compartiendo cada momento importante de mi vida, conquistando cosas con ella, queriendo follarla cada minuto de mi día y Cristo, los últimos dos días apenas pensando en el gusto que sentí cuando besé su boca.

No podía dejar de pensar en la forma en que ella gimió bajo mi boca, como yo sentía que su cuerpo se calentaba con mi tacto, la forma en que se contorneó bajo mi cuerpo y de cómo me sentía al hacerlo. Me quedaba duro sólo en pensar aquella noche, porque por más que yo intentaba convencerme de que no la quería, de que yo estaba solo excitado por tener una mujer agradable caminando por mi casa todos los días, yo sabía que era mentira, que yo estaba tratando de engañarme. Porque Ana no era sólo deliciosa y no sólo me excitaba. Ella era inteligente, altruista, rebelde y espontánea, y estar cerca de ella, aunque por pocos minutos a lo largo de un día, me hacía sentir mucho mejor y más tranquilo. Sin duda, teniendo una dosis diaria de Ana, me convertí en un hijo de puta enganchado. Entré en el hospital, y corrí hasta la recepción en busca de información; Es cierto que yo estaba seguro de que Ana había sufrido un accidente, pero fue un choque oír la voz de la recepcionista decir su nombre y su habitación. Corrí escalera arriba, evitando la lentitud del ascensor y cuando llegué al segundo piso, visualicé a su padre sentado en una de las sillas de espera. Yo no lo conocía personalmente, pero Ana siempre me mostraba cuando él cambiaba su foto del perfil en la aplicación de mensajes y no tenía como no reconocerlo usando esa boina.

— ¿Cómo está ella? Por favor, no me diga que algo ha suc ...

— Calma, muchacho — él se levantó quedando frente a mí, mientras yo respiraba jadeante — Ella está bien.

Un alivio enorme recorrió cada músculo en mi cuerpo, haciéndome soltar un gruñido estrangulado de alivio. Sólo entonces percibí que había mucho aire reprimido en mis pulmones, lo solté, exasperado.

— ¿Bien, cómo? ¿Cuánto está bien? — su padre abrió una pequeña sonrisa, mientras sacaba el celular, que identifiqué como de Ana, del bolsillo.

— Tú eres Théo, por lo que veo — él miró a la pantalla del aparato, después me miró a mí.

— Ah, sí, lo siento ... — yo estiré el brazo, saludándolo — Es un placer finalmente conocerlo, Sr. Martinelli.

— El placer es mío, hijo — él sostuvo el apretón de mano por el tiempo suficiente, como para que yo pudiera desconfiar.

— ¿Y entonces? — pregunté afligido.

— Ella tuvo algunas heridas en su cara. Tuvieron que hacerle algunos puntos en la frente y su boca está cortada y bien hinchada... —él hizo una pausa, mientras miraba una de las puertas— Su pie quedó atorado debajo del hierro del embrague y terminó torciéndose, pero fue sólo una torsión, aunque parezca bien feo. Algunas semanas con una bota ortopédica y algunas sesiones de fisioterapia y estará como nuevo.

Conforme las palabras salían de su boca, yo ansiaba cada vez más correr hasta su cuarto y verla con mis propios ojos.

— Haré lo posible para que ella tenga siempre el mejor acompañamiento.

— ¿Y todo eso es la bondad de un jefe preocupado? — su pregunta me había dejado sin palabras ya que no me la esperaba, por lo tanto no sabía cómo contestar.

— Bueno ... yo ... — hice una pausa. Pocas veces me habían dejado sin hablar en la vida y aquella sin duda era una de ellas. Ana tenía a quien tirar. Toda su espontaneidad en hacer preguntas ciertamente había sido la herencia de su padre.

— Cálmate, muchacho ... estoy bromeando — alegó, sentándose en una de las sillas de nuevo, apuntando para que yo lo hiciera también.

— ¿Cuándo podré verla? — pregunté ansioso.

— Cuando el novio de Ana deje la habitación.

Sus palabras dolieron más que un puñetazo y yo lo miré, confuso, había imaginado que Ana tenía algo con ese tipo, pero no pensé que era tan serio, porque nos habíamos besado y aquello quería decir que uno de nosotros no significa tanto para ella, y entonces la respuesta vino a mi mente, cogiendo la pata de mi cabeza: no significaba mucho porque era él quien estaba allí con ella.

Permanecí sentado, aterrorizado, sintiéndome un completo idiota al mismo tiempo en que sentía la necesidad de quedarme hasta ver con mis propios ojos como estaba Ana. Tal vez yo fuera un hijo de puta egoísta, ya que parte de mí quería aprovechar el momento para intentar un acercamiento, porque me sentía quebrado después de que ella simplemente comenzara a actuar de forma diferente conmigo. Tal vez no hubiera sabido cuánto la necesitaba, hasta que el miedo de perderla me hubiera dominado... y no, no estoy hablando de su trabajo con Ariel.

Encontré en Ana lo que jamás pensé que podría tener con alguien, entonces de pasar una vida entera regada a sexo, alcohol y una cota alta de mujeres que estaban conmigo por dinero, finalmente había visto lo que es tener una persona que estuviera dispuesta a dejarlo todo por ti. Yo nunca tuve nada de eso: mi padre era un idiota de mierda y mi madre estaba siempre siendo

manipulada por él. Su mayor preocupación siempre había sido su relación con mi padre, hasta que ella dio un basta y empezó a ver a sus dos niños. Pero, de todos modos, nunca tuve a alguien que se preocupara por los pequeños detalles, como por ejemplo montar un árbol de navidad, como lo hizo. Yo nunca tuve uno, había comprado aquel el año anterior, quería dejar mi casa más "humana", pero desistí de ello en el momento en el que el correo la entregó en mi puerta, entonces Ana la encontró y lo montó, aunque fuera por un solo día, sólo para que Ariel tuviera contacto con la Navidad.

Y entonces Lindsay... Eran las únicas cosas que podía pensar. Lindsay y Ana.

La puerta de la habitación se abrió e inmediatamente los ojos de Adam me encontraron sentado en una de las sillas. La sonrisa de su cara fue sustituida por una línea rígida, exactamente como yo lo hice. Mis ojos rodaron detrás de él en busca de Ana, pero yo no podía verla, entonces me levanté, cambiando mi postura.

— ¿Cómo está ella? — estaba pasando por encima de mi orgullo cuando lo pregunté, sorprendiendo con la forma en que yo estaba actuando. ¿Cuándo fue que sucedió?

— Théo, hola — él estiró el brazo, saludándome. Un hermoso puño en mi cara después de la noche pasada cuando lo traté como una mierda en la farmacia — Ella estaba con mucho dolor, entonces aumentaron la dosis del remedio y ella se apagó — su padre suspiró a mi lado mientras se levantaba.

— Ve, chico — él dio una palmadita en mi espalda mientras una sonrisa jugaba en su boca — Antes de que tú necesites atención médica también — yo seguí su risa mientras asentía.

— Sí, gracias. Voy allá ... — caminé hasta la puerta, mi corazón golpeando como un loco, me causando ceguera y falta de aire.

— Théo, entrégalo a Ana, por favor.

Él apretó un botón antes de entregármelo y la luz de la pantalla se encendió, haciendo mis ojos fijarse en ella, entonces sentí un mareo al mirar la foto que la llenaba. Era Ariel, Ana y yo como el resto de la pantalla, frente al pastel. Yo la apretaba por la cintura, forzando su cuerpo contra el mío, mientras ella me miraba con una expresión de rabia y Ariel sonreía a nuestro medio. Fue nuestra última foto juntos; ella no me la había mostrado y ahora sabía el motivo. Nosotros parecíamos una pareja y yo no tenía idea de cómo éramos perfectos juntos hasta mirar esa imagen. Entonces un miedo aún más grande se apoderó de mí ser, porque sería aún más difícil contarle sobre Lindsay, sobre que ella estará regresando de fuera del país para un trabajo en Brasil en menos de dos meses y sobre la certeza de que ella tocaría en mi puerta.



Capítulo 20

“Él tenía algo que ningún otro tenía: Mi corazón, todo de él y para él.”

(Pequeña Sirena)

Ana

Dios, Ana!

Abrí los ojos lentamente, el resplandor de las lámparas fosforescentes me cegaba, mientras que un oscuro borroso bajo ella me hacía volver a ver lentamente. Estaba drogada, el exceso de remedio casi me había dopado, pero oír su voz hizo que cada músculo de mi cuerpo despertara. Dejé escapar una pequeña sonrisa, barriendo todas nuestras mierdas hacia abajo de una alfombra, mientras su mano tocaba el lateral de mi cara y una expresión ilegible estampaba la suya. ¿Qué significaba?

Significaba todo. Y un poco más.

— Pensé ... Mierda, Ana, lo siento por no atender — asentí, mis ojos estaban llenos de lágrimas. Yo estaba bien, nada había pasado conmigo, pero mirarle de esa forma me hizo saber cuánto miedo tenía de no verlo nunca más.

— Ariel — dejé escapar al recordar que sólo los dos le cuidábamos, entonces debía haberla dejado con alguien.

— Está con mi hermano y Katy — dejé escapar una pequeña sonrisa de satisfacción, pero gruñí al sentir mis labios doler al estirarse — La estaba bañando cuando me llamaste — asentí, cerrando los ojos por unos segundos antes de abrirlos de nuevo.

Théo estaba lindo, usando una camisa de lino de mangas largas de color negro, que realzaba aún más el tono de azul de sus ojos. Su nariz estaba levemente rojiza y sus ojos rojos demostraban que aún no se había curado completamente de su gripe. Él deslizó su mano lentamente sobre mi rostro y curvé mi cuello hacia el lado, raspando mi piel en su mano. Sentirlo sobre mi piel me recordaba el millón de sensaciones que sentí al ser besada por él.

— Me imaginé que tuviera... — mis palabras salieron arrastradas, mientras aún mantenía mis ojos cerrados.

— Eres una pésima conductora — un suspiro pesado escapó de sus labios y el soplo alcanzó mi rostro.

— Lo sé, pero independiente. Es mi lema — una carcajada mansa resonó en el cuarto casi vacío mientras él alejaba sus manos de mí, me sentía vacía.

— Te extrañé — mis ojos se abrieron después de escuchar su confesión.

— Por favor, Théo, busca mi celular... necesito registrar este momento.

— Deja de decir frases largas, tienes que descansar. Además, tu padre me pidió que te lo entregara.

— Okay ...

En el momento en que lo tomé, la pantalla se encendió con la notificación de un nuevo mensaje, lo que me hizo girar la pantalla en dirección opuesta a mi cara, escondiendo nuestra foto, pero una pequeña sonrisa encendió en su cara, haciéndome ansiar por sus próximas palabras.

— Vi nuestra foto — dijo, cogiendo mi celular de vuelta y mirando la pantalla — Me disculpo por la forma en que actué contigo el jueves por la noche cuando...

— ¿Cuando me besaste como si el mundo se acabara y luego me echaste como si no significara nada para ti? — Théo levantó la mirada, manteniendo sus cejas unidas, sosteniendo una expresión pensativa.

— No hables como si no significaras nada para mí, Ana.

— No creo que signifique más que alguien que tú sueles tener como estepa.

Sus labios formaron una línea rígida, mientras cerraba el puño, sobre la sábana helada de la cama de hospital.

— No creo que estés en condiciones de discutir ahora, Ana. Yo ... lo siento por actuar como un idiota, por no atender tus llamadas, y por todas las otras mierdas... pero no por eso, porque tú significas mucho más de lo que jamás conseguiría expresar.

— Está bien, Théo. Adam me atendió y aquí estoy.

Estaba nerviosa, en mi pecho se formaba un nudo por la forma en que había dicho aquéllas palabras, con miedo, nerviosismo, pero también, admiración. Y, a pesar de todo lo que sentía, una parte de mí quería herirlo. Quería que se decepcionara tanto como yo en la noche del último jueves, entonces tal vez, sólo tal vez, él pudiera sentir lo que era tener un corazón roto.

Su mirada se desvió a la ventana cubierta por una cortina metálica de la persiana y su rostro sostenía una expresión ilegible, líneas que yo no era capaz de leer, pero cuando su mirada cayó sobre mí nuevamente y sus cejas se unieron en confusión, él abrió la boca dos veces, antes de que las palabras salieran por ella, llegando a mí con brusquedad.

— Tú me estás juzgando, diciendo que no me preocupo por ti, pero por lo menos yo no tengo alguien. Tú estabas conmigo hace dos noches, al mismo tiempo en que de alguna forma estaba con él.

Había una cierta verdad en lo que él decía, porque Adam y yo no estábamos juntos físicamente, ni en una relación, pero estábamos caminando hacia una, o insistiendo en ello. Yo estaba intercambiando mensajes con él minutos antes de que Théo pusiera sus manos sobre mí, lo que hacía que sus palabras tuvieran un verdadero significado.

— Tienes razón, Théo ... no creo que esté en condiciones de discutir ahora — dije, desviado la mirada.

— ¿Cuándo volverás a casa? — preguntó ansioso, y pensar en el mañana me causó una picazón en el pecho.

— Mañana ... — yo lo miré, pensando en una forma de convencerlo a dejarme encargarme de Ariel, pero no podía pensar en nada. Llevaba desde el jueves sin pasar tiempo alguno con ella y eso me estaba matando — Yo... puedo volver a...

— De ninguna manera — dijo, sabiendo lo que yo diría a continuación.

— Lo necesito, Théo.

— Podemos arreglarlo, Ana. Yo no dije que no puedes quedarte con ella, pero definitivamente no puedes trabajar en este estado. Necesita adaptarte a la bota e iniciar tus sesiones de fisioterapia — asentí. Parte de mí quería saber cómo sabía sobre todo aquello y la otra estaba feliz de que él se preocupara por mí.

— Todo bien. Pero necesito ver a Ariel cuanto antes — él esbozó una sonrisa.

— Ella te necesita también, Ana — desvié la mirada de nuevo, porque Ariel era mi talón de Aquiles —. ¿Y cómo sabes sobre la bota y mi pie jodido?

— Tu padre me contó. Extrañé tu vocabulario; Además, creo que tu sentido del humor fue heredado de él — sonreí imaginando las cosas que mi padre debió haber dicho, pero solo ahí me di cuenta de que papá le entregó mi celular a Théo, sabiendo que me vería enseguida, porque, sin dudas, él quería que él viera la foto que había comentado antes, cuando tomó el aparato para cargar.

— Es lo que dicen — moví los hombros, pero solté un gruñido al hacerlo porque todo mi cuerpo dolía.

— Tengo que irme — sus palabras me hicieron sufrir inminentemente, porque él ni siquiera se había ido y ya lo extrañaba — Cuando te den el alta mañana, me mandas un mensaje ... necesitamos hacer un boletín de incidencia y accionar el seguro.

Su mano tocó la mía y su mirada cayó sobre ella, mientras él pensaba en algo. Un suspiro trémulo dejó sus labios, haciéndome ansiar al día siguiente. Él me miró con vehemencia, sacando un mechón de pelo de mi cara, acomodándolo detrás de mi oreja, entonces sus dedos presionaron mi nuca mientras su pulgar hacía círculos en mi mejilla, haciéndome cerrar los ojos.

— Ponte bien — su boca tocó mi frente y sentí que mi piel se incendiaba, mientras él mantenía el apretón entre nosotros — Hasta mañana, Ana. Duerme bien.

— Te amo. Pensé y el pensamiento me aterrorizó tanto como el vacío que sentí cuando él se alejó de mí.



Era final del día cuando Théo me recogió en casa y me llevó hasta la comisaría para hacer el boletín de ocurrencias. Ariel no estaba con él de nuevo y yo me encontraba cada vez más ansiosa de estar con ella. Él se dirigía de vuelta a mi casa en un silencio agonizante, sus cejas unidas y el apretón firme en el volante me hacía creer que algo malo estaba sucediendo, porque desde que me recogió más temprano, actuaba de forma extraña. Él pasó las manos por los cabellos por décima vez y suspiró profundamente antes de parar el vehículo en mi acera. Sus ojos se metieron en mi pie con la bota ortopédica, entonces ellos rodaron hasta alcanzar los míos.

— Tú me estás dejando nerviosa, Théo.

— ¿Estás con Adam? — sus palabras me alcanzaron de forma inminente, sin la prevención. Yo erguí las cejas. Parte de mí quería reírse por la forma en que había preguntado, porque ciertamente estaba pensando en aquello desde que salimos de la comisaría.

— ¿Por qué es tan importante para ti, se dejó claro que ...

— ¿Estás? — él me interrumpió, aún sin mirar en mi dirección. Théo giró la llave en la ignición, apagando el motor y el silencio que ocupó el coche se volvió sofocante.

— Técnicamente nunca estuve con él.

Su mirada cayó sobre mí y un suspiro casi imperceptible escapó de sus labios. Si no estuviera mirándolo con tanta vehemencia, tal vez no hubiera me hubiera dado cuenta.

— ¿Cómo así?

— Nos estábamos conociendo, pero yo no estaba al mismo ritmo que él.

— ¿Qué quieres decir, Ana? — él mantuvo sus ojos sobre mí, mientras que yo desví mi atención hacia la calle.

— Todavía estoy tratando de entender — mentí, porque Théo era el gran motivo por supuesto, porque me besó; pero él ocupaba gran parte de mis pensamientos mucho antes de que eso sucediera.

— Seguro ... yo ... te quedas en mi casa hasta que te recuperes.

— ¡¡Pero lo que?! Cristo, Théo, no creo que ...

— Calma, estoy bromeando — una sonrisa enorme se formó en su cara, lo que me hizo relajarme.

— Me alegra que hayas desarrollado un sentido del humor en los últimos meses.

La sonrisa todavía estaba allí, haciéndome colorar en todas partes y deseando tocarlo, sacarlo contra mí y besarlo de nuevo, pero yo no sabía si iba a suceder, no sabía si debería, pero, Dios, sólo quería tener sus manos sobre mí solo una vez más.

— Aprendí con la mejor — el silencio hizo que el clima pesara sobre nosotros.

Yo solté un suspiro que estaba atrapado dentro de mi pecho, entonces lo miré de nuevo, sosteniendo una pequeña sonrisa.

— Me tengo que ir.

— Sobre eso... — lo miré, sintiendo una pequeña esperanza, pero no sabía sobre qué.

Sólo que cada segundo más con él era suficiente para dejarme feliz.

— Yo... Ariel está bien agitada sin ti ... ella te extraña, sabes. Yo... ¿por qué no te recuperas en mi casa? — erguí las cejas, con sorpresa.

— Bueno tengo que hacer las sesiones de ...

— Yo sé, no quiero que trabajes, sólo que estés allí, si puedes. Puedo marcar las sesiones en mí casa para que no tengas que moverte con esa bota y todo lo demás. Si tú quieres, por supuesto, no quiero que te sientas ...

— Me encantaría — las palabras salieron de mi boca antes de que pensara sobre eso, Pero no tener a Ariel cerca de mí por las próximas semanas era suficiente para dejarme ansiosa.

— Yo sé que ... — él hizo una pausa, y me miró, confuso — ¿Dijiste que sí?

— Técnicamente sí, pero no he usado esa palabra exactamente — él sonrió, mostrando su línea de expresión, mientras su mirada me decía cuán satisfecho estaba con mi respuesta.

— Oh, pensé que necesitaba amenazarte o algo así.

— Hablar con educación siempre funciona mejor. Lo sabrías si lo intentaras con más frecuencia.

— ¿Quieres que yo tome tus cosas? — gruñí mientras abría la puerta del auto.

— Ah, no, Théo, ya tuve mi cuota de bragas viejas por el resto de la vida. Además, he puesto mis ropas usadas para la donación esta vez y... no quiero tener que obligarte a tomar mis absorbentes internos otra vez — la risa de Théo me resucitó en el carro, golpeando mi corazón y haciéndome sonreír en respuesta.

— Tú de cuatro juntando cada uno de ellos sobre el suelo de mi sala de estar es algo que nunca olvidaré.

¿Por qué he sentido cierta malicia al oírlo pronunciar la palabra "de cuatro"?

— Estoy seguro que no, por lo demás, yo mucho menos — abrí la puerta, mirando mi pie y un charco donde tendría que pisar. Había llovido gran parte del día y las calles estaban mojadas. Miré hacia el cielo y un relámpago iluminó la carretera, mientras yo pensaba en una forma de dejar el vehículo sin mojar mi bota. Cuando erguí la cabeza de nuevo, Théo estaba frete a mi casa, su mano se entendió para que yo la tomara. Él pasó la mano sobre mi hombro y se inclinó sobre mí, haciendo mi cuerpo arder en llamas.

— Puedo hacerlo sola.

— Claro que puedes — él impulsó su cuerpo una vez más antes de encajarme sobre sus brazos y cerrar la puerta con el pie.

— Siempre he encontrado ridículo que una mujer sea cargada por un hombre de esa forma. Nunca voy a querer eso en mi luna de miel, aquella escena de película donde el tipo lleva a mujer en su vestido inmenso hasta llegar a la puerta, y luego intenta abrirla de forma desastrosa.

— Okay.

Sus palabras chocaron hasta él, porque fue automático y daba a entender que yo estaba diciéndole que no quería que él hiciera aquello en nuestra boda, y él respondió como si no fuera a hacerlo. Pensar en verlo en el altar esperando por mí me hizo sentir miedo, porque me había gustado la idea más de lo que debería.

— ¿Tú ... quieres casarte un día, Ana? — me puso en el suelo mientras abría mi puerta y mi cuerpo entero se puso ansioso con el nuevo rumbo de la conversación.

— Bueno... primero tendría que arreglar un novio, después él tendría que pedir mi mano, sólo entonces pensaría en la boda. La boda no es algo que ocupa mi cabeza ahora.

— ¿Y qué ocupa tu cabeza ahora, Ana? — Ah, si lo supiera.

— Tendría que matarte si te lo contara —él sonrió, una risa ronca y arrastrada.

Así que él abrió mi puerta, El Gato corrió hacia mí, olió mi bota por un tiempo, entonces hizo un ruido extraño, mientras caminaba hasta Théo y ronroneaba frotando la cabeza en su pierna.

— Maldito gato desagradecido.

— ¿Ni tu gato te quiere, como crees que vas a conseguir un novio para casarte con él un día?

— Mira quién habla, el solterón — avancé hasta mi cuarto, sintiendo a Théo detrás de mí.

— La otra vez que estuve aquí, todo estaba más limpio y ordenado.

Théo se sentó en mi cama y lo miré a través del espejo fijado sobre mi cómoda, mientras abría el primer cajón, de espaldas a él. Verlo sobre mi cama abrió márgenes para muchas otras cosas, como por ejemplo, saltar sobre él allí incluso.

— He estado enfermo en los últimos días — mi celular sonó sobre la cama y Théo miró la pantalla, uniendo las cejas, haciéndome girar hacia él.

— Adam.

— Ya hablo con él.

— Para alguien que no está al mismo ritmo, se ven bastante — Estás celoso, Théo — él tomó mi celular y desbloqueó la pantalla — La próxima cosa que haré es cambiar mi contraseña — me volví de nuevo mientras tomaba algunas ropas interiores.

— Él pregunta si tú estás con el idiota todavía. ¿El idiota sería yo?

— Está tratando de ser divertido.

— Estoy muriendo de risa.

Solté una carcajada, porque Théo celoso era aún más adorable, a pesar de que estoy intrigada con toda esa aproximación repentina después de correr conmigo de su casa.

— Toma al gato y colócalo en la caja, y no olvides la ración, en el área de servicios, por favor — abrí otro cajón, cogiendo mis pantalones de lycra para las sesiones de fisioterapia.

— ¿Cuándo te has convertido en mí?

— Aprendí con lo mejor — dije mientras él dejaba mi cuarto, entonces me incliné sobre la cama para abrir el mensaje de Adam y mi cara se quemó al ver una respuesta escrita para él "Sí, ella todavía está" vinculada a una foto que tomó de su dedo del medio.



Capítulo 21

“Él tenía algo que ningún otro tenía: Mi corazón, todo de él y para él.”

(Pequeña Sirena)

Elisabeth acababa de pasar la aspiradora sobre la alfombra de la habitación cuando Ariel le dio vuelta al plato lleno de fresas picadas y las aplastó con las manos mientras intentaba juntarlas. Estábamos sentadas en el suelo, porque ya no dejaba más a la pequeña sobre el sofá, mucho

menos cuando mi pie estaba inmovilizado y no podía actuar tan rápido en caso de que la niña se desequilibrara y cayera. Ariel estaba de pie, sosteniéndose en el sofá, mientras pateaba las fresas, aplastándolas aún más, dando pequeñas carcajadas.

— ¡Ariel, no! — dije de forma rígida, haciendo el gesto “no” con el dedo indicador — No — ella dejó de reír, mirando mi mano mientras hacía una mueca que indicaba que comenzaría a llorar.

— ¿Elisabeth? — grité de donde estaba cuando la vi pasando a la cocina — Discúlpeme por eso. Yo limpiaría si pudiera.

— Está bien — ella se secó las manos en el delantal mientras se bajaba para montar la aspiradora de nuevo — Sé lo que es tener niños. — yo asentí en concordancia, recordando que ella tenía una nieta.

— ¿Cómo está ella?

Una pequeña sonrisa encendió en su cara.

— Traviesa. Tú sabes, tienes un sobrino de la misma edad. Un día están aplastando fresas en la alfombra y en el otro están entrando en primaria.

— Sí, pasa muy rápido. Solo mírala a ella.

Elisabeth asintió, mientras aspiraba la fruta de la alfombra.

— Tú estás haciendo un gran trabajo con ella — mis ojos se desviaron hacia la televisión, mirando a la sirenita pelirroja cantando la música que yo ya conocía de memoria.

— Bueno ... técnicamente es mi trabajo, pero me siento mal por ganar dinero a cambio de eso — apunté a la televisión — Si yo pudiera, estaría aquí sin tener que ganar nada a cambio — Elisabeth dio una carcajada mientras terminaba de limpiar la alfombra, entonces me miró y dijo:

— Creo que no está lejos de suceder, hija — entonces ella dejó la sala, dejándome amarilla y jadeante. Miré a Ariel, que destacaba el velcro de mi bota mientras que sonreía a la televisión. Me obligué a expulsar las palabras de Elisabeth de mi mente.

— Tú crees que en otros lagos las algas más verdes son Y sueñas con ir arriba, y que gran equivocación!

¿No ves que tu propio mundo no tiene comparación?

¿Qué puede haber allá fuera que causa tal emoción?

Ariel batió las palmas mientras daba pequeños gritos y un hilo de baba escurría de su boca, alcanzando su blusa sucia con fresa. Ella dividía su atención entre la televisión y yo, moviendo su cuerpo hacia arriba y hacia abajo. Alcancé el control que estaba a la distancia y lo llevé hasta mi boca, como si fuera un micrófono, entonces canté la siguiente parte:

— *Bajo del mar, bajo del mar / Vives contenta, siendo sirena eres feliz / Sé que trabajan sin parar y bajo el sol para variar Mientras nosotros siempre flotamos / Bajo el mar.*

— Papa.

— ¡Oh!, ¡Dios mío, Ariel! — me llevé las manos hasta la boca, mis ojos se llenaron de lágrimas en el mismo minuto.

— Papa.

— ¿Cuándo ...

— Anteayer, el domingo — la voz de Théo resonó a través de la sala, mientras Ariel daba gritos de felicidad golpeando las palmas. Oh, ella debe haberlo visto, por eso lo llamó.

— ¿Y por qué no me hablaste? — él dio la vuelta en el sofá, sentándose en la alfombra, mientras abría el cuello de su camisa blanca. Torció el cuello y estiró el pecho hacia adelante, extendiéndose.

— Estaba por enviarte un mensaje, fue cuando vi las llamadas perdidas, y bueno ...

— Y bueno, aquí estoy desde ayer, lúcida y bien para saber sobre esa novedad — él enrolló las mangas hacia arriba antes de estirar los brazos hacia Ariel, quien se balanceó sobre sus piernas, forzando las rodillas para ponerse de pie.

— Hola, sirenita — él la levantó en el aire antes de bajarla, dándole un beso en la mejilla y levantarla de nuevo.

— Papa.

— Maldición, Théo, estaba enseñándole a Ariel a decir Ana desde hace meses.

— Nana — gritó y abrí la boca en shock.

— Oh Dios mío — dijo mirándome, sosteniendo una enorme sonrisa — Ana — él dijo y el sonido de mi nombre saliendo de su boca me hizo escalar.

— Na ... — ella paró y me miró con una sonrisa traviesa, como si me hubiera engañado

— Na.

— ¡Ana! — aplaudí, ansiosa de oírla otra vez, pero ella no lo hizo.

— ¡Ah chiquitita! — Théo dio una carcajada, apoyando la espalda en el sofá y el lateral de su pierna se apoyó en la mía.

— ¿Cómo te sientes hoy?

— Mejor que ayer — él asintió.

— ¿Y cómo fue todo con Ariel?

— Elisabeth lo hizo todo, sólo me quedé con ella y canté todo el día — su mirada cayó sobre la TV.

— Pensaba que sus primeras palabras serían sirenita o algún trecho de la música, pero ya se han dicho.

— Sí.

Lo miré, apoyando mi cabeza en el sofá, mis cabellos se deslizaron sobre mis hombros, posándose en su brazo, así que los aparté, torpemente. Théo giró su cara hacia el lado, mirando las mechas sobre mis pechos, y nuestros ojos se encontraron por algunos segundos antes de desviar a Ariel cuando ella dijo:

— Nana.

— ¡Ay Dios mío! — me incliné sobre Théo, besando la mejilla de Ariel varias veces, aplastándola, mientras ella daba gritos y Théo la sacudía sobre sus piernas — ¡Te quiero tanto! — las palabras escaparon de mi boca al oírla de nuevo.

— Papa — Ariel miró a su padre, con las cejas erguidas y una sonrisa traviesa en los labios.

— No puedo creer que ya sea tan grande — dije, cogiéndola en mi regazo.

— Y yo tampoco puedo creerlo. Es como si ayer la hubiera encontrado.

— Sí — respondí, mirándolo, mis ojos paseando por el azul de los suyos.

— ¿Necesitarás algo más? — la voz de Elisabeth llenó la sala y los dos la miramos asustados.

— Oh no — dijo él, jadeante.

— Me estoy yendo. Dejé una lasaña asando, está casi lista.

— ¡Oh, no lo creo! ¡La hiciste! — le dije sorprendida de que se había preocupado en preparar una lasaña después de que le dije que tenía ganas de comer una.

— Tú lo mereces, Ana. Hasta luego, sirenita. Hasta mañana, Théo.

— Hasta mañana, buenas noches.

— Igualmente — respondió Théo, mirando a Ariel en mi regazo, entonces la cogió de

nuevo.

Ella descansó la cabeza en su pecho y me miró por encima de las pestañas, alzando la mano para tocarme. Ella apretaba la piel de mi mejilla, haciendo cariño descubierto, mientras rodaba los ojos hacia los lados.

— Alguien tiene sueño — dijo, besando la cabeza de ella.

— Ella ya se bañó, pero creo que necesita una ropa limpia, porque hay fresa por todas partes.

— Sí... voy a ponerla en la cama.

Pasé los minutos siguientes intercambiando mensajes con Carol, me enteré sobre los detalles de su boda y respondiendo a los mensajes de mi padre, que estaba preocupado por mi recuperación. Mi hermana también se había manifestado y dijo que pasaría en mi casa tan pronto como fuera posible, lo que quería decir que mi padre no le había dicho a ella que yo estaba con Théo; lo que también quería decir que si él no se lo había dicho, era porque sabía que la incomodaría. Media hora más tarde Théo entró en la cocina. La lasaña ya estaba lista hace diez minutos, entonces la mantuve en el horno para que no se enfriara. Él usaba un pantalón y una camisa fina de manga larga. Septiembre estaba en la mitad, pero aún estaba bastante frío en comparación con el año anterior. Sus pies estaban calzados solamente por una media, mientras él caminaba sobre el suelo límpido, en mi dirección.

— ¿Se ha dormido? — él asintió.

— Y todavía me las arreglé para tomar una ducha.

— Es porque ella tuvo un día agitado, estaba exhausta. Yo también lo estoy.

— Ni te atrevas a hacer nada — rodé los ojos y suspiré, dejando el plato sobre la mesa.

— Me siento inútil — confesé.

— Y apenas es el segundo día — él se fue a la bodega y tomó un vino, entonces gruñó y lo puso de vuelta — Olvidé que estabas tomando remedio.

— Oh ... si estoy, pero no. No soy ningún tipo de alcohólica, tú puedes abrir una botella en frente de mí, porque no voy a saltar sobre ti — él se volvió hacia mí con una pequeña sonrisa sacona en los labios, mientras devolvía el vino a la bodega.

— Bueno, si no vas a saltar en mí, entonces no veo motivos para desperdiciar esa cosecha — me ruborice, sintiendo el calor correr entre mis muslos hasta la altura de mi cara.

Yo desvié la mirada, había perdido las palabras y ciertamente no estaba acostumbrada a eso, alcancé un vaso con agua que estaba sobre la mesa y di un largo trago, intentando apartar sus palabras de mi mente, exactamente cuándo Zeus ladró en la puerta mientras El Gato corría hacia dentro de la cocina, saltando sobre la encimera, raspando su cuerpo en la botella de agua que estaba en el borde de la mesa. Él saltó hacia abajo y saltó por la ventana entreabierta mientras me inclinaba para sujetar el cristal antes de que pudiera caer sobre el suelo, pero Théo hizo lo mismo y nuestros cuerpos chocaron, de modo que él me dejó presionada contra el mármol gélido de la mesa.

— Oh ... — mis labios se entreabrieron, pero sólo un sonido casi inaudible se escapó entre la pequeña grieta que ellos formaron.

— Casi ... — él abrió levemente los labios y un soplo pesado de respiración alcanzó mi rostro, haciéndome mirar sus ojos azules, más oscuros en aquel momento.

— Sí ... — respondí, pero ni siquiera hacía idea de lo que estábamos hablando en aquel momento porque todo lo que quería era que me besara.

Théo

Al infierno Lindsay, Al infierno mi autocontrol de mierda, al infierno. Estiré mi brazo, sosteniendo la parte de atrás de su cabeza y la atraje hacia mí, apoyando su cadera a la mía. Ella cerró los ojos y un gruñido brutal escapó de su garganta, alcanzando mi palo, dejándome duro en el mismo segundo. Yo reclamé su boca, apartando sus labios con la lengua, sintiendo su gusto dulce mientras que gemía, alucinado. Había esperado demasiado por aquello y lo único que quería en el mundo era estar con ella, besándola, enterrándome en ella, despertando con ella todos los malditos días.

Sus manos se deslizaron por los laterales de mi cuerpo, entonces Ana descansó una mano sobre mi pecho y la otra detrás de mi cuello, sus dedos adentrando mi pelo y tirándolos ligeramente hacia atrás. ¿Cómo pude esperar tanto para sentir su gusto?

¿Cómo pude sobrevivir a largos nueve meses sin eso? ¿Mi vida entera sin ella? yo no sabía, pero después de sentir el gusto dulce de Ana y oír los sonidos que ella hacía fue que supe cuánto me había perdido de la vida.

Ana mordió mi labio inferior, alejándose sólo para que pudiéramos reanudar el aire. Ella robó una respiración mía, rogué una respiración de ella, entonces yo la apreté contra mí de nuevo. Estaba mareado, ansioso, mi pecho quemaba como nunca, me dejaba con falta de aire. ¿Qué mierda era eso? ¿Por qué estaba pensando tanto?

Otro gemido dejó los labios de Ana cuando me doblé aún más sobre su cuerpo, lo que fue suficiente para dejarme aún más enloquecido; entonces puse mis manos en la parte trasera de sus muslos y la levanté, sentándola sobre la mesa.

— Dios ...

— Sí, es lo que dicen — sonreí, jugando con la forma en la que parecía tan desconcertada como yo.

— ¿Qué estamos haciendo, Théo? — ella susurró al apartarse un poco, sus ojos mirando los míos, su frente aún pegaba la mía, mientras que nuestras respiraciones se normalizaban.

— No lo sé, pero me gusta — respondí, mordiendo levemente su cuello, mientras Ana dejaba su piel expuesta, flexionando la cabeza hacia atrás.

— No podemos hacerlo — dijo en medio de otro gemido.

— Nosotros no deberíamos hacerlo, pero técnicamente podemos hacerlo.

— Sí — respondió susurrando, mientras mis manos se deslizaban hacia dentro de su blusa, tocando los laterales de su cintura.

— Tu olor ... — dije, perdidamente, inhalando su cuello — Es muy bueno — ella dio una risa corta, respirando con dificultad.

Ana

El llanto de Ariel resonó a través del autoaliente de la niñera electrónica, haciendo que Théo se alejara de mí y de repente sentí su ausencia. Mi piel hormigueaba en todas partes, mi boca estaba hinchada y quemaba, mientras todavía respiraba con dificultad. Él dio un paso hacia atrás y mi mirada cayó sobre la protuberancia bajo sus pantalones gruesos de moletón, haciendo que una risita escapara de sus labios mientras se recomponía antes de ir a atender a su hija.

— Yo ... — miré a mi pie — Necesito ayuda para bajar de aquí — mi rostro ardió ante nuestra nueva intimidad, porque aunque yo hubiera pensado sobre lo que sería hace meses, jamás podría haber imaginado que sería tan bueno, tan caliente, tan surrealista y enloquecedor.

Él me puso en el suelo, arrastrando mi cuerpo sobre el suyo de forma lenta y al mismo

tiempo, rozaba su rostro al mío, con movimientos lentos, haciéndome pedir por más, pero otro llanto de Ariel llamó nuestra atención, entonces él se obligó a alejarse de mí. Me senté en una de las sillas y me serví de la lasaña mientras Théo subía las escaleras. Mi corazón todavía estaba latiendo pesado en mi pecho, mi respiración todavía era irregular. Yo cerré los ojos, echando un pedazo de la masa en la boca, el queso se derritió en mi lengua y yo gemí, a pesar de no saber más para qué o quién yo estaba haciendo eso porque todavía podía sentir las manos de Théo sobre mí.



Capítulo 22

“No dejes que aquellas personas que te hacen sonreír sin motivos se alejen de tu vida.”

(Pequeña Sirena)

Llamé a Carol para charlar. Necesitaba contarle a alguien sobre nosotros, necesitaba de una opinión, de alguien que me diera un golpe, aunque virtual, y me gritara, aunque por audio, que estaba loca. Entonces esperé que Ariel estuviera durmiendo y lo hice, mi amiga respondió a la

misma hora, haciéndome ansiar por su reacción.

Carol: Habla.

Yo: Entonces ...

Yo respiré profundamente, ignorando el emoji rodando los ojos que ella me había enviado.

Carol: ????????????????????

Ella hizo una llamada por la aplicación, pero canceló en el primer toque. forma sutil de llamar mi atención.

Yo: Él me besó.

Carol: Hablas en serio, ¿me has hecho correr con un cliente para contarme eso? ¡debía ser por lo menos para decir que él estaba enterrado en ti! ¿Sentiste al menos el tamaño de Adán?

Ella insertó un emoji de plátano al lado del mensaje.

Yo: Théo me besó.

Me mordí el labio y esperé por su reacción, que sabía que sería exagerada.

Carol: ¿¿¿CÓMO ASÍ QUE TU JEFE GUAPO TE BESÓ, NENA???"

Entonces resumí toda la historia, contando todos los detalles, desde la forma en que nos

tratábamos al principio y lo que nos convertimos en los últimos meses, hasta nuestros dos momentos calientes en la cocina.

Yo: Y entonces empecé a hacer fisioterapia hoy y él había pedido que me quedara, pero eso fue antes de que me besara.

Carol: ¿EH?

Yo: Y ahora no sé si todavía me quiere aquí.

Carol: ¡Dios, Ana! ¿Y crees que te llamó realmente porque a Ariel le gusta estar contigo?

Yo: ¿Sí?

Carol: “Tú siempre fuiste la inteligente en nuestra amistad, me admira verte en lo contrario.

Yo: Eso es eufemismo de burra.

Carol: Exactamente, porque él te pidió que te quedaras ahí con la intención de besarte y otras cosas más.

Después de algunas risas y de una extensa lista de frutas con forma de pene que ella me había enviado, me despedí de mi amiga porque Ariel ya estaba despertando, pero mis ojos se mantuvieron fijos en un mensaje específico, porque ella había dicho todo lo que yo ya sabía.

Carol: Tienes algunas opciones, Ana, pero de todos modos todo es imprevisible. Tú puedes mantenerte alejada y poner a Ariel en primer plano, preservando tu relación con ella hasta el momento en que él se consiga a alguien, y ese alguien no te acepte o puedes entregarte, besarlo y tener sexo con tu jefe hasta que no puedas caminar más, entonces correr el riesgo de que la relación de ustedes no ande bien hasta el punto de no soportarse más, y entonces tú tendrás que decirle adiós a Ariel; pero también la relación de ustedes puede salir bien y pueden convertirse en una familia hermosa. Tú puedes casarte y ser felices por una vida entera, o hasta que su madre vuelva y golpee en su puerta. Todo es un riesgo, sólo tienes que elegir cuál de ellos vale la pena correr.

Estaba tan concentrada en mi celular que no noté a Théo mirándome. Él se aclaró la garganta y el ruido hizo que Ariel se despertara de una vez, abriendo una sonrisa ancha al mirar a su padre en la puerta.

Después de nuestro beso la noche pasada, yo cené sola mientras que Théo la hacía dormir y cuando bajó las escaleras para cenar, le pedí ayuda para subir a la habitación porque necesitaba un tiempo a solas, necesitaba acostarme y enfriar mi cabeza y mi cuerpo. Apreté mi celular con fuerza entre los dedos y apagué los mensajes con Carol antes de que él lo robara de mis manos como solía hacer para irritarme, pero las letras todavía bailaban en mi mente. Necesitaba elegir una de las opciones.

Yo erguí la cabeza y lo miré. Théo parecía exhausto, había doblado las mangas de la camisa como siempre hacía cuando llegaba en casa y sus pies cubiertos por una media caminando hacia mí, entonces él se sentó a mi lado en la cama, mirando a Ariel con una pequeña sonrisa.

— ¿Duermes en este horario para mantenerme despierto hasta tarde? — él bromeó con ella, mientras Ariel daba gritos de felicidad. Él me miró, sus ojos paseando por mi cara minuciosamente, haciéndome desviar la mirada y mirar a Ariel, pero su respiración pesada y caliente tan cercana a mi cuerpo me recordaba cuánto era de bueno tener sus manos sobre mí, cuánto me gustó el apretón de su cadera presionando contra la mesa.

— ¿Y tú, cómo estás? — preguntó, su voz alcanzando mis oídos, tan cerca de mí que el soplo que salió de sus labios al hacerlo tocó mi nuca.

Húmeda.

— Bien.



Eran las diez de la noche cuando Ariel se durmió y lo supe porque estaba acostada en la cama de Théo, a punto de dormir, cuando lo oí saliendo de la habitación de ella y caminando hacia la sala de cine para dormir. La idea de estar en su casa era pésima y sin sentido.

¿Qué estaba haciendo? ¿Quién quería engañar? Era simple, si él me quería para estar cerca de Ariel, él simplemente podía dejarme en casa todos los días por la noche, no? No sabía y nunca sabría, tal vez porque él no hablaba y yo tampoco.

No éramos capaces de acabar con esa broma entre nosotros, y era tan simple. Y era sólo actuar como adultos, ¿verdad? ¿Cuál es la dificultad en llamarlo y preguntar: Qué onda, ¿cuáles son tus intenciones conmigo?

No tenía como explicarlo, pero saber que él estaba durmiendo en colchones en una sala de cine me parecía estúpida y adolescente, y mi revuelta no tenía nada que ver con la voluntad de ir allá y montarme en él. Suspiré por la décima octava vez.

Los mensajes de Carol todavía jugaban en mi mente y los estaría leyendo por la milésima si no las hubieran borrado.

Me senté en la cama en busca de aire, necesitaba respirar, pero sólo percibí que estaba sin aire cuando supe que era porque quería ir hasta donde él estaba. La idea de estar con Théo a solas me aterrorizaba, porque sabía lo que había sucedido las dos últimas veces en que nos quedamos sin nadie más cerca y el pensamiento de lo que me pasó animaba y aterrorizaba con la misma intensidad. Sólo necesitaba una advertencia, de algo que me hiciera crear coraje para ir allá y comenzar o terminar con lo nuestro de una vez por todas.

Y fue entonces que mi celular apitó y un mensaje de Théo llegó a la pantalla.

Théo: Tú parece estar muy distraída hoy.

Yo: Porque tú me distrae, idiota.

Me levanté y salté hasta la puerta, respirando con dificultad al tocar la puerta. Estaba decidida a ir hasta donde estaba Théo, y lo hice, caminando con dificultad hasta la puerta. Mi corazón golpeaba tan rápido que mis pulmones se quemaban, mi visión me cegaba y no tenía absolutamente nada que ver con el trabajo en moverme.

Su mirada dejó la pantalla de su teléfono móvil en sus manos y rodó hasta mí, pero yo no era capaz de moverme, porque estaba casi desnudo acostado sobre tantos cojines que mi cuerpo se ablandó con el pensamiento de enlazarme en él y dormir ahí.

— Esto necesita acabar, Théo — las palabras salieron de mi boca sin que yo pudiera pensar en una mejor forma de explicar el motivo.

— Define “esto” — se sentó, apoyando su espalda en la pared tapada, mirándome sobre sus pestañas.

— Nosotros, esto que está sucediendo entre nosotros — apunté hacia él y hacia mí varias veces, mirando su rostro, ignorando los golpes pesados de mi corazón.

— Siéntate aquí — él estiró el brazo y lo mantuvo estirado hasta que yo tomé su mano, su pulgar presionó mi piel y mis ojos cayeron sobre su tacto.

— Théo, tú sabes que no es una buena idea.

— ¿Para quién? ¿Por qué? — él parecía confuso al mismo tiempo que parecía tener las respuestas para todo.

— Eso no es una broma para mí, Théo. Eso es mucho más, yo...

Él me tiró lentamente y le di un salto hacia delante antes de bajarme y estirar la pierna,

colocando el pie con la bota sobre dos cojines.

— ¿Y por qué crees que estoy jugando? — preguntó, aún, sosteniendo mi mano sobre su pierna.

— Tú sabes, Théo. Puedes tener a quien quieras. Tú tienes el mundo a tus pies. Tú sólo debes estar confundido por, no sé, ¿tenerme demasiado cerca? Una risa estrangulada dejó sus labios cuando dejó mi mano y se alejó de mí.

— ¿Qué tontería estás diciendo? ¡Solo mírate, Ana! ¿Quién en sana conciencia jugaría contigo? — desvié mi mirada, sosteniendo mi atención en interruptor al lado de la puerta, tratando de evitarlo.

— ¡No sé, Théo, ve bien! Solo míranos, esto es ridículo. Tú te vas a cansar de mí cuando conozcas a alguien de verdad, cuando te enamores de alguien que verás en tus pensamientos futuros a tu lado y de Ariel. — hice una pausa, retomando aire antes de continuar— ¿Qué crees que va a suceder si seguimos besándonos siempre que tengamos ganas? Porque yo sólo consigo pensar en mí teniendo que alejarme de tu hija.

— ¿Estás escuchándote? ¡Nada de lo que dijiste tiene sentido, Ana! — él se acercó nuevamente, entonces estiró el brazo, su mano tocando el lateral de mi rostro, mientras yo dejaba escapar mi respiración que estaba cerrada — Tal vez yo no está realmente pensando en el futuro, pero por ahora, la única persona que consigo pensar eres tú, durante todo mi maldito día, tú estás en la porquería de mi cabeza y da igual lo que va a suceder mañana, porque estamos aquí ahora y estoy loco para besarte de nuevo.

Él flexionó el cuerpo hacia adelante y yo contuve el aire cuando él presionó sus labios sobre los míos y entonces él gimió tan fuerte y brutal que mi pecho se deshizo.

Théo se curvó aún más, de forma salvaje, haciendo que mi cuerpo cayera arriba de una pila de cojines, entonces él subió sobre mí, forzando su cadera sobre la mía, haciéndome sentir su rigidez a través del pequeño tejido de mi baby doll.

Doblé una pierna de modo que pudiera firmarme en ella para flexionar mi cadera hacia arriba, frotando mi cuerpo en el suyo y deslicé mi mano por su cuello, bajando hasta sus hombros, sintiendo cada pedazo de sus músculos mientras me movía perezosa debajo de él. Théo metió la mano en la parte de atrás de mi cabeza, resbalando los dedos en mis cabellos y robándome un suspiro, su boca llenando la mía, su lengua pasando sobre mi labio inferior antes de que él lo mordiera haciéndome gemir otra vez.

Nos alejamos un poco y nos miramos, sorbiendo las emociones y nuestros pechos subían y bajaban rápidamente. Él no sonrió, creo que ninguno de nosotros era capaz de hacerlo, porque si Théo estaba sintiendo lo mismo que yo, entonces él debería estar aterrorizado con la forma en que nuestros cuerpos trabajaban tan bien juntos. Yo no podía hacer mucho, no había posibilidades de quedarme sobre él porque mi pie no estaba en sus mejores días y aquella bota infernal nunca fue tan inconveniente, pero si yo no tuviera con ese pequeño problema, ni siquiera lo tendría sobre mí, porque probablemente yo estaría en mi casa en ese momento. Él sostuvo mis cabellos en su mano y me tiró hacia él de nuevo, aspirando mi labio inferior antes de meter su lengua en mi boca, haciéndome gemir al sentir su miembro tocar mi cintura de nuevo.

Parecía que todo era tan poco comparado con lo que quería de él.

Théo estaba prensando mi cuerpo, mientras que una mano estaba en mis cabellos y la otra flexionaba un lado de mi cadera, aunque su peso estuviera sobre mí, sus piernas estaban entrelazadas a las mías, parecía poco. Yo lo quería dentro de mí, quería fundirme a él. Pero de todos modos todavía creía que sería poco, porque yo lo quería tanto que podía sentir en mis huesos.

Théo besó mi cuello, haciéndome serpentear bajo su apretón, mientras que su boca descendía hasta mis hombros y senos, entonces su mano caminó hasta el asa de mi pijama, deslizándola hacia el lado, liberando mi piel del tejido fino y gélido, mientras que sus labios resbalaban, con pequeños besos, hasta mis senos desnudos, entonces él finalmente sonrió, el aire tocando mi piel caliente, me hizo temblar, antes de que él succionara con precisión, un gemido alto escapó de mis labios mientras me inclinaba bajo su cuerpo y Théo descendía aún más.

— Eres tan bella.

Su voz hizo que mi cuerpo temblara al mismo tiempo que su boca tocaba la extensión de mi barriga, hasta la línea debajo de mi ombligo, haciéndome gritar mentalmente por socorro. No recordaba la última vez que alguien estuvo allá abajo, apenas me recordaba la última vez que había tenido sexo; y que, por lo tanto, fue horrible, rápido y yo había quedado en la mano.

Théo me miró, sus ojos estaban pidiendo aprobación y la sonrisa perturbada que di había permitido que él arrancara la parte de abajo de mi ropa, entonces hundió su cabeza en mis cojines, gimiendo al sentir su boca en el interior de mi muslo, torturándome, mientras él mordisqueaba, tardando en estar allí, haciéndome suplicar, mientras yo no paraba de moverme, revolando bajo su cuerpo. Abrí más las piernas, él exhaló un último soplo caliente antes de pasar su lengua sobre mi clítoris, exactamente en el lugar donde nadie nunca había llegado antes, ni siquiera si lo asignara. Él deslizó un dedo dentro de mí, sintiendo mi humedad y calor, luego gimió brutalmente mientras me balanceaba lentamente.

— Tienes un gusto increíble — dijo, su voz áspera, repleta de deseo me hizo colorar, porque una cosa era tener con Théo en nuestros pequeños momentos, y otra muy diferente era tenerlo en medio de mis piernas.

Dejé escapar un gemido y metí mis manos en su cabello, alejándome porque estaba a punto de correrme en su boca y no quería hacerlo, porque quería hacerlo con él dentro de mí. Una risa cruda salió de sus labios mientras se alejaba, solo para mirarme fijamente, levantando una pequeña sonrisa, luego se pasó la lengua a un lugar que era tan seguro y sensible que grité, echando su cabello hacia atrás, lo que hizo que él sostuviera mi mano debajo de la suya, forzándola contra el colchón, mientras su tortura continuaba.

— Théo, por favor — lo supliqué — Necesito sentirte.

— Y vas a sentirme — Él introdujo otro dedo mientras mi cuerpo temblaba en un orgasmo y yo impulsaba la cadera contra su boca — No te preocupes, consigo hacer que lo sientas varias veces en una sola noche — dijo después de alejarse un poco. El hecho de ser confiado sólo lo hacía más sexy.

Mi cuerpo temblaba al mismo tiempo que él subía su cuerpo a mi altura, sujetando mis labios al mismo tiempo que gemía, perdido en mí. Abrí más mis piernas para que se encajara en medio de ellas, ansiosa de sentirlo, mientras que mis manos se deslizaban sobre sus hombros y espalda, sintiendo cada fragmento rígido de él, dejándome aún más excitada.

— Dame un segundo.

Él se levantó rápidamente y dejó el cuarto. Yo sabía lo que había ido a buscar y el sentimiento de ansiedad me sofocó por el minuto que me quedé esperando, hasta que él entró en la habitación nuevamente, colocando el envase en la boca, abriéndola con los dientes. Me puse en el colchón, jadeante, levantando mi brazo para tirar de él, al mismo tiempo en que Théo sonreía diabólicamente con mi impaciencia y necesidad.

— No te apures.

— Esperé nueve meses por eso, no soy tan apurada así — lo miré. Su miembro pulsaba, al mismo tiempo que deslizaba el látex hasta la base rígida.

— Entonces, ¿quieres decir que me quieres desde hace nueve meses? Me pareció que estuvas aquí por Ariel.

— ¡Estás siendo presuntuoso! — lo tiré cerca de mí, besándolo con vehemencia, mientras él encajaba en medio de mis piernas.

— Después de sentirme dentro de ti, nunca más querrá otra persona.

— ¡Cállate! — sonreí con los labios prensados a los suyos — ¡Ahhh! — grité cuando me penetró, sintiéndome completa de todas las formas posibles.

Él se mantuvo inmóvil, sus ojos mirando los míos, digiriendo aquella sensación loca de estar juntos, desnudos y crudamente unidos el uno al otro, ni de lejos algún otro hombre despertó lo que yo estaba sintiendo, ni con un beso y mucho menos estando dentro de mí.

Théo

¡Putita mierda! Fue lo que mi conciencia gritó en el segundo en que me enterré en ella, porque fue la mejor sensación que he sentido en mi vida, haciéndome tener la más absoluta certeza de que estaba jodido. Comencé a moverme cuando Ana tocó mi cintura, tirándome contra su cuerpo, sacándome del trance y haciéndome sentir vergüenza por estar parado como un idiota; pero apenas era capaz de moverme porque estar dentro de ella era tan bueno que no parecía verdad.

— Eso es — ella deslizó sus manos por el lateral de mi cuerpo hasta llegar a mi nuca — Tan bueno — Ana dijo entre un gemido y otro, haciéndome sonreír, perdidamente mientras me enterraba en ella lentamente, sintiendo su músculo interno contraerse.

— Buena, Ana — susurré, besando su boca al mismo tiempo en que aceleraba el ritmo, perdiéndome en ella.

— Oh, Théo, eso...

Ana me clavó las uñas en la espalda mientras la alzaba más y más, sacando gemidos involuntarios mientras ella tocaba la pared detrás de su cabeza, forzando su cuerpo contra el mío. Ella inclinó la espalda, sus cejas se unieron en una expresión de placer que nunca más saldría de mi mente. Ella dobló la pierna buena sobre mi espalda, me apretando sobre ella, dejándome aún más excitado cuando pensé que no era posible.

— No es posible — ella se curvó un poco más, gimiendo y soltando mechones de aire caliente en mi cuello, mientras gozaba de nuevo, haciéndome llegar allí también.

Con un brazo, me apoyé al lado de ella, tirando de su cabeza para liberar la piel de su cuello, entonces lamí la piel, gimiendo mientras gozaba locamente todavía enterrado en ella.

— Puta mierda, Ana — me quedé inmóvil, incapaz de mover un músculo y permaneciendo sobre ella, sintiendo el olor que su piel emanaba, sintiendo el olor dulce de nuestra piel junta. Mi nuevo olor preferido.

Solloqué, aun besando su cuello, gimiendo perezosamente, una voz gritando en mi cabeza que nunca sería capaz de parar, que nunca sería capaz de olvidar, porque éramos perdidamente perfectos juntos, tanto criando una niña, como follando locamente en mi sala de cine.

Me obligó a rodar mi cuerpo a su lado, mientras ella se acomodaba junto a mí, su cabeza en mi pecho y sus piernas entrelazadas a las mías. Ella suspiró al mismo tiempo en que ponía mi brazo sobre el lateral de su cuerpo, apretándola aún más contra mí, mi barbilla tocando la parte superior de su cabeza.

— Ahora duerme, antes de que nuestra alarma llamada Ariel toque — cerré los ojos,

sosteniendo una sonrisa de satisfacción, mientras ella se hundía en mi apretón al mismo tiempo que mi barbilla se deslizaba sobre sus cabellos, inhalando su olor, entonces nos apagamos.



Capítulo 23

“Me gusta la sensación de frío en la barriga, aún más cuando es causado por ti.”

(Pequeña Sirena)

Théo articulaba hablando al teléfono, las venas del antebrazo pulsaban al mismo tiempo en que él caminaba de un lado a otro, murmurando palabrotas mientras la persona del otro lado decía algo.

Sexy y caliente como el infierno en una mañana lluviosa y calma, hasta que suceda. Él me miró, suavizando un poco su expresión, que me recordaba los días en que fui su asistente y presencié aquella misma escena miles de veces, pero en ese momento era diferente porque sentía ganas de usar toda aquella furia de una forma creativa.

Desvié la mirada; ciertamente la noche pasada me había dejado descompensada y mi mente aún no había vuelto a funcionar.

— Jodete, por supuesto que yo voy — él cortó el llamado, mirando la ventana, con su frente inclinada sobre el cristal mientras se recomponía — Voy a necesitar viajar por una semana — sus palabras me causaron nostalgia inminente, aunque él no haya contado todos los detalles, porque no tenerlo por una semana me dejaría enloquecida.

— ¿Cómo así? — mis palabras salieron más afectadas de lo que deberían, evidenciando mi ansiedad.

— Mi padre no puede ir. Es una reunión con un cliente suyo para decidir un proceso que está en marcha, pero el cliente tiene un tiempo muy apretado, entonces él paga bien para ir hasta él.

— ¿Cierto. Y Ariel?

Él se acercó, sentándose a mi lado en el sofá, encarando a su hija que dormía.

— Yo la llevaría si fuera posible, pero necesitaría a alguien que la mirara para que yo pudiera salir, y aunque tú quisieras ir conmigo — él dio una sonrisa que alcanzó mi corazón — Tú tienes tus sesiones de fisioterapia.

— Oh, qué mierda — él sonrió, curvándose hacia mí.

— Yo nunca me he quedado tanto tiempo lejos de ella, no sé si conseguiré estar bien con eso — Théo alcanzó un mechón de mi pelo y la puso detrás de la oreja — Y por estar lejos de ti también.

— Vas a sobrevivir sin mí — sonreí, doblándome hacia él, entonces mis labios se inclinaron hacia los suyos — Elisabeth y yo haremos un hermoso trabajo sin ti aquí.

Él gimió.

— Apuesto que sí — presionó la mano en el lateral de mi cara, forzando los dedos en la parte trasera de mi cabeza, entonces finalmente me besó, haciendo que mi cuerpo se derretiera bajo su tacto, imaginando la pesadilla que serían los próximos días.



Tres días se habían pasado y yo sentía como si estuviera muriendo por dentro. Había tomado dos baños ese día, pero el calor que emanaba de mi cuerpo sin razón. Tenía un motivo: Théo. Yo estaba acostada, usando el mismo baby doll que él me había arrancado hace algunas noches y cada detalle de aquel momento bailaba en mi mente como un recordatorio de lo que tendría cuando volviera.

Théo: ¿Todo tranquilo por ahí?

El mensaje de Théo apareció en la barra de notificación de mi celular y mi corazón golpeó más fuerte. Habíamos intercambiado mensajes durante los días en que estuvo ausente, fotos de Ariel comiendo, en el baño y durmiendo, sus pequeños momentos para que no se sintiera tan solo. Confieso que sentía cierto miedo mezclado por una ansiedad sin fin al pensar en Théo solo en un cuarto de hotel, porque la consecuencia de su última experiencia estaba acostada en una cuna en la habitación al lado.

Yo: Después de ver a la sirenita seis veces hoy, solo se quedó dormida, siento que nunca debí haberle dado ese apodo..

Théo: Tuviste buenas intenciones, eso es lo que importa, después de todo.

Yo: Tú dices eso porque no estás atormentado por esa música.

Théo: bajo del mar, bajo del mar vives contenta siendo sirena eres feliz

Théo: sé que trabajan sin parar y bajo el sol para variar

Théo: mientras nosotros siempre flotamos bajo del mar

Théo: ¿Todo tranquilo por ahí?

Y allí estaba mi corazón batiendo fuera del ritmo nuevamente.

Yo: No me imaginé que prestase atención en la letra.

Théo: Yo presto atención a muchas cosas, Ana.

Ah, Dios mío. ¿Por qué él siempre desviaba nuestras conversaciones?

Yo: Tipo...

Cuando vi ya había enviado el mensaje, entonces me quedaba aguardar su respuesta, mis manos sudando de ansiedad, mientras que la aplicación apuntaba que estaba mecanografía.

Théo: Tipo la forma en que tú arreglas las cosas aunque no siendo tu obligación, tipo cuánto odias hablar de salario como si no quisiera cobrar por tus servicios, tipo cuando tú me miras cuando estoy comiendo o cómo inhalas mi perfume cuando paso, tipo tu culo en aquel jeans rasgado en la rodilla y tipo aquella camisa vieja del Nirvana que tú utilizas sin sujetador.

Mis ojos se deslizaban sobre el mensaje por quinta vez cuando noté que sonreía como el comodín. ¿Qué había de mal conmigo? La barra de notificación de mi celular mostró un mensaje de Carol, entonces cambié a nuestra conversación antes de responderle a Théo.

Carol: Y ahí, resolviste el problema con el jefe.

Yo: Sí.

Carol: ¿Y qué hizo?

Dejé que él me hiciera sexo oral antes de enterrarse en mí, pensé, pero me reprendí, entonces sólo sonreí como una idiota mientras escribía una respuesta.

Yo: Digamos que he ido hasta el cuarto de él para acabar con todo.

Cambié la ventana de la conversación para responder a Théo.

Yo: Yo no sé qué decir. Pensé que sólo pasaba un tiempo mirándote.”

Cambié nuevamente a Carol cuando ella respondió mi mensaje.

Carol: "Y ??????????"

Carol: ¿Por qué creo que acabó en el sexo?

Carol: ¿Cuándo será la boda?

Carol: Ariel puede ser la madrina si está caminando hasta allí.

Theo envió otro mensaje y me mudé antes de contestarla.

Theo: En cuanto a eso. A veces tengo la sensación de que tú estás teniendo pensamientos obscenos sobre mí.

Yo: Sobre eso, Theo. Quizás esté bien.

Yo: Sé que hay un millón de cosas que pueden ir mal, pero estoy dispuesta. Carol, porque él no sólo es sabroso, como sabe usar la lengua, además de ser un tipo increíble y mi Dios, estoy enamorada de él.

Theo: Espero que esté hablando de mí.

Volví a leer su mensaje veinte veces, sin creer que aquello estaba sucediendo y mi corazón golpeando tan fuerte que me causaba ceguera y falta de aire. y me sentía la persona más idiota del mundo, mientras miraba la cabeza de un mensaje que debía enviarse a Carol, enviada a él.

¡No, no, no, no!

No sabía qué responder, mi mente buscó un millón de mentiras que podía decirle, en la búsqueda de omitir mis sentimientos, pero Dios, nada me vino a la mente. Me quedé mirando su último mensaje, tenía que responderlo, pero ¿qué iba a decir? Sí, estoy hablando de ti porque así es como me siento con respecto a tu idioma y tu persona. En serio, me veía como una adolescente. Me sequé la mano en la sábana mientras escribía y luego borraba varias veces.

Yo: Es como me siento.

Théo: Podrías habérmelo dicho.

Yo: Habrías viajado a bordo de tu ego inflado,
preferirías estar en avión

Théo: Tendría.

Théo: No puedo esperar para llegar a casa
para oírte decirlo personalmente mientras me
entierro en ti.

Yo: Tú estás siendo presuntuoso de nuevo.

Théo: Un hombre puede soñar.

Le envié un mensaje a Carol diciendo que luego hablaría con ella, así que ignoré los siguientes veinte mensajes con emoji de berenjena, mientras pensaba en algo para responder a Theo, como si estuviera en la escuela secundaria y el chico que me gustaba hubiera puesto mi testimonio en la parte superior de su Orkut.

Apareció una foto de Theo en la pantalla, una foto que tenía en el primer mes de Ariel, mientras me miraba sin sonreír, una expresión que siempre enmascara su rostro al principio. La miré fijamente, mi corazón latía con fuerza mientras maldecía el hecho de que él era un maldito egocéntrico.

— Habla, Théo —solté un suspiro estrangulado, maldiciendo mentalmente al mismo tiempo que daba una risita.

— Oh, eso no es forma de atender a tu hombre. Yo gruñí.

— Anda, Theo. Puedes empezar a jactarse con mi mensaje idiota, al final, lo merezco.

— Si no fueras tan orgullosa, me lo hubieras dicho personalmente.

— Yo no soy orgullosa, Théo. — rodé los ojos mientras mordía una piel suelta al lado de la uña.

— No ruedes los ojos, Ana.

— ¡¿Qué?! Como tú...

— Te conozco.

Oh. La línea se quedó muda, un silencio ensordecedor que me hacía ansiar por sus próximas palabras, aunque me sacara de serie.

— Entonces — él sonrió — Sobre el mensaje — un suspiro pesado se me escapó, al imaginar lo que él diría.

— Sí, empiezas a burlarte de mí y no tendrás nada de mí cuando vuelvas.

— Oh — podía verlo levantando sus cejas al mismo tiempo en que sonreía diabólicamente — Sólo quería decir que yo también.

Tomé casi treinta segundos para entender, la línea completamente silenciosa, mientras un millón de sensaciones invadía mi cuerpo, temblando, entorpeciéndome y dejándome sin aire.

— Buenas noches, Ana.

— Buenas noches, Théo.



Capítulo 24

“Por fuera desprecio, por dentro desespero.”

(Pequeña Sirena)

Ana

Sinceramente no podía entender a mi hermana. Ella nunca había actuado de esa forma, siempre

estuvo presente cuando la necesitaba, cuando exploté en aflicción o cuando simplemente sólo necesitaba un bote de helado y una película romántica idiota. Después de Drew, ella cambió de tantas formas que simplemente no conseguía entender. No podía entenderla más.

Karen me había enviado mensajes, acusándome de mi cumpleaños, porque quería celebrarlo conmigo, pero no había hablado en la última semana, ni siquiera había contestado mis dos últimos mensajes. Nadie, además de mi padre, incluso me había dado las felicitaciones, no es que lo haya llamado demasiado por este día, pero al menos un "Oye, feliz cumpleaños, adiós" de Theo estaría bien antes de irse al trabajo, corriendo. Ningún infierno de mensaje a lo largo del día ya esa altura, yo quería matarlo usando el cuchillo que cortaba la masa por la mitad para colocar el relleno de las ciruelas que había preparado para la torta roja borgoña.

— Nama — Ariel silbó del andador, golpeando en mis pantorrillas por la milésima vez — Namama, papa.

Yo puse una cuchara de relleno en su boca y ella vibró en alegría con eso, sabor dulce de la leche condensada mezclada a la fruta.

— ¿Ah, te gusta, no? — sonreí mientras ella saltaba levantando las manos y yo le daba un poco más. El tipo de cosa que escondía de la peditra — Vamos a decir a la doctora que es sólo la ciruela, y saltar la parte de la leche condensada y del azúcar adicional — ella sonrió como si entendiera, mientras seguía silbando.

— Namama.

— Sí, amor, Ana.

— Anamama — rodé los ojos. Ella dejaba mi nombre cada vez mayor, mientras que Théo siempre había sido "papa".

Puse mi pelo detrás de la oreja; lo había cortado aquella tarde después de meses y ahora estaba del tamaño que siempre me gustó, a la altura de los hombros.

Había aprovechado también para aclarar algunos hilos, sólo lo suficiente para encender la tonalidad castaña de mi pelo.

Puse una vela de sirena sobre el pastel, ahora relleno y cubierto por una cobertura de chocolate.

El número diez llenaba mi corazón de diversas formas, porque en poco tiempo llegaría su primer año y yo había acompañado cada pequeño paso y conquista suya. Me volví y sonreí a Ariel, que jugaba con los objetos de colores del carrito y estaba ajena a mí cara de tonta.

Me alejé de la mesa a una distancia buena para capturar una imagen, entonces la hice, sonriendo, mi talento con tortas. que talvez pudiera hacerlas para vender, porque estaba cada vez mejor en crear texturas, masas y modelos diferentes, con diversos sabores, rellenos y cubiertas. Abrí la aplicación de mensajes, pero nadie además de mi padre y Carol se habían felicitado.

El ladrido de Zeus me estaba dejando cada vez más irritada, porque hace veinte minutos no paraba de latir, así que fui a la ventana y grité para que se quedara quieto y él lo hizo, echando la cabeza entre las patas delanteras. Caminé hasta Ariel y la cogí en el regazo, gimiendo al mismo tiempo que me levantaba de nuevo, empezando a sentir dolor en mi lumbar, porque ella estaba cada vez más grande.

— Tú estás cada vez más pesada, Sirenita.

— Namama.

— Ana.

— Namama — ella repitió, apoyando la cabeza en mi barbilla y anidándose en mí.

— ¿Estás con sueño ya? Si duermes ahora, vas a despertarte a las once y quedarse despierta hasta dos de la mañana de nuevo.

— Nama.

Yo me volví al oír más ruido desde la habitación entonces caminé hasta allá a pasos lentos y cautelosos. Todo estaba oscuro, lo que era extraño, porque recordaba tener encendido la luz cuando empezó a oscurecerse. Estiré el brazo hasta el interruptor y lo apreté, iluminando el ambiente. Los chicos gritaron “¡Sorpresa!” Mientras salían de atrás de las amplias cortinas, y sillón. Juan sostenía un pastel grande, amarillo y con un banano en el formato de la vela, al mismo tiempo que cantaba Ana banana, Ana banana al ritmo música La cucaracha.

— ¡Oh, mierda! ¡Que susto! — puse la mano en la boca, emocionada al verlos a todos juntos.

La madre de Théo, el hermano y la cuñada con las dos niñas, mi padre, mi hermana, Juan y con un infierno ¿Qué estaba haciendo Andrew allí? Pasé mis ojos por el lugar, entonces encontré a Théo en un rincón, las manos en los bolsillos del pantalón, tan hermoso y reservado, tan mío. Le sonreí al mismo tiempo que él me miraba sosteniendo una sonrisa torcida. Yo sibilé "Gracias" y sentí sus hombros relajarse mientras él asentía.

Caminé hasta mi sobrino y soplé la vela, poniendo a Ariel un poco para detrás en mi regazo para que no se lastimara o destruyera la torta. Karen retiró la bandeja de la mano de Juan y él se colgó de mi cuello, aún sobre el sofá.

— ¡Ana banana, eh! Feliz cumpleaños. —sonrió, faltándole dos dientes de frente.

— ¡Oh, Dios mío, se cayeron! — él sonrió, una sonrisa tan graciosa debido a la falta de dientes que yo carcajeé, mientras él retiraba un pozo del bolsillo.

— Mira, tía Ana, mi colección de dientes — él abrió el bote y dos dientes estaban dentro de él, haciéndome gruñir.

— Eso es asqueroso, guarda eso — él puso el bote más cerca de mí y se movió, haciendo los dientes balancearse adentro. ¡Ya llega, Juan! — mi hermana lo reprendió y él lo cerró y lo puso en el bolsillo, mirándome de manera divertida, levantando las cejas y sonriendo en gran manera para mostrar el espacio vacío entre las presas — Eres asqueroso — le di un beso en la frente de él y me alejé cuando sentía mi padre me tirando hacia un abrazo.

— Hola hija. ¡Felicidades! Tu pelo está hermoso.

— Gracias, papá — le agradecí mientras daba un beso en la cara de Ariel y tocaba la punta de su tiara de sirena, repleta de conchas, que yo había comprado en una tienda de fantasías.

— ¿Cómo está tu pie? — preguntó, mirándolo.

— Casi a la hora de sacar la bota para siempre — se rio de mis palabras ansiosas — O hasta que me lastime de nuevo — él cruzó los brazos y miró a mi hermana, que se acercaba — Pensé que lo habías olvidado — le dije a mi hermana.

— Por supuesto que no, sólo quería que tú pensaras que sí. La pellizqué en la costilla con la mano libre, pero el gemido que ella dio en respuesta apuntó que lo había hecho demasiado fuerte, entonces me alejé de ella.

— ¡Oh, lo siento, Karen! — ella asintió, alejándose — ¿Qué es eso en tu mano? — toqué su puño, levantándolo, analizando las pequeñas manchas pero ella lo sacó con rapidez.

— Está bien — ella dio espacio para que Andrew se acercara — Me lastimé en el trabajo.

— En hora buena, Ana — él alzó una copa y la llevó a la boca.

— Gracias, Andrew — cambié a Ariel de brazo.

— Hola, Ana — la madre de Théo se acercó, estirando los brazos para atrapar Ariel — ¡Hola, amor de la abuela, como estás linda! — ella la cogió, besando varias veces a su nieta mientras ella me miraba con esos ojitos aburridos — ¡Feliz cumpleaños, Ana! Que esa fecha se

repita por muchos y muchos años y que se realicen todos tus sueños y alcances todos tus objetivos — ella me abrazó, un abrazo fuerte y demorado, entonces me dio un beso en mi cara antes de alejarse — Gracias por criar tan bien a mi nieta.

Yo le sonreí, avergonzada, sin saber qué decir. Las palabras “hago esto por amor” jugaron en la punta de mi lengua, pero no proliferó, porque no eran verdad, una vez que ganaba mucho dinero para hacerlo, entonces me limité a asentir, ignorando el nudo que se formaba en mi garganta cuando Ariel estiró los brazos para volver a mi regazo.

— Namama — ella llamó, enlistando los bracitos.

— Ana ya te agarra, mi amor — la madre de Théo asintió mientras salía sonriendo, sacudiendo a su nieta en su regazo para distraerla, mientras el hermano de Théo me daba un abrazo.

— Feliz cumpleaños — Oliver se alejó, dejando a la esposa llegar a mí, entonces ella me dio un abrazo fuerte.

— Feliz cumpleaños, Ana. ¿Cómo está tu pie? — Katy se alejó, mirando mi bota. Yo di un beso en su hija, sonriendo con la forma que ella me miraba en su regazo.

— ¡Estás muy grande eh! — Katy, asintió — El pie está casi nuevo, gracias — me curvé a abrazar a Sofía.

— Tía Ana. Pelo. — Ella tocó mis hilos con la punta de los dedos.

— Sí, lo he cortado hoy — Ella sonrió, tocando más mechones de él — Tú estás linda. ¿Sabes?

— Toy inda — ella repitió, haciéndome reír.

— Modesta como la madre — Oliver interrumpió, mientras que Katy daba una palmadita en su brazo.

— No puedo hacer nada si Dios fue generoso conmigo. Ella se encogió de hombros. Generosa bota en ella.

Miré a mi alrededor y encontré al padre de Theo en la esquina de la sala de estar, hablando por su teléfono celular, ajeno a todos los que lo rodeaban, luego me disculpé y crucé la habitación en dirección opuesta, marchando hacia su otro hijo. Él sonrió al verme yendo hacia él, humedeciendo sus labios con la punta de su lengua, mientras me miraba fijamente.

— Hola, feliz cumpleaños — me paré delante de él, avergonzada — Tu cabello quedó hermoso — él estiró el brazo, tocándolo, echando una mecha detrás de la oreja mientras deslizaba sus dedos hasta mi barbilla — Tú estás linda.

— Gracias — me sorprendió tirándome hacia él, haciendo que mi cuerpo chocara contra el suyo, entonces deslizó la mano hacia la parte de atrás de mi cabeza, tirando hasta la suya, sus labios recostándose a los míos, mientras él susurraba feliz cumpleaños.

Yo sonreí, mordisqueando su labio inferior, tratando de contener la ola de excitación que sentí al tenerlo y al hacerlo frente a todos que aún no sabían que estábamos juntos.

Decidí regresar a mi casa tan pronto como Theo llegó del viaje, porque necesitaba tiempo para digerir todo lo que había sucedido entre nosotros, tenía que dejarle espacio para que él también pensara, incluso si él afirmaba que no lo necesitaba, pero sentí que debía hacerlo, que tenía que darle tiempo para racionar sobre todo lo que nos habíamos hecho el uno al otro, aunque a menudo me quedaba a dormir, me rendía al escucharlo rogando que me quedara, luego dormíamos juntos como una pareja y me estaba enamorando cada vez más de cada detalle de lo que nos habíamos convertido, pero hasta entonces, lo que estaba sucediendo entre nosotros era entre nosotros hasta ese momento.

— Tú estás exactamente igual que cuando llegaste a la empresa por primera vez, hace

un año — se alejó, acariciando mi cara y mirándome con una sonrisa diabólica — Sentía ganas de cogerte en el mismo segundo en que abrí mi puerta y te encontré hablando al teléfono mientras caminabas hasta mí, trayendo mi café.

— Tú puedes hacerlo ahora — él asintió, con su mirada sobre mi boca.

— Sí — sus ojos miraron los míos y él sonrió cuando dije:

— Pensé que habías olvidado mi cumpleaños.

— Nunca.

— Entonces tú y la niñera — oír la voz de su padre me hizo girar el cuerpo.

— Sí, Ana y yo estamos juntos, y me gustaría que no la llamara niñera — él apretó mi cintura.

— Lo siento, no quise ofenderte. Feliz cumpleaños, Ana — él me saludó rápidamente, entonces miró a su hijo — Necesito hablar contigo — dijo.

— Voy a hablar con los invitados — hablé antes de alejarme.

Me fui a la cocina a recoger platos y hormonas desechables y encontré a mi padre acariciando la cabeza de El Gato. Él me sonrió cuando me vio entrando por la puerta, entonces se enderezó y arqueó las cejas, como si yo debía explicarme.

— Entonces, sobre eso. bueno, nosotros estamos un poco juntos.

— No hay un término medio, Ana. O estás con alguien o no estás. Yo abrí el embalaje de los platos y lo distribuí sobre la encimera, mientras mi padre se lavaba las manos, alcanzando la espátula en el primer cajón al lado del fregadero.

— Lo sé, sólo que...

— No tienes que explicarte, Théo fue a mi casa.

— ¿Qué te dijo? — mis ojos se abrieron con la noticia, así que me senté una de las banquetas.

— No voy a contar los detalles, querida, tuvimos una conversación de hombre a hombre — su comentario me hizo rodar los ojos — Pero, bueno — se encogió de hombros — Además del hecho de amarte, parece que pretende tomar todo esto en serio.

— ¿Amarme? — las palabras de mi padre hicieron que mis mejillas ardieran.

— No seas idiota, Ana. Es claro que él te ama — yo miré el plato, ruborizada.

— Eh, Ana, necesito pañales limpios — la madre de Théo entró en la cocina sosteniendo a Ariel con los dos brazos, extendida hacia arriba, mientras ella hacía una mueca para la nieta — Parece que comió algo que le cayó mal.

— Es, es siempre así. A veces pienso si me están vendiendo urubú en el lugar del pollo que deshago para hacer la papilla.

— Pensé que yo era la única — Katy entró en la cocina, sosteniendo a su hija en brazos — Dijiste eso porque no oliste el pañal de la mía todavía.

Entonces todos sonreímos, tipo los dibujos de la Pepa Pig en que los episodios terminaban con todos los animales lanzándose al suelo para reír. Y me pregunté cómo fue que el asunto comenzó con amor y terminó en mierda.

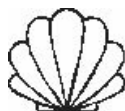


Todos se habían ido a casa hacía casi una hora, pero Carmem insistió en quedarse para ayudarme a organizar las cosas antes de irse. Era increíble como alguien como ella, con tanto dinero, podría ser tan simple. Ella no se preocupaba de lo que hablaban o lo que los demás

pensarían de ella. La madre de Théo era encantadora y divertida y me hacía cuestionar cómo hubiera sido crecer al lado de alguien como ella siendo mi madre.

— Hasta luego, querida — Carmem me abrazó y besó a su nieta que dormía en mis brazos — Me siento muy feliz de tenerte en nuestra familia, pero me gustaría que supieras que ya sentía mucho aprecio por ti mucho antes de que Théo me contara que estaban juntos — ella hizo una pausa, mirando a su nieta — Por todo lo que hiciste por Ariel, por todo lo que hiciste por mi hijo, y por la persona que él se convirtió estando a tu lado en todos estos meses — desvió la mirada, avergonzada.

— Gracias — le agradecí, mientras ella caminaba hasta la puerta, entonces ella se volvió y dijo — Y para mí, Ariel sólo tiene una madre, y ella eres tú.



— Es así como yo te quiero hoy — dijo Théo, sentado en la punta de la cama, mientras yo salía del baño enrollada en una toalla blanca.

— Tú estás siendo ambicioso — sonreí, caminando torpemente hasta

— Has forzado mucho a tu pie hoy — Él me tiró, haciéndome sentarme en su regazo, con su mano deslizándose sobre mi pierna, hasta llegar a mi tobillo.

— Valió la pena — Curvé mi cuerpo de modo que mi boca alcanzara su cuello, entonces mordisqueé su piel — Gracias por hoy.

— Sentí que la necesitabas — sus manos subieron por mi pierna, lateral de la cadera, entonces se deslizó sobre la toalla, hasta que sus dedos tocaban el nudo que di sobre mi pecho, entonces lo deshizo.

— Y si la necesitaba — un gemido involuntario dejó mis labios, muy cerca de su oído.

— ¿Y qué necesitas ahora? — su voz ronca, el brillo de su mirada, la rigidez de su cuerpo y el calor que Théo emanaba era capaz de entorpecerme, como una droga nueva que mi organismo nunca experimentó, haciéndome quedar alta y completamente perdida.

— De ti, te necesito ahora — dije con tanta convicción que me asusté al percibir cuánto era verdad.

— ¿Y cómo me necesitas? — Théo sentía la necesidad de oír, incluso que él supiera cómo, cuándo y dónde.

— Te necesito fuerte, duro, rápido y luego lento, te necesito de todas las formas — me giró tan rápido que sólo percibía su acción cuando ya estaba acostada sobre la cama y la toalla que cubría mi cuerpo, se encontraba en el suelo.

— Entonces lo tendrás — dijo, su cuerpo cubriendo el mío, su rigidez tocando mi cintura desnuda, mientras su mano subía hasta la piel expuesta de mis pechos, al mismo tiempo en que él lamía y mordisqueaba, arrancándome gemidos.

Theo subió a mis labios, explorándolos, obstinado, el beso se profundizó, sus suspiros y gemidos llenaron la habitación tenuemente iluminada. Presionó su frente contra la mía, luego me penetró, robándome el aliento y haciendo que mi corazón dejara de latir por un segundo.

— ¡Oh, mierda! — se metió más profundo y me hundió en el colchón cada vez que me penetraba — Tú eres tan... Eso es tan bueno...

— Sí — contesté, jadeante.

— Puta mierda. Te necesito todos los malditos días — dijo, haciendo mi pecho

rasgarse.

Yo deslicé mis manos por los laterales de su cadera hasta que se apoyaron en sus hombros, entonces las conduje hasta su cuello, echando una de ellas en sus cabellos. Yo sentí su olor que era una mezcla agradable de perfume, sudor y shampoo, Theo mordisqueó mi boca, murmurando algo incomprensible, perdido en mí mientras me perdía en él.

Bajé mis gritos en su cuello cuando sentía mi orgasmo. Fue tan rápido y tan natural que no pude evitarlo, yo simplemente no podía sostenerme por más tiempo porque la sensación de tenerlo tan grande entre mis piernas, presionando mi clítoris a cada embestida, era surrealista. Nada en el mundo podía ser tan bueno como nosotros dos juntos y yo no tenía ninguna duda en relación con aquello.

— Théo yo voy... — me incliné sobre el colchón, gimiendo mientras que serpenteaba bajo él.

— Cristo, yo amo cuando lo haces — él continuó, más fuerte y profundo, mientras yo llegaba al orgasmo, enterrando mis uñas en él —, diablos, Ana — él gruñó, firmando su cuerpo contra el mío, mientras gozaba conmigo.

Él giró su cuerpo, aún dentro de mí, poniéndome sobre él, de modo que no forzara mi pie, sólo me hizo descansar sobre él, sin separarnos, respirando con dificultad, hasta que el silencio se extendió por la habitación y nuestras respiraciones cesaron.

— Me gustaría morir así — Dijo, deslizado sus manos sobre mis espaldas, apretando mi culo en movimientos repetitivos, y su boca alcanzando la mía.

— Yo moriría tan feliz — lo sentí creciendo dentro de mí, entonces una sonrisa diabólica se extendió por su cara cuando lo miré a los ojos — No tengo culpa — sonreí, empezando a moverme lentamente sobre él, entonces nos entregamos de nuevo, porque nunca era suficiente.



— Déjame comer, Théo — dije, quitándome de su toque y sentándome en uno de los taburetes — Me has tenido dos veces, al menos déjame alimentarme antes de deshacerme en medio del siguiente orgasmo — me dio una sonrisa presuntuosa.

— Eso es lo que yo causo en las mujeres, sabes, toda esa sensación de desmayo — rodé los ojos, sosteniendo mi sonrisa, entonces alcancé el control de la televisión.

— Tú tienes el mayor ego que un tipo podría tener — rodeó la mesa y se abrazó detrás, enterrando su cara en mi cuello, inhalando en medio de mis cabellos y soltó un gemido dramático.

Théo tiró una de las banquetas y se sentó a mi lado, sirviéndose con un pedazo generoso de la torta que hice para Ariel y que no habíamos siquiera comido hasta aquel momento.

— Deberíamos tomar una foto con él — dije mientras él pasaba el dedo en la cubierta, llevándola hasta la boca.

— Tomamos la foto del mes frente a tu pastel de plátano raro.

— Sí, pero no fue con la vela de sirena y todo lo demás — mordí mi hamburguesa mirando a Théo.

— Ella va a superarlo — rodé los ojos — O podríamos tomar su manta y fingir que ella está enrollada en ella, entonces tomamos una foto falsa ya que ella está durmiendo.

— Tú eres ridículo — sonreí, masticando el pedazo de pan.

— Soy ridículo, pero masticado con la boca cerrada. Sabes, tuve educación cuando era niño, al menos.

Él se inclinó hacia mí y mordió un pedazo de mi sándwich. Sus ojos azules me miraron, mientras yo admiraba cuanto podía ser cada vez más hermoso. Su celular sonó sobre la mesa y mis ojos se desviaron a la pantalla automáticamente, un mensaje que decía “ella llegó hoy, temprano” me llamó la atención, pero no habría sospechado si no hubiera recogido el dispositivo tan rápido, haciendo que mi atención se volviera completamente hacia él, hasta que oímos el timbre, un hecho que hizo que mi corazón se acelerara, porque era la una y media. Mañana.

¿Quién diablos aparecía en la casa de los otros a aquella hora?

¿Tal vez la persona que llegó hoy temprano? Yo no sabía, pero cuando Théo salió en la dirección a la puerta para atender, yo sentía que lo que estaba fuera del otro lado de la puerta, sería nuestro fin.



Capítulo 25

“No tiene que tener sentido, ser la persona correcta, suceder en el momento correcto o ser igual que en las películas. Sólo tiene que dar esa sensación de felicidad inquebrantable, ¿sabes?”

(Pequeña Sirena)

Él atravesó el césped, hacia la puerta, caminando con tanta prisa que me hizo asegurarme de que sabía quién estaba esperándolo. Yo lo miré desde la puerta, sólo usaba una camisa suya y no podía

salir de esa forma, entonces sólo crucé los brazos y esperé, mi corazón golpeaba fuerte, esa sensación hizo a mi estómago retorcerse.

Yo caminé hasta el interfono y lo llamé, una luz fuerte encendió, mostrando la imagen de una mujer, entonces apreté el botón del micrófono, haciendo que yo pudiera escuchar su conversación. La mujer cruzó los brazos sobre el pecho, y miró para el lado, haciendo el gesto “no” con la cabeza varias veces, entonces ella habló:

— No me voy, Théo! ¡No me voy! — ella lo miró, decidida.

¿Quién diablos ella era? ¿él tenía a alguien y no me había hablado de ella? La posibilidad de que Théo estuviera engañándome todo aquel tiempo me hacía querer vomitar.

— Tiene dos minutos para salir de mi propiedad o llamo a la prensa y tú tendrás todo el foco para ti en esos sitios idiotas de chismes en los que tanto apareces.

¿Sitios de chismes? ¿Era famosa?

— ¡Quiero verla! ¡Déjame verla, Théo! — Dios, verla, ¿a quién quería ver? ¿Yo? No podía entender, todo era tan confuso — ¡Ella es mi hija!

Dios mío, Dios mío, Dios mío, no.

— Ella no es tu hija, Lindsay! ¡Sal de aquí, mierda!

¿Lindsay? Mi corazón golpeaba rápido, causando una ceguera momentánea, mientras yo me apoyaba en la pared frente a mí, tratando de reanudar el aire. No era posible que después de casi un año aquella mujer estuviera dispuesta a llevarse a Ariel de nuestro lado. No era posible que eso sucediera, porque Dios, ninguno de nosotros dos sobreviviría si lo hiciera.

— ¡Por supuesto que lo es! Yo la cargué por nueve meses en mi vientre.

— ¿Y eso es ser madre? Tú no sabes lo que significa esa palabra porque cargar un bebé en la barriga y luego abandonarlo en la puerta de una persona que ni siquiera conoces. Eso no ser madre.

— Tú no eres cualquier persona, eres el padre.

— ¡¿Ah, entonces ahora soy el padre?! ¡El hecho de haber comido tu culo una vez no te hace conocer mi carácter! Tú no tenías el derecho de abandonarla; pero menos mal que lo hiciste, porque Ariel no sabe la suerte que tiene de no tenerte como madre — él hizo una pausa — ¡Sal de aquí ahora o yo me libero de ti con mis propias manos!

— ¿Es una amenaza?

— No, no es, porque no soy hombre de amenazar, yo soy hombre de actitudes — oí el estallido alto de la puerta cerrándose, entonces ella se volvió hacia el camino, antes de girar el cuerpo hacia él de nuevo.

— Voy a volver aquí en unos días y entonces la apartaré de ti!

— Tú tendrás que matarme primero.

Yo la miré caminando hasta el coche aparcado a su lado, entonces ella entró en él, saliendo de mi campo de visión. Me alejé del interfono después de apagarlo y las lágrimas se deslizaban por mi cara mientras me alejaba, caminando en círculos, desesperada, esperando que Théo atravesara la puerta de la entrada y me dijera que no sabía que estaba viniendo; que él no hacía la mínima idea de quién era, incluso sabiendo que no era posible, porque él parecía saber mucho sobre su existencia.

Cuando él pasó por la puerta, sus ojos encontraron los míos inmediatamente.

Se secó una lágrima, mientras miraba al hombre delante de mí para cerrar la puerta con fuerza, dando un golpe en la madera maciza, manteniendo su puño apoyado en ella, al mismo tiempo en que él apoyaba su frente, respirando descontroladamente, mientras daba batidos ligeros y controlados con la cabeza en la puerta delante de ella, murmurando algo incomprensible.

Yo le di el tiempo que él necesitaba, manteniéndome con los brazos cruzados, esperando que Théo se volteara y dijera lo que yo quería oír. Él estaba descontrolado y verlo de esa forma hizo que mi corazón se rompiera en miles de partes. Él se volvió, sus ojos miraban el suelo, mientras que mantenía sus manos en los bolsillos, teniendo los músculos del brazo tensados, aun respirando con dificultad.

— ¿Hace cuánto tiempo lo sabías? — las palabras dejaron mi boca, mientras que las nuevas lágrimas se deslizaban por mi cara.

— Un mes.

— ¡¿Un mes?! — mi voz salió estrangulada, mientras yo me descontrolaba con la idea de perder a Ariel para siempre — ¿Y tú creíste que yo no debería saberlo?

— Yo sabía que sí, pero hablar de ella parecía dejar más real la situación y yo no quería creerlo.

— ¿Cuándo, exactamente, te enteraste, Théo?

— Fue el día en que nos besamos por primera vez, cuando estábamos en la cocina — lo miré, confusa, repasando aquella noche en mi mente. Entonces recordé lo que él le dijo sobre los sitios de chismes y la ficha cayó en ese momento.

— ¿La viste en la televisión? — pensé en voz alta.

— Sí, entonces la apagué — ahora todo tenía sentido y una parte de mí sintió alivio por saber que él se había alejado de esa forma por causa de lo que sucedió y no por tener dudas en relación a nosotros — Después fue fácil investigar sobre ella y descubrir su identidad y todo lo demás. Fue cuando supe que ella estaría de vuelta en el país y tuve seguro que vendría aquí.

— Dios.

Me senté en el primer escalón en la escalera, en el mismo lugar donde encontré Théo desesperado con Ariel en su regazo cuando tenía pocos días de vida. Ahora ella estaba a punto de hacer su primer año y yo estaba allí, pero con un nuevo drama entre nosotros, porque perder Ariel era mucho peor que cualquier cosa que podía pensar y el deseo que sentí de hacer cosas crueles y desesperadas para impedir que ella la sacara de nosotros sólo mostraba cuánto estaba trastornada.

— ¿Quiere la guarda de Ariel? — mi voz salió estrangulada.

— Probablemente. Ella no lo dijo, pero quiere verla.

— ¿Y crees que lo consiga? — nunca había sentido tanto miedo en toda mi vida.

— Ella es la madre.

— Dios, necesito un tiempo para digerir esto — me levanté, empezando a subir las escaleras, escalón por escalón, pisando con mi talón para no forzar demasiado el pie.

— ¿Qué estás haciendo, Ana?

— Necesito un tiempo, Théo. Necesito estar sola, necesito pensar.

Él me dio el espacio que necesitaba, mientras yo continuaba subiendo.

Me senté en el sillón al lado de la cuna de Ariel y las lágrimas se deslizaban por mi rostro, con la desesperación de perderla consumiéndome. No era justo con Théo, no era justo conmigo y mucho menos con Ariel. La imagen de él teniendo que entregarla se repetía en mi mente miles de veces. No era posible que eso sucediera, que ella estuviera de vuelta y que creyera que podía dejar a una niña en la puerta de Théo y diez meses después buscarla como si estuviera de vacaciones.

Sequé una lágrima al mismo tiempo que admiraba a Ariel durmiendo, serena, con la barriguita subiendo y bajando, el cuarto iluminado sólo por una luminaria en un formato de nube, usando un pijama con estrellas que brillaban en la oscuridad, igual que las que pegamos en el techo de la habitación hace dos meses. Todo lo que estaba dentro de aquella habitación había sido

construido y organizado por nosotros. El closet que compré por internet, con marco de hierro en blanco, rodeado de rosas con pequeñas hojas contorneando arco, el voile con acabado en encaje en el centro y en las puntas, el protector de cuna de estrellas y nubes que elegí como tema, combinando con la cómoda en rosa bebé con tiradores de nubes. La alfombra redonda en el centro de la habitación, frente al sillón de cuero en el mismo tono de rosa de las rosas del pabellón y cómoda. La cortina blanca con tejido fino y ligero, presas en los laterales con el marco del arco de rosas que había comprado junto a la araña para emparejarlo.

El oso blanco que quedaba en uno de los nichos en la pared que Théo trajo después del trabajo y una abeja de peluche que él había sacado en una de aquellas maquinas que tú pones un verdadero esfuerzo para intentar conseguirlo. La caja de remedios que llenamos a lo largo de los diez meses, según Ariel tenía virosis, fiebres, mareos; el termómetro que usábamos cada diez minutos cada vez que tomaba una vacuna.

Sequé mi cara con un body que estaba sobre el brazo del sillón para que yo lavase al día siguiente, sintiendo el olor de bebé sobre el tejido, el perfume que compré en un catálogo de bebés, junto a jabones y una jabonera, poco después dejamos de usar los antialérgicos a los tres meses.

Teníamos una historia, los tres, y de repente estaba amenazada. No tenía miedo de lo que vivimos, de las cosas de que he abandonado, porque nunca me arrepentiría u olvidaría de cada pequeño momento al lado de ella, pero temía lo que estaba por venir, porque no había ningún pensamiento de mi futuro que no incluyera la imagen de Ariel a mi lado. Le di un beso en su frente, admirando a Ariel por unos minutos antes de dejarla en el cuarto y bajar las escaleras, cargando mi bolsa, encontrando a Théo en el sofá de la sala, su cabeza enterrada en las manos, recostada a un vaso de whisky y una botella con el líquido a la mitad, que probablemente había tomado en la última hora en que me ausente, al lado de sus pies.

— Tú me estás dejando también — no era una pregunta, y él siquiera movió un músculo al decir esas palabras.

— Necesito un tiempo, Théo — él asintió, la cabeza aún enterrada en las manos.

— Lo siento por no contártelo. Yo te estaba ahorrando unas semanas de sufrimiento.

— Lo sé, lo entiendo, sólo que tendría algunas semanas para pensar al respecto en lo que podríamos hacer y ahora ella golpeó a tu puerta queriendo a Ariel y cuando me parpadeo, que se ha llevado a cabo. es mucha información a la vez.

— ¡Ella no lo hará! — él se volvió hacia mí, los ojos inyectados, perdidos en mí — ¡Joder! — arrojó el vaso en la pared, el cristal se rompió en cientos de pedazos. Mi corazón latía acelerado, nunca lo había visto de esa forma y me asusté con la imagen del hombre frente a mí.

Yo toqué su antebrazo y lo tiré hacia un abrazo mientras él se resistía a mi tacto, hasta que se derrumbó, enterrando su cabeza en la curvatura de mi cuello, a los llantos. Yo lo apreté fuerte contra mí, sintiendo sus hombros oscilar mientras él lloraba, haciendo que mi corazón se rompiera en mil pedazos, porque nunca había visto Théo llorar antes, y la imagen de aquel hombre viril sin armaduras me hizo amarle aún más. De ninguna manera que lo dejaría en ese estado, entonces dejé mi bolsa deslizar por el brazo, hasta alcanzar el suelo.

— Te amo, Théo, y vamos a pasar por eso, juntos.

Él se alejó de mí a una distancia mínima, sólo para que pudiera mirarme en los ojos. Su expresión era de espanto y aunque él se había roto en aquel momento, una media sonrisa se formó en medio del caos que él estaba pasando.

— Pensé que estabas enamorado de mí, ya sabes, tu confesión por mensaje.. — gruñí recordando aquella pavada.

— Cuando creo que no puedes ser más presumido, entonces voilá, tú abres la boca y...
— Théo descansó la cabeza nuevamente en mi hombro, inhalando mi olor al mismo tiempo que mantenía en su apretón, su mano presionando mi nuca.

— Te necesito, Ana, necesito que te quedes conmigo, para enfrentar esto conmigo — asentí, mirándolo con vehemencia — No puedo perder a Ariel, así como tampoco puedo perderte. Yo necesito tanto de las dos que siento como si fuera morir con la idea de estar solo.

Wow.

El alcohol había alentado a Théo a abrirse ante mí y oír esas palabras fue como un choque de realidad de lo que él sentía, porque hasta ese momento, nosotros expresábamos lo que sentíamos el uno por el otro con acciones, porque acción es lo que realmente importa; pero escuchar esas palabras me movía demasiado el piso, me movía demasiado con la forma que yo lo veía, haciéndome creer que las palabras también tenían el mismo peso que las actitudes.

— Y yo te necesito, Théo, también a Ariel, pero encima de todo, que seas sincero conmigo, porque si me quieres a tu lado, necesito que confíes en mí — pausé, mirando sus ojos, la forma en que me miraba me hacía querer besarlo hasta que mis pulmones se quemaran en llamas.
— Entonces, por favor, cuéntame siempre la verdad, aunque eso me mate, no me perdones.

— Dios, a veces creo que tengo una puta suerte por tenerte conmigo.

— Yo sé, soy una persona increíble — me encogí de hombros, tratando de hacer que el clima se volviera más ligero. Un suspiro pesado dejó sus labios, el olor del alcohol me alcanzando, mientras sus manos se deslizaban por el lateral de mi cuerpo.

— Prometo no ocultarte nada más y, para que quede registrado, yo también te amo — Théo se alejó, sosteniendo mi cara entre las manos — Te amé en el mismo segundo en que abriste aquella puerta y caíste de cuatro en el suelo — una pequeña sonrisa se formó en sus labios, entonces él me besó, presionado mi espalda en la pared detrás de mí, al mismo tiempo su mano tocaba la vaina de mi camiseta, levantándola con rapidez — Y ahora voy a cogerte tan fuerte que eso será capaz de hacernos olvidar todo lo demás.



Capítulo 26

“Quisiera que alguien te hiciera pensar que cualquier hola o cualquier adiós pueden tener algún significado especial.”

(Pequeña Sirena)

Théo

Hace exactamente un mes desde el día en que Lindsay apareció en mi puerta y me prometió que

volvería a buscar a mi hija. Fue exactamente un mes en el que acostaba mi cabeza sobre la almohada, pero no dormía. Ana y yo habíamos pasado último mes juntos, ella había dormido en mi casa todos los días y Dios sabe cuán feliz estaba de tenerla a mi lado en un momento tan jodido de mi vida.

La miré a mi lado, su respiración profunda evidenciaba que estaba en un sueño profundo y yo la envidiaba en el mismo segundo, a pesar de saber que ella se había ido a dormir a las tres de la mañana porque habíamos pasado gran parte de la noche conversando, ya que los dos simplemente no conseguíamos dormir más. Me incliné sobre ella, liberando su cara de una mecha gruesa de cabello y besé su frente antes de sentarme en la cama, arrastrando mis piernas fuera de ella, mis pies descalzos tocaron el suelo gélido por debajo de mí, lo que me hizo despertar aún más conforme me obligaba a levantarme después de pasar horas tratando de dormir. Caminé hasta el baño y lavé mi cara, Mirando a mi figura deprimente en el espejo, ya no era el mismo, me sentía mal al pensar en perder a mi hija.

Entré en la cocina e hice un biberón, luego volví a subir a su habitación, el reloj marcaba las 5 am y, aunque Ariel no se había despertado para pedir comida, por lo general la llevaba antes de irme al trabajo para que ella pudiera dormir un poco más. Me senté en el sillón, apoyando los codos sobre las piernas, admirando a mi hija dormir. Su expresión serena y ajena a toda la mierda que la rodeaba, pensando por milésima vez en lo que sucedería con ella si Lindsay conseguía separarla de mí.

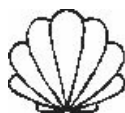
Ninguno de mis pensamientos eran hermosos o tranquilos, o terminaba conmigo aceptando que ella la separaría de mí. El pensamiento de huir con Ariel a otro país pasaba por mi cabeza todo el tiempo, pero yo no podía hacerlo, sabía cómo funcionaban las cosas y sabía que Lindsay podría acusarme de secuestro y luego la perdería para siempre. Estaba enloqueciendo. ¿En qué tipo de monstruo me había convertido? ¿Qué tipo de persona era? Me gustaría saber, porque el pensamiento de matar a Lindsay también pasó por mi cabeza decenas de veces.

¿Estaba loco? ¿Era un homicida? ¿O era sólo un jodido padre desesperado?

Cuando Ariel terminó de mamar, recogí el biberón mientras admiraba a mi hija en la cuna. Lindsay estaba de vuelta. ¿Y si ella se convirtió en una buena madre? ¿Y si realmente estaba arrepentida? La idea de que aquella mujer se había arrepentido, y que ahora querría ser la madre de Ariel no cabía en mi cabeza, no me convencía, porque ella podría haber golpeado a mi puerta y pedírmelo de la forma correcta, podría haberme contactado antes, tener una conversación conmigo primero, y después pedirme verla. No, ella simplemente golpeó a mi puerta en medio de la noche y exigió ver a Ariel antes de decir que la apartaría de mí.

Cerré el mosquitero y apagué la luz de la luminaria que para aquella hora ya no era necesaria, entonces cerré la puerta, volviendo a mi cuarto para tomar una ducha antes de ir a trabajar, sintiendo algo extraño dentro de mí, esa mañana, casi como un presentimiento; tal vez era por el hecho de que Ariel estaba cumpliendo once meses ese día, tal vez.

No estaba seguro, pero algo dentro de mí estaba a punto de romperse, y lo podía sentir con antelación.



Cuando entré a la cocina, horas después, Ana estaba cubriendo la torta, inclinada sobre la mesa, con los senos aplastados contra el mármol, estallando bajo el escote, haciéndome querer

lamer cada pedazo de piel expuesta en el mismo segundo en que atravesé la puerta.

Ella levantó la mirada por encima de las pestañas y la sonrisa que dio llenó mi pecho al mismo tiempo en que despertó mi palo. Era una sonrisa diabólica que ella siempre daba antes de provocarme, entonces se inclinó un poco más, empujando el culo mientras arreglaba el pastel, algo que ella no necesitaba hacer, pero que hacía solamente para instigarme.

— Inclínate un centímetro más y voy a cogerte sobre esa mesa — dije, liberando el apretón de la corbata, retirándola — Después de atarte con esto.

— Humm — ella se inclinó aún más, mientras yo daba la vuelta a la mesa, mirando la piel expuesta de sus piernas, hasta que se empujó un poco más, haciendo subir el tejido fino del short, revelando su culo.

— Puta mierda, Ana. Eres la ama de casa más sabrosa que conozco.

Una risa escapó de sus labios cuando ella giró, quedando de frente para mí, con los brazos en mi cuello.

— Te extrañé tanto a lo largo del día — hizo una voz mansa, raspando la nariz en mi cuello — sabes, me siento tan sola — me estaba provocando y la forma en que lo hacía me enloquecía.

— Puedo acabar con tu dolor ahora mismo — dije, abriendo los botones de mi camisa mientras su boca se deslizaba donde abría y liberaba el camino.

— ¡Papá! — Ariel gritó a mi lado, haciendo carcajear a Ana.

¡Hija de puta! Ella se estaba burlando de mí, haciéndome creer que Ariel estaba durmiendo, solo para volverme loco.

— Hola, pequeña Ariel. ¿Cómo estás? — la saqué del andador, mientras Ana aún se reía a mi lado — Y tú — mire a Ana — Tendrás una lección más tarde.

— No puedo esperar — respondió, apoyando su barbilla en el brazo con el sostenía a mi hija.

— Me siento tan viejo cada vez que haces estos pasteles en conmemoración, porque el tiempo pasa tan rápido que no puedo creer que el mes que viene es la fiesta de un año.

— Sí, y me estoy volviendo loca al respecto, como, me estoy volviendo loca en el nivel más alto ¿Sabías que hay papel higiénico de la sirenita? Tipo, ¿Quién querrá pasar la suela por el culo? ¡No lo puedo creer!

— Cristo, yo entendería si fuera un papel higiénico de Úrsula — respondí, haciéndola reír — Aunque conozco alguien a quien le gustaría tener una suela en el culo.

— ¡Dios mío! — gritó, poniendo la mano en su boca — Eres asqueroso.

— Lo sé — miré a mi hija usando una tiara de concha, probablemente para tomar la foto de once meses, conociendo a mi novia, Ariel debería tener un libro para esa época. El Gato corrió a mis pies, arrastró su cuerpo entre mis piernas y maulló en mi presencia.

— El Gato también te ha extrañado — ella arqueó las cejas, burlándose de mí.

— Tú seguramente tendrás una lección más tarde — ella rodó los ojos de forma graciosa, como siempre hacía cuando la irritaba.

Era aterrador como Ariel se parecía a ella, las expresiones que hacía, la forma como sonreía o esquivaba cuando llamaba su atención. Era como tener una miniatura de Ana, pero parecida a mí. El hecho de Ariel fuera una copia fiel de la mujer que yo amaba, aquello hacía un nudo en mi cerebro, porque era como si Ariel fuera nuestra y tener a su madre, que ni siquiera debería ser llamada así, de vuelta, estaba de hecho enloqueciéndonos.

— ¿Y entonces, ya pensaste en el regalo de un año para Ariel? — abrió el armario, sacando dos platos de allí.

— No hay mejor regalo que tenerme como padre.

— Dios mío, Théo, estás insoportable hoy — giró el cuerpo, abriendo el cajón al lado del fregadero, tomando dos tenedores y el cuchillo para el pastel.

— Estoy hablando en serio — miré a mi hija — ¿No me crees el mejor regalo para Ariel?

— Papá — habló, entusiasmada, revelando sus dientes del frente en una gran sonrisa — Papá.

— No es justo, ella no entiende — Ana colocó la vajilla sobre la mesa y besó a Ariel antes de abrir la nevera.

— Amama — ella extendió los brazos hacia Ana.

— ¿Estás viendo, Théo? Tu hija ha estado lejos de ti todo el día y aun así me prefiere a mí — estaba en lo correcto, Ariel me amaba, claro, pero estaba siempre aferrada a Ana.

Cuando ella se lastimaba, la primera persona a la que miraba antes de empezar una lloradera sin fin era a Ana, cuando se tocía un dedo o golpeaba su brazo en algún lugar, quería a Ana para que besara su herida, para sanarla, y confieso que sentía un poco de envidia en relación a las dos, pero al mismo tiempo sabía que ellas eran tan unidas porque pasaban casi 24 horas al día juntas, mientras yo estaba afuera el día entero.

— Vamos a tomar esa foto porque me estoy muriendo de hambre — Ana alzó a Ariel después de encender la vela, entonces colocó el celular sobre la bancada y corrió hacia mi lado.

— ¡Digan pequeña Ariel! — gritó, entonces le robé un beso exactamente en el momento cuando estalló el flash.

— Oh — me miró avergonzada, desviando la mirada, como si nunca nos hubiéramos besado antes — Ok, no tienes que decir pequeña Ariel, entonces — sopló la vela, arqueó el cuerpo con Ariel en el regazo, mientras ella daba gritos de felicidad por la torta de colores.

— Nama.

— ¡Sí, pequeña, casi un año! — sacudió a mi hija en el regazo, mientras yo partía un pedazo de pastel.

— Y la primera rebanada va para el papá que pagó por los ingredientes del pastel — el timbre sonó, haciendo que yo mirara a Ana.

Sus ojos se fijaron en mí y la expresión de pánico en su rostro denunciaba estar pensando lo mismo que yo en ese momento.

— ¿Estás esperando a alguien, Théo? — negué con la cabeza, mientras caminaba hasta el interfono, conectando la pantalla para mirar a quien estuviera del otro lado. Lindsay.

— Es ella, Théo, ella vino a buscarla. Por favor, no dejes que se la lleve, Théo.

Salí de la habitación, pasando por la puerta como un misil teleguiado, atravesando el jardín en dirección al portón. Mi sangre hirviendo en las venas, mi visión borrosa, mis pulmones quemando, una voluntad sin fin de aplastarla hasta que cayera muerta a mis pies y yo sabía que nunca más correría el riesgo de perder a mi hija.

— Buenas noches — la voz de un hombre que no conocía azotó mis oídos, haciéndome querer matarlo también — ¿Théo Arantes?

— Sí.

— Soy el abogado de Lindsay Woods, y él es el oficial Roberto Ferraz — estiró la mano hacia mí, pero lo ignoré, entonces prosiguió.

— Tenemos una concesión de visita a la madre Lindsay Woods por los próximos dos días.

Tomé el documento y lo analicé durante unos minutos antes de devolverlo.

— ¿Por qué estás haciendo esto? — la miré. Estaba sujetando la puerta con tanta fuerza que mi palma ardía en protesta, al mismo tiempo que sentía un enorme mareo, la desesperación de perder a mi hija, la causa perdida que nunca estuvo tan cerca.

— Ella es mi hija y quiero pasar un tiempo con ella. ella chocó contra mi cuerpo, golpeando mi espalda contra la puerta mientras caminaba hacia mi patio con los dos hombres.

— Puedes hacerlo aquí, no es un objeto para que quieras pasar tiempo con ella, Ariel es una niña, necesita amor, no inestabilidad.

— Lo sé, y le daré lo que necesita — respondió, caminando sobre sus talones hacia mi casa, como si ella conociera el lugar mejor que yo — ¿Dónde están ella?

— Papá — gritó Ariel desde puerta, aún en el regazo de Ana, mirando a los tres con una expresión indiferente.

Ana miró a Lindsay aún en la puerta, con sus ojos rojizos por el llanto y yo sentía vergüenza por haberme relacionado con alguien como ella, ¿qué tipo de persona hacía algo así? ¿Qué tipo de mujer preferiría una vida de lujuria y la fama a tener a su hija en los brazos? Dos mujeres tan diferentes.

Ana me miró fijamente, con una mirada suplicante, haciéndome sentir aún más inútil, porque no había nada que yo pudiera hacer. Lindsay saldría con ella en sus brazos esa noche de todos modos, pero incluso sabiendo lo que pasaría, sentí que mi corazón estaba siendo arrancado del pecho.

— ¡Hola hija! — ella puso su mano en la boca, mirando a Ariel en el regazo de Ana — Eres tan parecida a mí. Ven aquí — estiró los brazos, al mismo tiempo en que percibía el apretón de Ana intensificándose, mientras que Ariel seguía mirando a Lindsay como lo que realmente era.

Una extraña.

— ¿Quién eres tú? — preguntó con desdén, mirando a Ana.

— Yo. Yo soy...

— Mi novia, la mujer que cuidó de Ariel desde que la dejaste en mi puerta, dentro de un maldito cesto abandonada a su propia suerte.

— Estoy aquí ahora — ella cruzó los brazos sobre el inmenso escote.

— Un año después.

— ¿Y qué? me equivoqué, okay, pero estoy aquí ahora — Ella tomó a Ariel, haciéndola llorar, jugándose de vuelta en el regazo de Ana.

— Papa. Papaaaaa.

— ¿Hasta cuándo? ¿Hasta firmar tu próximo contrato internacional? — mi voz salió estrangulada por el nudo enorme que embargaba mi garganta. — ¡Tú estás destruyendo mi vida, estás traumatizando a tu hija, mierda!

— Deja de hacer drama, Théo. Agradezco el tiempo que cuidaste de ella mientras estaba fuera, pero asumo mi responsabilidad desde aquí.

— ¿Te estás escuchando? ¿Qué tipo de monstruo eres?

— Tienes que calmarte — el oficial me reprendió.

— Arregla las cosas de ella, Théo. Ella se queda conmigo por dos días, después tú la tomas de vuelta.

La forma en que ella hablaba me hacía odiarla aún más; pero ver a mi hija llorando en su regazo sin que yo pudiera ayudarla hacía que mi corazón se partiera pedazo por pedazo. Sentía mis rodillas debilitar, una desesperación sin fin me había tomado, mientras veía mi pequeña resbalando entre mis dedos, partiendo y la realidad de los hechos cada vez más nítida.

— Por favor, Lindsay, no lo haga, por favor — a esa altura ya no me importaba más, me

arrodillaría a sus pies si fuese necesario, porque la idea de no tener a Ariel conmigo me mataba a cada maldito segundo.

— Arregla las cosas, Théo. Yo no voy a cambiar de idea — miré a Ana, sin saber qué hacer. Ella secó una lágrima, entonces alzó la cabeza, mirando a Lindsay.

— Ven conmigo, te voy a mostrar el cuarto de Ariel y explicar todo lo que quieras. Es necesario saberlo — su voz era casi inaudible y empeoraba bajo los gritos de Ariel, causando que la levantara del regazo de Lindsay.

— Papa — ella puso las manos sobre mi cuello, aferrando su mano a mi nuca, mientras sollozaba — Papa — la abracé fuerte, caminando hasta el sofá y sentándome en él, mientras Ana subía las escaleras con Lindsay golpeando los tacones altos atrás y el policía las seguía.

Veinte minutos pasaron como un soplo, haciendo insuficiente el tiempo que tuve para despedirme de mi hija. Tenía certeza de que Ana había enrollado lo máximo posible para que yo pudiera tener un tiempo más con ella, y lo agradecía con todas mis fuerzas pero no era suficiente. Apreté a mi hija en mi regazo cuando Ana se acercó a nosotros, sosteniendo un chaleco entre los dedos, vistiendo cuidadosamente a Ariel.

— Papá te ama — la besé en su frente, mirando a mi hija a los ojos, como si ella pudiera entenderme. Ana la agarró, entonces la besó en el mismo lugar, antes de abrazarla fuerte.

— Tenemos que irnos — el abogado habló de dónde estaba en la puerta.

— Te amo, sirenita — le entregó a Ariel a Lindsay y en ese mismo momento ella empezó a llorar, estirando sus brazos hacia los dos, la punta de los dedos sosteniendo el tejido fino de la camiseta de Ana, haciéndola sollozar.

El abogado caminó hacia nosotros, recogiendo las maletas de Ariel que Ana había organizado, entonces encajó las tiras en sus hombros, conforme Lindsay se alejaba con mi hija en brazos, quien me miraba sobre el hombro de ella, sus ojos oscuros mareados, con lágrimas escurriendo sobre su cara, haciendo que sintiera mi corazón siendo arrancado desde dentro de mi pecho.

— Te voy a enviar un mensaje con todo lo que necesitas saber por si te quedaste con alguna duda, y su tarjeta sanitaria está en el bolsillo delantero por si pasa algo. Ella no duerme sin el chupete y sin la manta rosa, no olvides — Ana pasó de una vez, sin respirar, mientras Lindsay la miraba con los ojos — ¿Tienes un asiento para bebé en el auto? — ella miró al abogado, que negó con un gesto — Sugiero que lleve el nuestro entonces, porque no puede ir suelta dentro del coche.

— Ana ma.ma.ma — ella levantó los brazos lanzándose a Ana, su rostro rojizo, desesperada, entonces ella dijo: — Mamá.

— Oh, Dios mío — Ana se paró en el camino, poniendo las manos sobre su boca, mientras Lindsay cerraba la puerta detrás de ella, desapareciendo de nuestra línea de la visión, llevando a nuestra niña consigo.

Yo envidiaba a Ana por la forma en que se mantenía estable y conseguía pensar en todos los detalles, porque yo sólo conseguía ver oscuridad y mal oía lo que estaban diciendo, apenas sentía mi estómago contorneando y el nudo en mi garganta que no deshacía.

Al final caí de rodillas sobre la alfombra de la habitación, ocultando mi rostro entre las manos, mientras me sentía derrotado, impotente e idiota, porque había dicho que ella sólo se llevaría a Ariel si me matase, a pesar de que a esa altura, me sentía muerto.



Capítulo 27

“No tienes idea de cuántas cosas quería decirle cuando me callaba.”

(Pequeña Sirena)

Ana

Un día había pasado y me sentía como si fuera un mes. No conseguía pensar en el dolor de una

madre al perder un hijo, porque Ariel no era mía, y ni siquiera la había perdido para siempre, pero me sentía como si estuviera muriendo un poco más a cada nuevo segundo. Había mirado mi celular por décima vez, pero Lindsay ni siquiera había enviado el mensaje.

El día en que apareció en la casa de Théo para llevar Ariel, mi primer pensamiento fue despreciarla, humillarla, saltar sobre ella y darle a aquella mujer lo que ella realmente merecía, pero no podía hacerlo, no podía por Ariel, porque yo necesitaba mantener a Lindsay cerca de mí, porque si no puedes contra alguien, entonces te unes a él. Fue más o menos así que funcionó.

Crucé la calle, sintiendo el peso del día en mis hombros, un dolor de cabeza y luego apreté el timbre de la casa de mi hermana, mirando la imagen del último cumpleaños de Ariel que acababa de revelar para poner en la nevera junto a las otras diez, analizando por milésima vez, la forma en que Théo me besó en el momento en que la foto fue tomada y la expresión en la cara de Ariel, mirando hacia arriba, tocando suavemente nuestras caras con cada mano.

Juan corrió hacia fuera, atravesando el patio a los gritos. En el primer momento pensé que era euforia a verme, pero cuando miré en sus ojos y los vi tomado por el pánico, inmediatamente puse el pequeño muro y corrí hasta él.

— ¡La golpeó! Él está allí, él golpeó de nuevo — las palabras enrolladas me dejaron confusa por un instante.

— ¿Que estás diciendo? ¡Habla despacio, respira!

— ¡Andrew está golpeando a mi madre!

— ¡Quédate aquí y no te mueves! — dije, corriendo hacia el interior de la casa, entrando por la puerta del lavadero, donde ya era capaz de oír el llanto de mi hermana.

Alcancé la escoba que estaba apoyada sobre el tanque y caminé hasta la cocina a pasos lentos, tratando de no hacer ningún ruido. Los ojos de Karen me encontraron y le pedí que hiciera silencio, entonces ella cubrió su cara cuando él la golpeó de nuevo, y en el mismo instante lo golpeé en la cabeza, usando todas mis fuerzas de manera que él cayó en el suelo. Ella se levantó y corrió hacia mí, abrazándome en medio de un llanto descontrolado.

— ¡Está borracho! — gritó, abrazándome, al mismo tiempo que yo la arrastré hacia la calle, alcanzando mi celular y llamando a la policía.

— Dios, Karen, ¿qué mierda fue eso? — dije al apagar el celular, caminando hasta mi sobrino que estaba sentado en el suelo, sosteniendo sus rodillas en un apretón fuerte — Está todo bien, amor, ven aquí — lo abracé — No tengas miedo, eso nunca más va suceder — lo abracé, mientras miraba la puerta de atrás, temiendo de que él saliera de allí e intentara algo.

— ¿Desde cuándo, Karen? — ella desvió la mirada — ¿Cómo fue que eso sucedió? — pregunté, sintiendo las lágrimas quemando mis ojos, buscando en mi mente señales que yo vi, pero no les hice caso. Entonces recordé las manchas que vi en mi cumpleaños, de la forma en que actuaba conmigo en los últimos meses, en la forma en que había cambiado, que se convirtió en una persona que nunca fue — Dios. Hace tiempo — me dije a mí misma, me sentía una hermana horrible, y mi estómago se contorsionó — Lo siento, Karen — la abracé, sintiendo las lágrimas escurriendo en nuestros rostros, mientras ella sollozaba bajo mi apretón.

— Fue a los pocos meses. Comenzó prohibiendo algunas ropas. Sólo espero que termine aquí.

Nos giramos al escuchar la sirena de la policía, levanté la mano para hacer una señal, mientras la puerta del pasajero se abrió y un policía salía del vehículo, entró por la puerta, con la pistola en la cintura mientras averiguaba el patio. Señalé la puerta de atrás y dije dónde debería estar Andrew, así que entraron, y lo encontraron sentado en el suelo junto a un pequeño charco de sangre donde lo esposaron el mismo segundo y cinco minutos después, Karen y yo íbamos

presentar una denuncia ante la policía.



— Puedes ir a jugar con tus muñecos en tu habitación, hijo —le dijo Karen A su hijo y él abrió los ojos.

— No juego más a los muñecos, ma, ya soy grande. Ella dejó escapar un pequeño suspiro.

— Espera, yo te enciendo el videojuego. Tu abuelo lo trajo del taller esta semana — le dije, agarrándolo de la mano y llevándolo hasta la habitación que mi padre había hecho para él en su casa — Querido, necesito conversar unas cosas contigo, será rápido — él asintió, sentándose en la cama, mirándome curioso — Sólo quería decir para que no tengas miedo. Lo que has presenciado hoy nunca más se repetirá, y tú puedes estar tranquilo, no quiero que sientas miedo nunca más, porque tú no volverás a ver a Andrew.

— ¿Nunca más? —sus ojos se abrieron.

— No, y quiero que me prometas que no vas a tener miedo por las cosas que sucedieron y que nunca más me esconderás nada — él abrió una sonrisa, faltando dos dientes que habían caído hace poco, aumentando su colección de dientes.

— Lo prometo, tía Ana — lo abracé — Y prometo que cuando crezca nunca voy a golpear a una chica —una sonrisa orgullosa se formó mis labios.

— Buen niño.



Me servía de la tercera taza de café mientras mi hermana nos contaba a mi padre y a mí todo el detalle de cómo Andrew comenzó a volverse abusivo. La forma en que él comenzó a controlar su ropa, luego la privó de ir a ciertos lugares, ver a ciertas personas, la forma en que la alejó de su familia, la forma en que se sentía cansada de trabajar dos veces, por lo que empujó su relación con su barriga hasta que él la agarró del brazo una vez, y la otra vez la apretó, y la primera bofetada en su cara y ahora, los golpes y los puntapiés y me pregunté si no habría venido a visitarla, ¿cuál hubiera sido la próxima primera vez?

— Tú te quedas aquí conmigo, no quiero que vuelvas a tu casa. Contrataremos un equipo para hacer la mudanza y te quedas aquí por el tiempo que quieras, y cuando te sientas segura, nosotros buscaremos una casa nueva, un apartamento de preferencia, donde hay un portero, alguien que administre la entrada de desconocidos en el edificio — Ella asintió, concordando con mi padre.

Podía sentir como él se sentía tan culpable como yo por el hecho de no haber notado lo que estaba pasando con ella.

— Lo siento, Ana, por haber actuado como actué contigo durante los últimos meses. Estaba cansada y me sentía presa, presionada, y oía que te quejabas de una vida perfecta mientras que yo sufría, por eso enloquecí — asentí, secando otra lágrima.

— No tienes que disculparte, tú no eras aquella persona y yo conocía.



— Y ahora ella se quedará con mi padre por un tiempo — le dije a Théo, que se sentía aturdido.

— ¡Dios, Ana!, ¿tienes idea de lo que has hecho? — pasó la mano por la cara — ¿Si él no se hubiera desmayado? Y si tuviera...

— No vamos a hablar de “y si”. Ahora ya fue y nada más sucedió — asintió, dando otro trago a su bebida — Deberías tomarte un descanso — apunté hacia el vaso, al mismo tiempo que alcanzaba la botella para llenarlo de nuevo.

— Siento que estoy a punto de enloquecer — dio tres golpes seguidos en el whisky sin siquiera hacer una mueca, dejando el vaso a la mitad de nuevo — Siento como si me hubieran arrancado una parte de mi cuerpo.

— Lo sé — un soplo pesado de aire dejó mi pulmón — Es como si nada tuviera sentido — él asintió.

— No puedo vivir así, Ana yo ya no sé vivir sin Ariel.

Me acerqué más, abrazando al hombre frente a mí, dejando que él apoyara la cabeza en mi hombro, mientras me prendía en un apretón.

— Arreglaremos esto, Theo, juntos.



Capitulo 28

“¿Y quién dijo que sólo se demuestra amor con besos, regalos o serenatas?”

(Pequeña Sirena)

Ana

Yo: ¿Cómo están?

Me sentía ridícula siendo tan falsa, pero necesitaba hacerlo. La imagen de Ariel siendo llevada no salía de mi mente ni por un segundo, así como su voz llamándome, diciéndome mamá, haciendo que mi corazón se calentara y se congelara al mismo tiempo en que se alejaba.

Lindsay no respondió, haciéndome querer ir hasta ella y golpear en su puerta, tan solo para ver cómo estaba Ariel. El pensamiento de ella en una casa que no conocía, con una persona que ni siquiera tenía idea de quién era me asombraba. Ella debía estar aterrada, tal vez pensando que no íbamos a regresar. Solo quería aparecer allá para que ella supiera que estábamos allí, que pronto todo estaría bien.

Miré al hombre a mi lado, dormía en un sueño profundo, bebió más de lo que debería de nuevo, y era todo lo que hacía mientras sus abogados hacían lo suyo. No lo regañé mucho, sabía el dolor que él estaba sintiendo y mientras no estuviera sumergido en la mugre, entonces yo lo dejaría beber lo que quisiera libremente.

Karen: ¿Noticias de Ariel?

Era mi hermana, que había escrito exactamente las mismas palabras que Carol escribió una hora antes. Dejé el cansancio del día caer sobre mí, tirándome hacia atrás, apoyando mi cuerpo sobre los cojines, al lado de Théo, abrazando su cuerpo desnudo, encajándome totalmente en él, sintiendo su olor conforme respiraba cerca de su piel.

— Buenas noches, Théo.

— ¿Ariel? — la voz somnolienta de Théo cortó mi corazón, porque yo podía sentir su sufrimiento en la piel, con sólo mirar su imagen dormida a frente a mí, no necesitaba leer mentes para saber con quién estaba soñando.

Nuestra Sirenita.



Algo me estaba molestando, mi cabeza se quemaba, un sueño totalmente perturbado, un ruido sin fin que comenzaba, terminaba y empezaba de nuevo, haciéndome abrir los ojos, gruñendo con el látigo sobre mis ojos, una puta migraña, cuando noté que mi celular sonaba, a las dos de la mañana.

— ¿Hola? —atendí, aún sin saber lo que estaba pasando, las cosas tomaban sentido poco a poco.

— Medí 38 grados. No sé cómo funciona esa cosa — esa voz

— Ana, ¿Hola? Ana, ¿Estás ahí?

— ¿Quién es? — me deslicé fuera de los colchones, tocando el suelo con mis pies.

— Es Lindsay. ¿Puedes oírme? — escuchar su nombre me hizo despertar inmediatamente.

— Oh, Dios mío, ¿qué pasó?

— Ella está con fiebre desde que la tomé. Yo no sé lo que está pasando, Ana — ella hizo una pausa — Miré en internet, intenté controlar, pero ella sólo llora, ella sólo llora y tiene

fiebre y yo estoy con ella en el hospital.

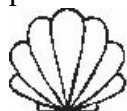
— No te preocupes, ya estamos llegando ahí.

— Gracias — dijo antes de colgar.

Me levanté inmediatamente mientras sacudía a Théo. Mi corazón golpeaba de pronto, robándome aire de los pulmones, mientras que la imagen de Ariel ardiendo en fiebre me volvía loca. Una ola de miedo y alivio se rompió sobre mí. Miedo por saber que ella estaba enferma y alivio en saber que la vería en breve. Balanceé a Théo mientras llamaba por su nombre varias veces. Entonces él se volteo, mirándome confuso.

— Dios, Ana, ¿qué fue?

— Ariel está en el hospital, Lindsay me llamó. Está con fiebre y nosotros estamos yendo para allá.



Nos identificamos en la recepción, entonces subimos hasta el tercer piso, mi corazón golpeaba fuerte mientras corría por el pasillo al lado de Théo. cada placa atada a las puertas, buscando por el cuarto donde la recepcionista dijo que ella estaría, cuando vimos Lindsay sentada en una de las banquetas con su cara roja y el rímel borroso debajo de sus ojos.

— ¿¡Qué tontería has hecho con ella!?! — él fue en su dirección, apuntando el dedo en su cara, mientras ella se encogía dónde estaba, al mismo tiempo que yo empujaba a Théo hacia atrás.

— Théo, calma, déjala hablar.

Él retrocedió, dejando que mi apretón lo alejara de ella.

— Ella, Ariel está bien, Ana. Ella sólo tiene fiebre desde que la cogí. La traje a emergencias por tercera vez, pero cuando ella vuelve a casa, comienza todo de nuevo.

— Ella nos extraña. ¡mierda! — él gritó, haciéndola encogerse — Ella está enferma porque cree que ha perdido todo lo que tenía. Ella fue apartada de mí y llevada a los gritos por una persona que no conocía, a una casa donde nunca estuvo. ¡claro que ella está sufriendo!

— ¿¡No quería hacerla sufrir, okay?! — gritó de nuevo, levantándose — ¡Sólo quería conocer a mi hija!

— ¡Pero lo estás haciendo mal, carajo! — ella se estremeció al escuchar a Théo pronunciar aquellas palabras. Él parecía un loco trastornado, con las venas marcando la piel de su antebrazo, los nudillos de los dedos blanqueados, mientras mantenía el puño en un apretón.

— No puedo hacer eso — ella me miró — No lo consigo... — se levantó, corriendo con sus zapatos altos, llevando una bolsa enorme de marca con ella.

— ¿¡Qué que está sucediendo aquí!?! — un hombre todo de azul se acercó a nosotros, apoyando su estetoscopio sobre la nuca.

— Necesito ver a mi hija, ella se llama Ariel.

— Oh, Gracias a Dios — Él estiró la mano, me saludó — Yo necesito que me responda algunas preguntas, porque la madre ciertamente no conocía a la hija y yo ya estaba empezando a sospechar algo.

— Es una larga historia — respondió Théo, sosteniendo el apretón por algunos segundos más mostrando que confiaba en el doctor mientras arreglaba su postura — Estoy aquí ahora, dígame lo que necesita saber.

— Pueden entrar — el médico abrió la puerta para que entráramos.

Inmediatamente visualicé a Ariel acostada, una enfermera sentada a su lado en uno de

los sillones se levantó inmediatamente al vernos, dándonos espacio para que los dos nos pusiéramos más cerca.

Sus ojitos inmediatamente se abrieron, mirándonos a Théo y a mí repetidamente, sosteniendo una expresión de espanto, mientras empezaba a hacer que me conocía. Inmediatamente empezó a llorar, alzando los bracitos hacia los dos, haciéndome caer completamente.

Estábamos con ella de nuevo, era surrealista la forma en que la amaba ver su carita y la expresión en ella hizo que mi corazón se calentara de nuevo, mientras yo secaba unas lágrimas de mi cara.

— Está bien. Creemos que el cambio abrupto de escenario que ha pasado la llevó a ponerse así. Un niño necesita adaptación, como, por ejemplo, cuando llevas un niño a la guardería, tú necesitas ir con él en los primeros días y quedarte allí, sólo para que él sienta tu presencia y sepa que ese lugar es seguro — él hizo una pausa, mirando el prontuario de Ariel — Ella está bien ahora, sugiero que trabajen mejor ese cambio, una nueva convivencia con la madre, haciendo paseos. El padre y la madre juntos, o tú Ana y Lindsay, para que Ariel se sienta segura al lado de ella. —yo asentí, sollozando, mirando a mi Sirenita.

— Gracias, doctor — Théo agradeció, tocando con gentileza el hombro del médico, que retiraba la sábana que cubría Ariel. Él asintió, entonces nos miró.

— Ella ya está de alta. Sólo necesito que Lindsay venga aquí a firmar los papeles, Ya que ella dio la entrada — asentí, mirando a Théo.

— Voy detrás de ella — dije, yendo primero a Ariel — ¡Hola, mi amor! — la cogí, al mismo tiempo que Théo caminaba hacia nosotros, abrazándola.

— Les daré un minuto — dijo el médico, dejando la sala.

— Papá —seque una lágrima, un nudo enorme en la garganta, mirando a Théo besar la frente de su hija aún a mi regazo — Mamá.

— Dios, Théo, yo no sé lidiar con esto — la besé, sosteniendo su cabeza con mi mano libre, equilibrándola en mi antebrazo. Ella apoyó su rostro en mi pecho, llorando, sus mejillas ligeramente enrojecidas por la fiebre.

— Sólo sigue siendo la madre que siempre fuiste — asentí en medio de las lágrimas, sintiendo la mano de Théo deslizarse sobre mi espalda hasta alcanzar la parte trasera de mi cabeza, entonces él me apretó, dándome un beso en la frente — Las quiero tanto.

Bajamos por el ascensor, con Lindsay en uno de los rincones, mirando la puerta, sus ojos cargados de maquillaje, haciéndome pensar en cómo ella arregló tiempo para maquillarse mientras su hija ardía en fiebre. Théo sostenía a Ariel con las dos manos, como si ella pudiera robársela, mientras yo me mantenía en el otro rincón, manteniendo la distancia de Ariel. Lindsay ya no necesitaba ver cuánto significábamos la una para la otra de nuevo, una vez que oyó a Ariel llamarme mamá; aquello debería ser suficiente para que ella tuviera pesadillas para el resto de su vida.

Sentía pena por ella, de la forma en que llevaba su vida, repleta de gente a su alrededor a la vez que estaba sola. Ella fue capaz de abandonar a la única persona capaz de amarla incondicionalmente en todo el mundo, sólo para tomar fotos con ropas interiores que yo jamás podría comprar, y no las quería, había conquistado el amor de mi vida usando mis bragas viejas que él mismo escogió y estaba feliz de esa forma, mientras ella probablemente pensaría en la mierda que había hecho hasta tener la edad suficiente para que ninguna marca de bragas caras la quisiera contratar más, para entonces morir sola, probablemente en un asilo, porque prefirió ser superficial que entregarse al amor verdadero que era ser madre.

Las puertas se abrieron y los tres salimos, parando al llegar a las amplias puertas de la

salida. Théo y yo estábamos afligidos, con miedo de que cambiara de idea y llevara Ariel otra vez por las próximas horas que todavía tenía con su hija. Los abogados de Théo aún trabajaban en el proceso que le concedería la guardia permanente, pero no era fácil para un padre competir contra una madre, aunque ella la hubiera abandonado. Ella giró el cuerpo sobre sus tacones, sosteniendo el asa de la bolsa con fuerza, las uñas pintadas de rosa.

— Yo...yo quería estar en su vida, Théo, pero no sirvo para eso. No nací para ser madre.

No me digas.

— Yo, cuando descubrí que estaba embarazada, quería abortar.

— Lo sé, lo has escrito en la carta.

— Sí — ella parecía avergonzada — Me criaron así. Soy un intento fracasado de un aborto, hija de una prostituta con un empresario casado en la época — las palabras de Lindsay fueron como una paliza en mi cara. Tanta amargura en la forma como ella lo contaba, como si odiara la propia existencia — No que eso justifique lo que yo hice — ella cruzó los brazos, con ojos mareados — Yo sólo quería liberar al mundo de sostener el peso de otra persona como yo.

— Podrías haber comenzado dando la bienvenida a tu hija en lugar de dejarla en la puerta de un extraño, pero...

— Te investigué durante meses, contraté a un investigador, tienes un padre, una madre encantadora, un hermano bien casado, dos sobrinas muy educadas, una hermosa familia después de todo ¿qué querías? Mirala — Lindsay apuntó hacia su hija — ¡Solo Míralos a los tres! Es como que todo tiene que ser así — él asintió, mirando a Ariel.

— Sí.

— Ustedes pueden ir hasta mi apartamento a recoger sus cosas. Desisto de la tenencia y prometo que nunca más llegaré exigiendo cosas como lo he hecho. Me enojé por la forma en que me trataste, pero ahora, viéndolos a ustedes, sé que tú sólo tenías miedo. ¿Quién no tendría miedo, después de todo?

Ella pasó su mano sobre la lágrima que escurría sobre su cara, haciendo que su rímel se borrara aún más, así que tomé un pañuelo humedecido en la bolsa y se lo entregué.

— Eso sirve para mil cosas.

— Gracias — ella pasó el pañuelo por su cara.

— Gracias también — toqué el antebrazo de Théo, mirando a Lindsay.

— De verdad quería mucho poder verla siempre que esté cerca.

— Y tú puedes, es sólo que debes conectar un poco antes — respondió Théo. Sabía lo difícil era para él, pero la posibilidad de perder la custodia de su hija lo había hecho ver que es una de las mejores de la lista. Sin duda, tener Lindsay cerca unas cuantas veces por año era mucho mejor que tener a su hija apartada de sus brazos. Ella dejó escapar un suspiro pesado mientras miraba a su hija.

— Gracias — ella abrió una pequeña sonrisa, entonces dijo: — Ella tiene tu cara, de hecho.

— Es ella, de verdad. — sonreí.

Entonces una paz llenó mi corazón, porque supe que todo estaría bien.



Epilogo

“Y lo que más lo hizo funcionar fueron las muchas diferencias que tenían.”

(Pequeña Sirena)

Corrí de lado a lado, pero la falda de sirena no hizo mi vida más fácil, por el contrario, solo fue bueno para que el Gato me persiguiera intentando atraparla, clavando sus uñas en ella, sacando algunas escamas de lentejuelas por segunda vez mientras llevaba dos pasteles diferentes en cada

mano.

— Théo, encierra a ese infierno de gato en un cuarto.

— Eres tan adorable con los animales. —él besó mi frente antes de inclinarse para recoger el Gato en el regazo.

— Estoy estresada. —su mirada cayó sobre mi pecho y vientre.

— Apenas puedo esperar para comerte, vestida así, dentro de la piscina — una sonrisa diabólica se formó en su cara.

— Oí eso — dijo Karen, al entrar en la cocina, haciendo que Théo se encogiera de hombros.

— Llevaré a el Gato a la habitación — él alzó el gato en el aire, una excusa perfecto para salir.

— ¡Perverso! — gritó Carol mientras él subía las escaleras.

— Tu sujetador de conchas hace que yo quiera comerte en la piscina, Ana. Tienes que darle un descuento.

— ¡Inmunda! — giré sobre mi talón hacia la mesa principal en el jardín junto a la piscina, colocando la torta once y undécima sobre la mesa.

Sí, leíste bien, eran doce pasteles, siendo once de ellos una réplica exacta del pastel de cada mes, con base en las fotografías que sacamos todos los meses en el último año, incluso el pastel quebrado, aquel que dejé caer mientras miraba a Théo y el pastel que compramos en el mercado en el día que Ariel se cayó de la cama y fuimos a parar al hospital.

— ¿Cómo conseguiste pensar en todo esto? Porque en serio, acabé de pasar un papel higiénico del Lenguado bien en mis países bajos. — Carol se acercó a mí, colocando dos bandejas de dulces sobre la misma mesa.

— Mir algunas fotos en Instagram.

— Oh... Lo hiciste todo tan...

— ¡Lindo! — Katy colocó una pila de vasos de la sirenita sobre la mesa — ¡Demasiado lindo! La idea con la piscina es increíble.

— Además del hecho de tener tres salvavidas deliciosos, semidesnudos, sentados a la orilla de ella — ella deslizó las gafas hacia abajo, dando una mirada dramática con ellos.

— ¡Tú te casas el año que viene, ¡diablos! Controla todo ese fuego — Bromeé, poniendo mis manos en mis caderas, mirando todo el trabajo.

— La idea de recordar usar el protector solar fue muy buena.

¿Cómo pensaste en eso? — preguntó Katy.

— Una vez nuestro padre la olvidó en la piscina una tarde entera. Ella tuvo que dormir sentada con el culo sobre una bolsa térmica fría — mi hermana se acercó, cargando la última bandeja de dulces.

— Gracias por compartir esa adorable historia, hermana.

— Ella se hizo pis en los pantalones en medio de la noche, no consiguió levantarse a tiempo. —completó, haciendo que Carol y Katy se burlaran.

— Me encanta estar contigo cuando Karen está cerca Porque cuando creo que sé todo lo podrido, entonces tu hermana abre la boca y ...

— ¡En el caso, yo soy esa hermana! — Katy apuntó hacia ella misma.

— Es bueno saberlo. Espero que la conciencia de ustedes esté tan podrida como las historias que cuentan sobre nosotras, hermanas víctimas — me apunté a mí.

— ¡Ana! ¡Ana! — Théo gritó desde la puerta de la cocina, haciéndome mirar, asustada, pero cuando lo hice, mi boca hizo un enorme "O" mientras miraba a Ariel dar sus

primeros pasos, con el mismo atuendo que yo, su abultada barriga y los pequeños pliegues sobre sus costillas dándole un encanto al disfraz. Ella estaba sonriendo, una enorme sonrisa, con los brazos extendidos, balanceándose mientras daba pasos torpes, Théo se inclinaba sobre ella, a punto de abrazarla si dudaba.

— ¡Mamá! — ella me gritó, luego me miró, esbozando una gran sonrisa justo antes de caer hacia adelante, haciendo que Théo la sujetara todavía en el aire y la levantara mientras la sacudía.

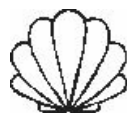
— ¡Oh!, ¡Dios mío, Ariel! ¡Una sirenita que camina antes de nadar! — caminé hasta ella, cogiéndola en brazos — ¡Enhorabuena, pequeña! — la besé, mientras ella gritaba animada.

— Ellos crecen muy rápido — dijo mi padre detrás de mí — Parece que fue ayer que mojabas los pantalones.

— Ah, ¿cuál es el problema de ustedes conmigo hoy, después de todo?

— Siempre es bueno avergonzar a los hijos después de que crecen. Un día, cuando Ariel tenga un novio será un plato lleno — la madre de Théo descansó la mano sobre mi hombro, besando mi mejilla. — ¿Estás bien, querida? — asentí, levantando a Ariel para que ella la besara también.

— Ni jodiendo, que ella saldrá — dijo Théo detrás de mí, haciendo que mi padre lo mirara, entonces él mordió el labio, haciéndome sonreír — Con todo el respeto.



Estaban todos reunidos en el primer cumpleaños de Ariel. Los padres, los abuelos, mi padre, mi hermana, mi mejor amiga y su futuro marido, algunos empleados de la empresa de Théo y hasta incluso Lindsay estaba allí, sentada en una de las mesas que reservé para ella después de mandar un mensaje invitando a asistir, porque ella era la madre de Ariel, y a pesar de todos sus defectos, era gracias a ella que estábamos todos reunidos ese día, detrás de los doce pasteles, mientras que Théo, Ariel y yo nos posicionábamos para una foto, como siempre hacíamos. Entonces se arrodilló exactamente cuando el flash estalló, retirando una caja de terciopelo rojo de uno de los bolsillos, con una pequeña sonrisa nerviosa formándose en sus labios, entonces él dijo las palabras que cambiaron mi vida para siempre.

— ¿Aceptas criar a esta sirenita a mi lado?

Cuando tú finalmente encuentras a quien tú quieres, te darás cuenta de cuán valioso ha sido la pena haber esperado.

¡ Fim !

Acerca del Autor



Graduada en Letras con calificación en español, F. Locks vive en Florianópolis con su esposo y su hija, a quienes está completamente dedicada. Apasionada por las series, películas y libros, intenta reconciliar botellas y un millón de pañales sucios con su escritura, escribiendo algunas páginas cada vez que su hija duerme durante unos minutos. Entre un capítulo y otro, ella realiza su sueño más grande, que es dar vida a sus personajes.

Instagram: @autoraflocks